

M. Caldera

F. LUIS PARREÑO

Pedro el Temerario

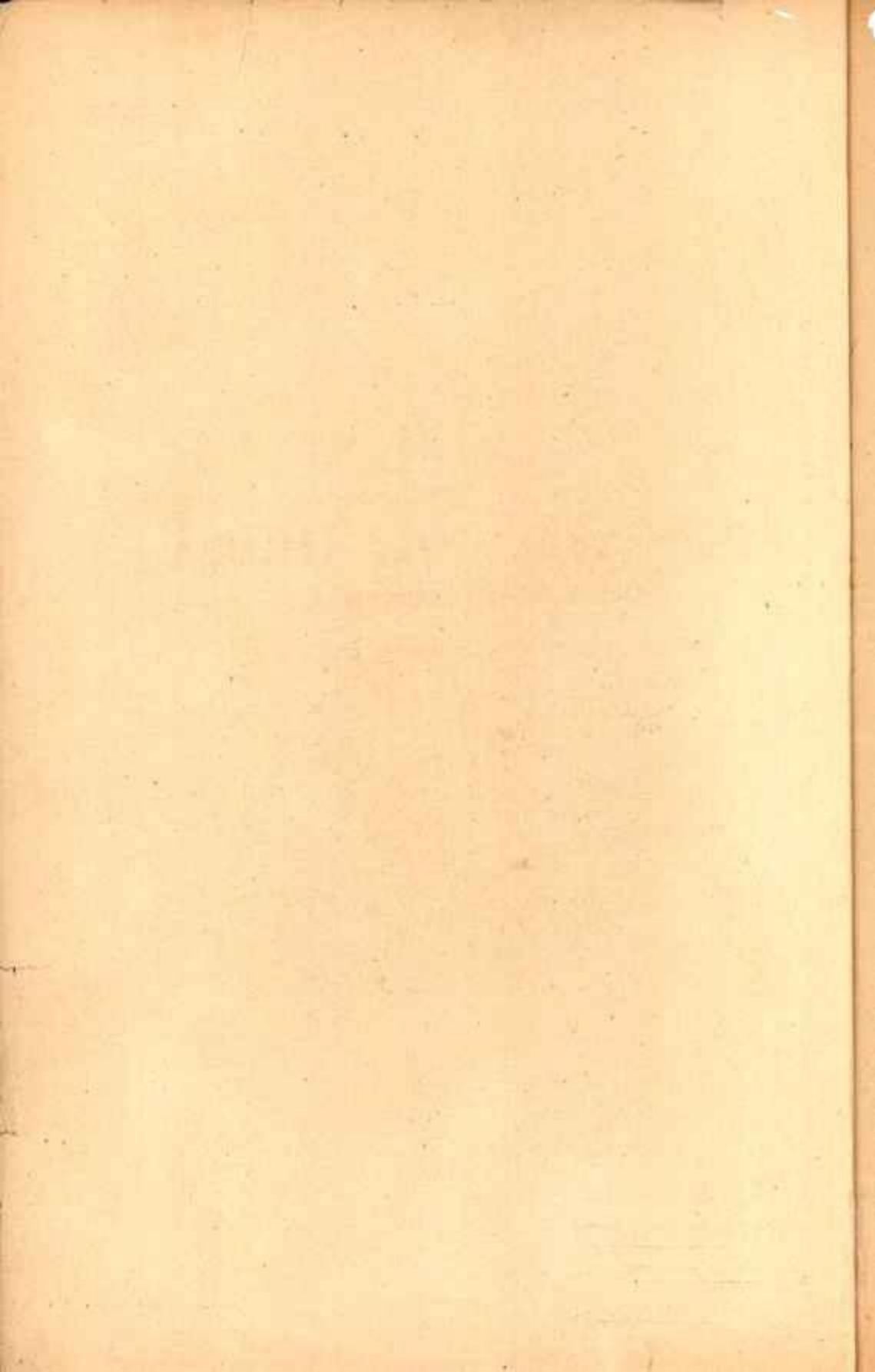


La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.^a época. ○ ○ ○ Año IV.

Número 84.



R. 43.543



1-I-602/41

LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACION SEMANAL

TERCERA ÉPOCA

84





No recibo lecciones de nadie.

FLORENCIO LUIS PARREÑO

Pedro el Temerario.

TOMO I

Ilustraciones de E. Barrio.



MADRID

LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

CASA EDITORIAL FUNDADA EN 1876

Calle de Valencia, núm. 28.

**Reservados los derechos
de propiedad artística.**



PEDRO EL TEMERARIO

CAPITULO PRIMERO

Pedro el Temerario. — Despedida. — La bella huri. — Sangriento combate. — El anacoreta. — Sevilla. — El palacio misterioso. — El panteón.

A tres leguas de Osuna, á 17 de Sevilla y 21 de Tarifa, existe un monte llamado Saucejo, lleno de escarpadas rocas y terribles precipicios, en el que no se ve otra vegetación que algunos arbustos sembrados en su escabrosa superficie; en cambio, se hallan abundantes manantiales y multitud de charcas de agua salada, con la cual comercian los naturales de estas breñas.

En la falda Norte de esta estribación de la cordillera, hay, en la época á que nos referimos, algunos pueblecitos y pequeñas aldeas, y repartidas en el monte existen multitud de chozas y algunas cuevas, que sirven de misero albergue á los habitantes de estos lugares. No hay industria, casi se desconoce ó se tiene abandonado el cultivo de las plantas, y más que labriegos ó artesanos parecen gentes de armas los moradores de estos pueblos, aldeas, chozas

y cuevas. Está situado Saucejo en la confluencia de los reinos de Sevilla y Granada, por lo cual forma la muralla que divide al sarraceno del cristiano. Es el primer baluarte de los castellanos, desde donde atacan continuamente á sus enemigos ó se defienden de ellos, así como también sus propiedades.

En una explanada del monte, como á la mitad de su ascenso, se encuentra un edificio grande, con más trazas de fortaleza que de palacio; pero que verdaderamente no es otra cosa que un caserón rodeado de muros y fuertes, que le dan un aspecto de castillo. Día y noche se ve sobre alguna de sus murallas asomar la cabeza de un guerrero que observa cuanto pasa á su alrededor, como temeroso de que una sorpresa enemiga pueda escalar y tomar de improviso el fuerte. Está formado de dos solos pisos, bajo y principal, levantándose

sobre este último una altísima torre, que sirve de observatorio por lo mucho que domina, y la cual tiene en su parte más alta una campana que prolonga sus sonidos á la distancia de una legua. El interior de este singular castillo guarda armonía con el aspecto de su exterior.

Lo mismo en la parte alta que en la baja, sólo hay algunos hombres de armas, unos cuantos criados, instrumentos y atavíos de guerra, de caza, algunos muebles, en su mayor parte de roble sin lujo de ninguna especie y con tan pocas comodidades, que más parece aquello una prisión que casa aristocrática. Dos extensos salones, una sala de armas, muchos pasillos, algunos dormitorios y varias otras habitaciones, que no hay para qué enumerar, forman el todo del interior de esta fortaleza.

Sobre un lecho, tan modesto como duro, duerme tranquilamente un joven de veinticinco años de edad. Su figura es atlética y sus carnes parecen de hierro. Moreno, de ojos negros y rasgados y de faz imponente, presenta el verdadero tipo de lo que hoy llamamos un gigante de la Edad Media. A pesar de sus bruscos movimientos, terrible continente, tostado rostro y aterradora mirada, tiene su cara algo de majestad y un conjunto de varonil belleza, que agrada tanto con su sonrisa como asusta con sus amenazas. Casi siempre triste y ensimismado, habla poco y rara vez muestra sus labios alegría.

Lleva nuestro joven cinco horas de sueño, el sol comienza á calentar la tierra, los pájaros salen en busca de sus benéficos rayos, y el soplo de la fría brisa de la mañana limpia la atmósfera de la neblina que empaña su transparencia, cuando un hombre como de cincuenta y cinco años de edad, algo canoso y de faz severa, llega á la alcoba donde duerme el mancebo, y abre una ventana. Mira luego con cariño al soñoliento, y dándole un golpecito en el hombro, le dirige las siguientes frases:

—¡Pedro! ¡Pedro! Ya es hora.

Y cruzando los brazos, fijó en él su mirada y esperó.

El dormido despierta, abre sus hermosos ojos, retira de su frente la negra y poblada cabellera, y, sentándose sobre el lecho, exclama:

—¡Tarde parece, mi buen Lázaro!

—No, Pedro. Está amaneciendo, y es el momento señalado para nuestra partida.

—¡Vamos á marchar! ¿A dónde?—preguntó el joven admirado.

—Por lo visto—contestó Lázaro—, has olvidado que hoy es 1.º de Diciembre de 1282, día en que cumples los veinticinco años, y que ha llegado el instante en que, obedeciendo al mandato de tu padre, debemos salir para Sevilla.

—¡Tú cuentas que conocistes á mi padre!—replicó con tono melancólico Pedro—, ¡tú me das órdenes en su nombre, tú me obligas á abandonar mi casa, mis tierras, mis amigos y mis montes! ¡y nada más me dices! ¡todo lo callas sin explicarme nada, todo en tí es misterioso! Lázaro Rueda, ¿hasta cuándo he de vivir ignorándolo todo?

—Hoy, Pedro — respondió aquél—, comenzarás á saber. Hoy, Pedro, entras en la edad de los hombres, y hoy empieza á variar tu destino, tu posición y tu vida. Pedro, levántate y obedece al mandato de tu padre.

Sin hallar nada que replicar, se ciñó el joven su cuerpo con una cota de malla, encima se puso su manto de pieles de león, cubrió su cabeza con un casco, se colgó una formidable daga, y cogiendo un largo bastón de bronce, cuyo extremo superior concluía en forma de lanza, le dijo á Lázaro:

—Marchemos.

Bajaron ambos la escalera, dió algunas órdenes Rueda á los demás habitantes de aquella casa, y salieron. Dos hermosos caballos árabes les esperaban á la puerta del fuerte. De un salto montó Pedro en uno de ellos, negro, de bastante alzada y de muchos bríos; en el otro subió Lázaro y partieron.

Según descendían por las muchas cuestas, rodeos y encrucijadas del monte, el joven iba volviendo la cabeza atrás y á los costados, lanzando tiernas miradas de despedida á aquellos sitios queridos, hasta que perdieron de vista la torre y el castillo donde pasó la infancia y parte de su juventud. Ya en terreno llano, agujonearon los potros y se encaminaron hacia Osuna. El mancebo marchaba delante, triste y meditando; su acompañante le seguía, grave é indiferente á cuanto le rodeaba.

Media hora después dieron frente á varias colinas, sobre una de las cuales lucían los jaiques blancos, alfanjes y medias lunas de una avanzada sarracena. Al verlos, Pedro detuvo su caballo, apretó fuertemente su lanza-bastón, y exclamó con tono triste y amenazador:

—¡Ay de mis pobres montañeses, perros judíos! El brazo que tantos golpes os ha dado, el hombre que á la cabeza de ellos os hizo correr tantas veces, abandona á sus lebreles montaraces! ¡Ay de ellos si los perros de presa hincan los dientes en la carne castellana! Pero ¡ah de vosotros el día que vuelva Pedro, el que llaman Temerario!...

—Basta de amenazas inútiles—le dijo Lázaro—, y añadió: Pedro, obedece á tu padre y corramos, que el tiempo vuela y es llegado el instante deseado.

—Pero ¿quién es mi padre, dónde está, cómo se llama, por qué no se presenta ante mí, y por qué rehúsa darme verbalmente sus órdenes? ¡Viejo maldito, si me has engañado, juro triturarte antes de cuarenta y ocho horas!

—Adelante, Pedro—replicó Rueda con imperio—, y obedece al que te dió el ser; yo en su nombre te lo ordeno.

—¡Siempre lo mismo!—exclamó Pedro con disgusto y aguijoneó su caballo, haciendo antes un signo amenazador á la avanzada mahumetana.

Una hora después cruzaron por Osuna, dejaron el camino de Sevilla á la izquierda, y tomaron el de Granada; continuaron dos horas, llegaron á la Barba, pueblo pequeño de una sola calle (hoy se llama Pedrera), y aquí, después de un altercado entre el joven y Lázaro, porque éste quería seguir al mancebo, á lo cual se opuso tenazmente Pedro, partió sólo, con una velocidad admirable. A pesar de su corpulencia y de lo cansado que iba ya su potro, corría tanto como su amo quería. Tendido sobre el caballo, é imitando al hábil jinete sarraceno, parecía una pluma, que, lejos de molestar al trotón, le empujaba y ayudaba á proseguir una carrera igual á la de un corzo perseguido por el cazador. Saltó vallas, arroyos y precipicios; cruzó bosques, campos y colinas, y media hora después, dejando el camino real de Granada, se internó en una espesa arboleda que había entre

dos cerros. A las quinientas varas detuvo su potro, silbó, y cinco minutos más tarde se le presentó un africano de piel tan negra como el azabache, que le saludó respetuosamente cruzando los brazos, y le dijo:

—Señor, mi dueña os espera y no hay peligro en las cercanías.

Al concluir el negro, se tiró del caballo Pedro y le dió las bridas, replicándole:

—Toma, pobre Ali, guarda la fiera y espera mi vuelta.

Y sin más explicaciones, comenzó á andar por el bosque, con paso acelerado, rostro contraído y corazón palpitante. Llegó á la puerta de una cabaña, llamó, y saliendo un judío, le dijo:

—Pasad, señor, que la sultana aguarda.

Entró el joven, cruzó la primera habitación de esta pequeña vivienda, en la cual había una preciosa litera incrustada de oro, plata, marfil y concha y cuatro africanos apoyados en ella, y pasó á otra pieza más reducida, donde halló sentada sobre un cojín una hermosísima mora, de diez y siete años de edad, con ojos negros, piel nacarada, talle esbelto, rostro arrebatador, manos y pies diminutos, labios de rubí; voz angelical, dentadura de marfil, y un conjunto capaz de conmover al corazón más rebelde al amor. Detrás tenía dos esclavas, esperando el más leve movimiento de su señora para obedecer. Al entrar Pedro, se hallaba la preciosísima huri reclinada indolentemente sobre un cojín y unos almohadones que tenía á la derecha; pero al ver al mancebo se encendieron sus mejillas, pronunció un ¡ay! tan tierno y amoroso como su mirada, abrió sus torneados brazos y se incorporó sobre el asiento.

Media hora después salió de allí Pedro, arrojó un bolsillo al judío, llegó donde estaba su caballo, montó de un salto, tiró una moneda de oro al africano, y partió en dirección de la Barba con la misma veloz carrera que había ido. Ahora volvía el joven con el rostro encendido, la frente despejada y la mirada ardiente.

Se unió á Lázaro, y seguido de éste, regresaron á Osuna.

Lo mismo en el pueblo anterior que en esta villa salía la gente fuera de sus casas para contemplar á Pedro, fijándose en él con cierta admiración. ¡El Temerario!—ex-

clamaban las mujeres con asombro—¡El león del Saucejo!—repetían los hombres con placer, haciéndole paso, descubriéndose y vitoreándole. Sordo él á tan halagüeñas demostraciones, los oía y miraba con la misma indiferencia que había visto á varios árabes armados que encontró una legua más allá de la Barba.

El joven y el viejo se alojaron en una casa de las principales del pueblo, mandaron dar piensos á sus caballos, tres horas de descanso, almorzaron ellos y volvieron á partir en dirección nuevamente de Sevilla. Nada preguntó Lázaro á Pedro, ni nada se había dignado decir éste al primero. Siempre silenciosos, meditabundos, y á un paso castellano poco acelerado, yendo siempre delante el Temerario, anduvieron tres horas más.

Eran las cuatro y media de la tarde, el sol iba á su ocaso, y los viajeros seguían pausadamente su camino. Se hallaban en la falda de unas breñas de bastante elevación, cuando Lázaro, apretando un poco el paso se puso al lado de Pedro y le dijo:

—¿Has notado que nos siguen?

—¿Quién?—preguntó el joven sin detener su potro.

—He visto varias veces, aunque á bastante distancia, y siempre queriéndose guarecer entre arboledas ó montes, algunos jinetes árabes... y en estos sitios, y tan internados ya en nuestra tierra, me dan que sospechar...

—¿Son muchos?—volvió á preguntar el Temerario.

—Presumo sean bastantes—replicó el otro—; pero á la larga distancia á que los he visto no puedo fijar el número. Vamos á entrar en el cortado de Guadaira y es preciso tomar algunas precauciones.

—Sí, sí — exclamó Pedro poniendo su caballo á la carrera, y añadió: ¡Si no tienes miedo sigueme, viejo endiablado! Ya podías saber que las precauciones de Pedro el Temerario están en el extremo de su lanza ó en la punta de su daga.

Poco después, doscientos jinetes árabes les tenían cerrado el paso por delante y por detrás, siéndoles imposible girar á la izquierda por impedirlo una elevada roca, y menos á la derecha, donde había un espantoso precipicio. Estaba anocheciendo y se hallaban en medio del cortado de Gua-

daira. Los sarracenos avanzaban hacia ellos alfanje en mano y con una gritería aterradora.

—¡Alá!... ¡Alá!... ¡Ay del Temerario!... —decían

Y sus fieros acentos iban repitiéndose con atronadores ecos, de monte en monte y de roca en roca.

—Aproxímate cuanto puedas á la cola de mi caballo—exclamó Pedro dirigiéndose á Lázaro—, y á ellos, ¡voto á Barrabás!... ¡María y la Cruz!—y con una osadía verdaderamente temeraria, penetró con su viejo amigo en medio de los musulmanes. Ligeró, hábil, acertado y valiente como un león, luchaba el intrépido castellano contra doscientos alfanjes, que por todas partes le acometían, le asediaban y le presentaban la muerte. Sin reparar en el número, valor y destreza de sus contrarios, continuaba Pedro matando y derribando moros, si bien era ayudado muy valerosamente por su buen amigo Rueda, el cual se defendía admirablemente, sin dejar de herir, haciéndose digno de su compañero y del renombre que había ganado en cincuenta batallas. Ni sus golpes ni su agilidad eran propios de su edad. Práctico como el que más en los combates, parecía en estos momentos haberse rejuvenecido, y comprendiendo que no tenía más remedio que matar ó morir, mataba más de lo que era posible imaginar. Pedro el Temerario presentaba en estos instantes supremos el pelo encrespado como la melena del león; sus labios estaban cárdenos de coraje; despedían fuego sus ojos, rígida su fuerte musculatura; parecía su carne de bronce, el corazón de roca y su mano la tajante guadaña que esparcía doquier la muerte y el exterminio. Daba con la derecha, se quitaba con la izquierda, y con las piernas hacía girar á su potro atrás, adelante, á los costados, al paso, al trote ó á la carrera. Cadáveres, heridos, relinchos de caballos, algarabía sarracena, embestidas terribles, todo esto lo veía y oía el Temerario con una impavidez satánica: parecía en estos instantes un nuevo Vulcano arrojando combustible sobre el cráter de un horripilante volcán.

Los moros eran una partida de zegríes tan bravos como atrevidos, sobrios y pertinaces. Veían caer seis y otro número

igual, y otro, y otro, y otro reemplazaba á las víctimas, y siempre con el mismo valor, griterío y denuedo, crecía su tenaz empeño de acabar con el terrible león que juzgaban tener ya en su poder.

Largo rato llevaban los dos castellanos de combatir; sus fuerzas empezaban ya á flaquear; los cadáveres y caballos tendidos los estorbaban el paso; el círculo de alfanjes beduinos se estrechaba más y más, y era llegado el supremo instante de sucumbir. Los labios de Pedro vertían sangre; sus ojos, antes de color de fuego, principiaban á languidecer; los golpes de su lanza eran más tardos y pesados; el caballo de su fiel amigo estaba pegado al suyo, y ninguno de los dos podía girar una cuarta, por la obstrucción del paso. Le faltaba la voz á Lázaro, y Pedro iba á levantar su acero para clavárselo en su mismo corazón, antes que rendirse ó morir á mano de los terribles zегries, cuando de pronto un acento lejano é imponente gritó en árabe: Hijos de Mahoma, ¡ay de vosotros y de vuestra raza! ¡El Dios de los Ejércitos os persigue! Al oír esta voz, los sarracenos miraron al sitio de donde salía, y vieron sobre la cresta más elevada del monte una figura inmóvil con los brazos abiertos é inclinados hacia ellos.—¡El Solitario!—exclamaron aterrados, y metiendo espuelas á sus caballos, huyeron en dirección opuesta; despeñándose unos, volando los demás, poseídos todos de un pánico indecible: ¡El Solitario!—repetían corriendo más y más.—¡Alá proteja á los hijos del Corán!—Y cinco minutos después no se veía un moro desde el cortado de Guadaira, á excepción de los muertos y heridos que cubrían la tierra.

Pedro y Lázaro quedaron inmóviles, fatigados por una lucha que les había agotado las fuerzas. Rotas sus vestiduras y magullados sus cuerpos de tantos tajos y golpes como habían recibido, se hallaban, no obstante, ilesos de heridas y de otra sangre que la que vertieron sus labios y de aquella con que se empañaron sus punzantes aceros. También ellos se habían fijado en la sombría figura del Solitario, y continuaban mirándole: Pedro, con un poco de terror, y Lázaro con una ansiedad respetuosa, pero á la vez placentera. El anacoreta representaba á un hombre de se-

venta años; sus ojos estaban hundidos; su cara demacrada y surcada de arrugas; su larga barba blanqueaba como la nieve, y su escasa cabellera, que le caía sobre la espalda también tintada de un color no tan claro como el de la barba. Cubríale una túnica cerrada de toscas y blancas pieles, que daban á su tostado y cadavérico rostro un aspecto siniestro. Nada tapaba su cabeza, y el conjunto de este ser sobrenatural infundía pavor á cuantos llegaban á verle.

Con paso tardo, pero seguro, descendió el Solitario de la elevada roca donde se presentara, hasta hallarse frente á frente y á veinte pasos de distancia de los dos castellanos. Los tres continuaban mirándose; Pedro con ansiedad creciente, Lázaro, con respeto y placer, y el anacoreta, fijo en el primero, parecía que le temblaban las carnes, y que su vista intentaba devorar con ternura el rostro de aquel valiente joven. Por fin, reponiéndose éste, exclamó con voz todavía poco segura:

—¿Quién eres, ser extraordinario, qué quieres de mí y por qué ya tres veces me has salvado la vida? Tú, que á nadie haces bien, que á nadie hablas, que á todos infundes pavor, ¿por qué me defiendes, por qué te presentas ante mí cuando huyes de los demás? Si eres mi ángel malo, yo desprecio tu protección y te conjuro para que no vuelvas á favorecerme; si eres mi ángel bueno, habla, te adoraré y uniré tu nombre celestial al de María y la Cruz, que son en el mundo mi norte, mi guía, mi apoyo, mi égida, mis padres, los únicos padres á quienes conozco y á quienes amo.

Dos lágrimas surcaron de las mejillas del Solitario; miró con más ternura y profundo dolor á Pedro, y tornando su vista á Lázaro, alzó la diestra y señaló el camino que conducía á Sevilla con un signo majestuoso, que quería decir: ¡Huid de aquí!

En el mismo instante, el amigo de Pedro cogió la brida del caballo de éste, exclamando:

—¡Partamos! No es nuestro ángel ni nuestro demonio; es nuestro Señor; ¡partamos!

Y diciendo y haciendo, aguijoneó á su corcel y escaparon de allí, siguiendo ahora el joven al viejo casi maquinalmente. Un ¡ay! profundo, lastimero, cuyo eco fué repitiendo el monte, y el cual parecía que

iba sembrando su carrera de lágrimas, fué la única despedida que les hizo el fantasma, suspiro escapado del corazón de aquel ser sobrenatural que nadie conocía, que pocos miraban, que todos temían y que habitaba en las entrañas de los montes, según la creencia de los hijos de aquella comarca.

Al día siguiente, como á las cinco de la tarde, dieron vista nuestros dos caminantes á las altas murallas de Sevilla, corte entonces de los reinos de Castilla y León, y donde tenía fijada su residencia el rey D. Alfonso X, llamado el «Sabio». Trescientos pasos antes de llegar á una de las puertas de la ciudad, detuvo Lázaro á su compañero, y le dijo:

—Pedro, ya estamos en Sevilla; entra, dirígite, según las señas que te he dado, al palacio cuya explicación te tengo hecha; llama, abrirán, penetra en él, y haz lo que mande el hombre que salga á tu encuentro. Si necesitaras preguntar á alguno sobre el sitio y señas del palacio consabido, toma las indicaciones que te den y no hagas caso de los comentarios ó baladas que cuenten sobre ese edificio. Adiós, ten confianza en mí y obedece á tu padre, que pronto nos veremos.

Y sin esperar respuesta del joven partió de allí, siguiendo por la izquierda la ronda de la ciudad.

Pedro vió marchar á su amigo, se encogió de hombros y llegó á la puerta de la ciudad. Al acercarse le detuvo un destacamento de soldados, y dirigiéndosele el jefe le preguntó:

—¿A dónde váis?

—A Sevilla.

—¿Quién soís?

—¿Qué os importa?

—Os pregunto en nombre del rey.

—Me llamo Pedro.

—¿De qué?

—En mi país sólo me apellidan el Temerario.

—¿Seréis Pedro el Temerario, el montañés del Saucejo?

—El león, querréis decir; el terror de los moros, á quienes conozco más que vosotros.

—¿Adónde os dirigís?

—Al palacio grande del arrabal antiguo.

—¿Al castillo de los duendes!—exclama-

ron jefe y soldados rodeando al joven con asombro.

—¡Al infierno!—replicó éste, metiendo espuelas á su caballo y saltando por encima de los que le impedían el paso.

Pedro huyó de allí; aquéllos contemplaron admirados la figura, salto y veloz carrera del gigante cuyo nombre y valerosos hechos eran ya conocidos y comentados por toda la comarca.

Anduvo el mancebo largo rato por Sevilla sin acertar con el palacio, cuyas señas le había dado Lázaro, perdido entre el laberinto de callejones y callejuelas estrechas, largas y tortuosas. Nueva para él aquella gran ciudad y fastidiado de ir y volver infructuosamente, se acabó su paciencia, miró en torno, y viendo cerca de sí varios hombres reunidos á la puerta de un figón, se llegó á ellos y les preguntó si alguno conocía el palacio grande del arrabal antiguo.

Contestado afirmativamente por todos, sacó una moneda de oro, alargándosela al que parecía más necesitado, le rogó que le acompañase al sitio deseado; pero el aludido rehusó la oferta, replicando que, por todo el dinero del mundo, no iría á aquella hora al sitio designado por Pedro. Impaciente el joven, y deseando descansar de la penosa fatiga que ha dos días le acosaba, sacó un bolsillo, y arrojándole en medio de aquella pobre gente, les dijo:

—Tomad esas doblas y repartidlas entre todos con tal de que me guiéis á un lugar seguro para vosotros, y desde el cual pueda yo, sin perderme, llegar á ese endiablado palacio.

Todos ellos se miraron, y sólo uno, cogiendo la bolsa del suelo, se atrevió á responder:

—Por este oro yo os llevaré aun cuando fuese al mismo infierno; quiere decir, que si los diablos me cojen, habré concluido de padecer, y si me respetan, podré sostener á mi pobre mujer é hijos algunos meses más. Seguidme, caballero, seguidme.

Y echó á andar á buen paso, acompañado de Pedro, dejando á sus amigos llenos de asombro al contemplar á un sevillano capaz de aproximarse, después del toque de oraciones, á un sitio que sólo su nombre les infundía pavor.

Cerca de un cuarto de hora llevaba el Temerario de andar en pos de su guía, cuando entraron en un barrio de calles muy angostas, cuyas casas, en su mayor parte, estaban ruinosas; no se veía luz alguna y reinaba un silencio sepulcral. Caminaron todavía cinco minutos más, se paró el sevillano, y dijo á su acompañante:

—A doscientos pasos de aquí y frente á nosotros, está el edificio que buscáis. Ya podéis llegar solo sin temor de perderos ni equivocaros, pues no hay vivienda alguna con que confundirlo. Ya quedáis servido, pero agradecido yo al mucho bien que me habéis hecho, voy á daros un consejo: si sois un ser humano como yo, no entréis en ese palacio, pues de estar habitado no saldréis vivo de él.

—Gracias, buen hombre—le contestó Pedro aguijoneando su caballo y siguiendo adelante, mientras su guía, sobreco-gido de terror, volvía atrás á paso acelerado, invocando á la corte celestial y pidiendo á la vez por el alma de su temerario protector.

Confuso Pedro, dudando de todo, todo creyéndolo, pero en alas de su indomable valor, continuó ciento cincuenta pasos más. En aquel momento se presentó á su vista un extenso y elevado edificio, que, cual fantasma aterrador, parecía un monstruo que salía de entre las sombras de la noche. Las almenas y torres que le coronaban, se asemejaban á otras tantas figuras, fijas y mudas centinelas de aquella horripilante mole. El osado jinete vió con impavidez lo que acabamos de describir, prosiguió su camino y llegó á aquel alcázar misterioso. Acto continuo se bajó del caballo, y con la lanza que llevaba dió un fuerte golpe, que varios ecos repitieron un minuto, entre cortos intervalos. Nadie le contestó. Volvió á llamar, sucedió lo mismo y tampoco le respondieron. Dió un tercero, y á los diez segundos una voz varonil, le preguntó:

—¿Quién es?

—Pedro el de Saucejo—contestó éste con acento seguro.

Y el que estaba dentro, después de quitar barras de hierro, cerrojo y candados, abrió la puerta del palacio.

Sin reparar en la persona ó personas que había penetró aquél llevando á su corcel del diestro.

Instantáneamente se cerró el castillo, echando las mismas barras, cerrojos y candados.

Entonces se le presentó al joven delante



Cogiendo la bolsa del suelo, se atrevió á responder...

un hombre alto, delgado, de rostro severo, como de cincuenta años, que le dijo:

—Dadme vuestro caballo, tomad esta linterna, y seguid solo por la galería de enfrente; estas llaves os abrirán las dos puertas que hallaréis; de lo demás ya fuisteis enterado.

El montaraz del Saucejo miró de pies á cabeza á su interlocutor, y viéndole impasible cogió la linterna de su mano y se dirigió al sitio que le había señalado. Entró en él, y continuó largo rato andando por una galería que fué estrechando hasta con-

cluir en dos varas de anchura. Al extremo halló una escalera, por la cual descendió, bajando sesenta peldaños. Al finalizar ésta, se encontró en un salón grande, húmedo y rodeado de varias puertas. Miró en torno, y viendo una de hierro, de forma gótica, y bastante pequeña, metió en su cerradura una de las dos llaves que llevaba, y abrió, volviendo á cerrar por dentro. Un pasillo sumamente estrecho, excesivamente húmedo y frío se le presentó delante, por el cual anduvo hasta que otra puerta forrada con planchas de hierro le impidió continuar. Mientras que caminó Pedro por aquel misterioso recinto, ni había visto otra luz que la suya, ni sintió más ruido que el que produjeron sus pisadas al chocar con las losas de aquel lóbrego pavimento. Su corazón fuerte como el diamante, se hallaba ahora, no obstante, más agitado que en el resto de su pasada existencia. Notaba con disgusto aquellas continuas palpitaciones, y aun cuando intentaba detenerlas, seguían, bien á pesar suyo, con creciente celeridad. Arrojó sin embargo, manto, casco, lanza, daga y linterna, y abrió la puerta que le impedía el paso. Un temblor nervioso se apoderó de su ser, hasta el punto de quedar inmóvil y sin atreverse á continuar. Tenía ante sus ojos un altar, una lámpara, cuya luz amarillenta despedía un resplandor siniestro, cuarenta tumbas y veinte estatuas de mármol, tan semejantes á seres humanos, y en actitud tan severa é imponente, que helaron la sangre del temerario Pedro. Tres veces quiso andar, y las tres retrocedió, con ese temor natural que domina hasta á los más atrevidos, cuando se hallan en la mansión de los muertos. La opaca y temblorosa luz parecía que daba movimiento á las facciones de aquellas blancas figuras, como si sus ojos y sus labios quisieran decir al recién llegado: ¡Huye de aquí... no profanes la morada de los que ya no existen entre los vivientes!

Pedro se apoyó en la férrea puerta, inclinó la cabeza sobre el brazo derecho, y agitado por aquellas extrañas impresiones, permaneció inmóvil largo rato. Mas, repuesto de la conmoción que en su organización produjo aquel silencio verdaderamente sepulcral y el fúnebre aparato que le rodeaba, alzó la frente, volvió á mi-

rar el imponente cuadro que tenía delante, y haciendo un esfuerzo heroico echó á andar; entonces contempló más de cerca los mármoles que fascinaban su imaginación, pareciéndole que se agitaban y le seguían con sus miradas. Un sentimiento de terror melancólico, y religioso á la vez, le dominó por completo y le obligó á caer de rodillas, apoyando la cabeza sobre sus anchas y callosas manos, quedando abstraído del mundo y sumido en un éxtasis que le arrobó largo rato.

Cuando volvió en sí y su fuerte organismo se reaccionó sobre aquellas impresiones, todo lo encontró tranquilo, mudo y solitario. Se levantó, dió varios pasos por el panteón, miró fijamente las estatuas, y exclamó:

—¡Son ilusiones de mi mente! ¡Ni la piedra se mueve, ni los labios de estas figuras pueden articular palabras! Los seres que aquí existen no tienen acción ni vida: ¡esta es la casa de la muerte!

Y alzando la voz continuó:

—¡Restos informes de los que un día fuisteis hechuras de Dios, perdonad si mi atrevida planta osó profanar vuestra tranquila y solitaria mansión! ¡Yo he llegado aquí por mi pie, pero otros han guiado mis pasos, me han impelido hasta vosotros; si he cometido falta, no culparme á mí, sino á los que me han traído!

Y con planta firme y voz segura se dirigió al altar, se arrodilló y oró.

Fija su vista en la imagen de María y en una cruz, permaneció así largo rato, hasta que por último se levantó tranquilo ya del todo y satisfecho de sí mismo. Luego se encaminó al centro del panteón y quedó parado delante de una urna funeraria exclamando:

—¡Esta es la tumba que debo abrir!

Y haciendo uso de todas sus fuerzas, alzó el pesado mármol que la cubría. Entonces se presentó á su vista el cadáver de una mujer, envuelto en un sudario blanco, que murió muy joven, que fué muy hermosa, y que, á pesar de los veinticinco años que llevaba de haberla abandonado la vida, todavía su cadavérico rostro presentaba las formas perfectas de un ser humano. Pedro la contempló y retrocedió asustado; se acercó nuevamente y volvió á temblar y á faltarle la vista. Esta

vez tenía el joven motivos más fundados que las anteriores; no obstante lo cual, consiguió tranquilizarse de nuevo, y llegando con resolución al cadáver, lo miró, y vió con cierta satisfacción, mezclada de miedo, que aquél tenía en su mano derecha un pergamino enrollado, y en la izquierda una riquísima espada de caballero. Con aparente valor, de calificación dudosa, arrancó de la yerta mano el rollo, dejó caer sobre el féretro los polvos de lo que fué carne humana, que venían pegados á él, y buscando la luz de la lámpara lo deslió; leyó con avidez su extenso contenido, volvió á liarlo, lo besó y lo guardó contra su corazón. Mientras había durado esta lectura, el semblante de Pedro se contrajo de varios modos, expresando los opuestos sentimientos que le agitaban, y, por último, se cubrió de una palidez mortal. Besó diferentes veces el escrito y otras tantas dejó de mirarlo para entregarse á terribles emociones y volver de nuevo y con más ansiedad á continuar su lectura.

Pálido, descompuesto y trémulo, tornó el joven á donde estaba la tumba que abrió antes, se apoyó en su frío mármol, y con tanto amor como respeto inclinó su cabeza, estampó un ósculo en la seca y pulverizada diestra del cadáver y cayó á sus pies de rodillas prorrumpiendo:

—¡Pobre madre mía!

Y las lágrimas ahogaron la robusta voz del gigante del Saucejo.

Al exhalar aquella tristísima exclamación, parecía haberse abierto su corazón para dar paso á las tres palabras pronunciadas con un dolor desgarrador. Largo rato permaneció en aquella postura, entregado siempre á la más acerba tortura de su espíritu. Eran las primeras lágrimas que surcaban su oscuro y curtido rostro, y también la primera vez que experimentaba emociones de aquella naturaleza. Criado en el monte, educado por gente de guerra, sin padres, amigos ni parientes, y poderoso en posición, valor y libertad, fué hasta ahora un verdadero rey de la selva, cuya voluntad virgen jamás habían quebrantado los hombres, los acontecimientos ni las cosas. Dedicado desde su más tierna edad á pelear con los moros, y siendo más intrépido, ingenioso y afortunado que cuantos le rodeaban, parciales y enemigos

sufrían hasta entonces el peso de su voluntad. Sólo de Lázaro escuchó algunas reflexiones y hasta le había obedecido en cosas que se rozaban únicamente con su misterioso y desconocido origen. Pronto sabremos la causa que en este momento despedazaba su corazón de roca y formaba aquel manantial de lágrimas que se agolpaban á sus negros y rasgados ojos.

Cerca de media hora continuó el esforzado joven regando con su llanto el féretro y ropas mortuorias de aquel cadáver, á quien con tanta angustia llamaba madre suya. Húmedos todavía sus ojos, deshecho aún su corazón, pero un tanto resignado con la causa que motivaba tan triste estado, se puso en pie, devoró con tierna mirada el inerte rostro de aquella mujer, cogió la espada que ésta tenía en su mano izquierda, y la besó con cariñoso respeto. Exhaló un suspiro, y volvió á cubrir la urna, según lo había anteriormente. Enjutos ya sus ojos, se dirigió á la puerta por donde había entrado, tomó la linterna y su bastón-lanza, cerró por dentro, regresó al altar, hizo delante de éste una humilde reverencia, empujó una puerta pequeña que se hallaba á la derecha y salió por ella.

Pedro penetró en una galería, en la cual le esperaban cuatro criados, dos con hachas encendidas y otros dos que cogieron la linterna, la espada y el bastón y que caminaron detrás de él. Cruzaron después algunos pasillos, subieron una hermosa escalera de mármol, entraron en otra galería, y poco después en un gran salón, alumbrado profusamente y enriquecido con cuadros, muebles y objetos de un valor incalculable. Los sirvientes le hicieron un saludo respetuoso y se quedaron á la puerta; el joven siguió adelante hasta llegar al medio de aquella grandiosa estancia donde le esperaba Lázaro y otro anciano que representaba más de sesenta años. El mancebo los saludó, y preguntó al primero:

—¿Dónde me hallo, amigo mío?

—Estás—respondió aquél—en tu palacio, conde de Lara. Este hermoso edificio, las riquezas que se encierran en él y cuantos dominios posee son tuyos, de todo puedes disponer... así lo ha querido Dios y así lo desea tu padre.

—¡Mi padre!... ¡mi padre!—dijo Pedro, convulso y agitado.—¿Vive mi padre?... ¿Dónde está?... ¿Por qué no se presenta ante mí? ¡Que venga, Lázaro, que venga, ya lo he perdonado!

El viejo bajó la cabeza y calló.

—¡Nada me respondes! ¿No han concluido aún los misterios y las desgracias mías?

Tampoco contestó Rueda.

Lleno de impaciencia, el Temerario gritó:

—¿Vive mi padre? Contéstame ó huye de mí para siempre. ¿No replicas? ¡Habla, ó vive Dios que te deshago entre mis manos!

Y fué á echarse sobre Lázaro, el cual alzó la frente, retrocedió dos pasos, y con voz firme exclamó:

—¿Me amenazas? ¿A mí, al fiel servidor de tu padre? ¡A mí, que te he educado, que te enseñado á ser hombre, que he sido siempre el perro leal que ha velado por su señor noche y día!... Conde de Lara, sólo obedezco las órdenes de tu padre muerto ó vivo, tú no tienes derecho alguno sobre mí. Si no te agrada mi conducta, huiré de tí para siempre.

—No, no, mi fiel amigo: tú no me abandonarás jamás—dijo el Temerario con amargo acento, y continuó:—Pero ¡ay! es tan triste tener padre, no verlo y no poder decirle: señor, yo te perdono en mi nombre y en el de mi madre; abraza á tu hijo, y recibe en este feliz instante todo el amor que mi pecho te engendró en veinticinco años de existencia... ¡Es tan terrible, Lázaro, no saber uno si vive el autor de sus días! ¡Es tan amarga la incertidumbre, y es tan grande el deseo que tengo de conocer, de estrechar á un pariente allegado que me ame, que su tardanza me tortura el alma!

Con voz cariñosa, y hasta con cierta ternura se dirigió á él otro mudo espectador, y le dijo:

—Señor conde, os he visto nacer, fui amigo y deudo de vuestro padre, y en nombre de éste os aconsejo que moderéis vuestra impaciencia y obedezcáis con calma los designios de Dios. Lázaro os ha dicho cuanto debía; preguntad, mandad, disponed; sois rico, poderoso, se hará cuanto gustéis, pero no queráis saber más sobre

vuestro padre, porque sería inútil. Yo seré vuestro guía, vuestro consejero, así lo dispuso quien puede, y á ello me dan derecho mi experiencia y mi amor á vuestra familia. Rueda, antiguo escudero de vuestro padre, lo será en adelante de vos; nadie mejor que él podrá velar vuestro sueño y guiaros en los caminos, mientras yo os enseño el mundo, que apenas conocéis, y os advierto los peligros que se os presentarán en adelante. Tenéis cuarenta criados, pronto se reclutará gente de armas, y soís señor de tantas riquezas y honores como pudiera ambicionar la más loca fantasía; mandad, pues, que todos deseamos obedeceros.

Pedro había escuchado con religioso silencio las palabras de aquel venerable anciano; cuando hubo concluido, quedó meditando; luego le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Rodrigo de Haro—le contestó aquél.

—Pues bien, Rodrigo, seréis mi consejero, mi amigo: me enseñaréis el camino de la vida; me gusta oírlos hablar, y leo en vuestros ojos gran talento y mucho cariño hacia mí. Y tú, mi valiente y leal Lázaro, tú me guiarás por el angosto sendero que voy á correr, recordándome siempre los preceptos de este sabio y sus consejos. Ahora quisiera descansar, que harto he caminado y sufrido en este malaventurado día.

—¿No tomas algún alimento, Pedro?—le preguntó Rueda.

—¡Comer!... No; cuando el alma sufre, el corazón palpita de dolor y la materia se siente fatigada, se da sólo descanso al cuerpo y tranquilidad al espíritu para que pueda entregarse con más ahinco al padecimiento que le hiere.

Y suspiró, cruzó los brazos, inclinó la cabeza y dejó rodar por sus mejillas dos gruesas lágrimas.

En el mismo instante le cogió Rodrigo una mano, y le dijo:

—Venid conmigo, señor conde; el lecho os aguarda para dar reposo á vuestro cuerpo; yo calmaré en lo posible vuestro dolor. Tú, Lázaro, cena y duerme. Pedro te pertenece en la calle; á mí, y sólo á mí, mientras esté en el palacio.

Y ambos se dirigieron á otro aposento inmediato, alhajado regimiento, y donde

había una cama y dos criados, que en pocos minutos desnudaron al nuevo conde, y se retiraron.

Reclinado aquél sobre el lecho, conversó hasta la madrugada con el señor de Haro, recibiendo consejos saludables, y un conocimiento que no tenía del mundo y de la corte, escuchando á la vez una filosofía que jamás había oído.

Pedro fijó su atención en el anciano con

sumo interés y respeto, y de este modo empezaron á infiltrarse en su alma ideas tan nuevas como útiles para el risueño porvenir que se le presentaba.

Rodrigo imprimió en él calma, resignación, y hasta consiguió que se durmiera. En pocas horas el sabio anciano transformó en obediente oveja al indomable león. Dejémoslos por ahora descansar.

CAPITULO II

Transformación del palacio.—Preocupaciones y hablillas del vulgo.—Gran discípulo, pero mejor maestro.—Un encuentro terrible.—Concluye el plazo señalado.

A la mañana siguiente apareció el palacio llamado de los Duendes completamente transformado.

Sus puertas, balcones, rejas y ventanas estaban abiertas; doscientos operarios reparaban sus muros, fachadas y parte interior; cuarenta criados transitaban en su recinto, varios soldados paseaban por sus murallas; en sus dilatadas cuadras se oía el relincho y piafar de muchos corceles, y todo era en él animación y vida, formando un contraste singular con el olvido y abandono en que había estado veinticinco años ha.

Situado este opulento alcázar en uno de los extremos de la ciudad y corte de Sevilla, se hallaba completamente aislado, pues por la espalda lindaba con el campo, y los costados y fachada daban frente á un barrio algo distante de él, en donde sólo habitaban unas cuantas centenas de familias de hebreos. Tenía bastante elevación; se extendía sobre una superficie de cien mil pies de terreno, sin contar sus espesos y abundantes muros; era de arquitectura gótica, y se había empleado en su construcción muchos miles de escudos de oro, hombres y una sillería fabulosa; su interior era regio, como hemos dicho anteriormente, pues pertenecía á la poderosa familia de los Laras, la más opulenta de aquella época.

El vulgo sevillano fué poco á poco enterándose de este cambio, lo comentó mucho, sacó deducciones, inventó patrañas y

concluyó por creer y dar por hecho el siguiente cuento:

Habitado por duendes este alcázar, llegó la noticia á oídos del primer valiente del mundo, de Pedro el Temerario, y reuniendo éste á sus más atrevidos montaraces lo asaltó una noche, atacó á los espíritus, los venció y quedó dueño del palacio y de los inmensos tesoros que había encerrados en él. Nadie podía disputar su presa al Temerario, pues iba siempre acompañado de un ser invisible, que lo hacía superior á todo é invencible á todos.

Esta era la voz más válida en una época de tanta preocupación. La gente sensata creía lo que miraba, y dejaba al tiempo que aclarase lo demás. Ni podía comprender la causa que motivó el abandono de los veinticinco años, ni aquella transformación; ni esto le extrañaba en gran manera, en aquellos tiempos en que todo era misterioso y en que tanto se recataban los grandes de los chicos.

Pedro, el temerario Pedro, iba ahogando poco á poco el grave pesar que le atormentaba al lado de su entendido maestro Rodrigo de Haro. Ni le había enorgullecido su título de conde, ni su nueva opulencia le ofuscó; antes por el contrario, le convencieron de la imperiosa necesidad que tenía de aprender usos, maneras y lenguaje propios de tan aristocrática posición, contrarios en un todo á las rudas costumbres en que vivió hasta entonces. Su antigua irreflexión, su carácter fogoso, su genio

osado y hasta atrevida imaginación, iban reformándose de un modo admirable al lado de Rodrigo; lo que prueba que aquel valiente y fiero montaraz tenía talento, por más que hasta este instante lo hubiera escondido entre los pliegues de su rudeza. Llevaba cuatro días en el palacio sin separarse un momento de su viejo maestro, siempre aprendiendo, preguntando, enterándose de todo y promoviendo cuestiones sobre aquello que él no acertaba á comprender ó definir.

Haro le explicaba y le oía con placer indecible; el gran maestro veía en Pedro un discípulo digno de él. Al décimo día ya el joven conde se sonreía con el anciano, si bien de vez en cuando solía exhalar un suspiro bajando á la vez la cabeza con melancólico pesar.

Entonces Rodrigo le preguntaba:

—¿Qué tenéis, qué os aflige, qué penas amargan vuestra existencia?

vosotros me ocultáis la existencia ó situación de mi padre.

Al oír estas frases el viejo mudaba de conversación y seguían hablando de la corte y de los cortesanos.

Cinco días después, vestido Lara con su antiguo traje de malla y pieles de león, salió según tenía costumbre, á dar un ligero paseo por la solitaria margen del caudaloso Guadalquivir. Gustaba ir solo en tan cortas excursiones, y así lo efectuó este día, que era el quince de los que se hallaba en su espléndido palacio. Llegó, pues, á la orilla del famoso Betis, y continuó caminando, entregado á profundas meditaciones. Tan interesantes eran éstas, y tan abstraído le tenían, que insensiblemente se alejó más de una legua de Sevilla sin notarlo y sin que nadie viniese á distraerlo, hasta que llamó su atención la veloz carrera de un alazán que se dirigía hacia él, llevando un guerrero cubierto de acero



¡Buen jinete, y buen potro!

—Suspiro, mi querido maestro, por mi madre, por la suerte de mi padre y por mi bella huri.

—¿Vuestra huri?—replicaba Haro.—¿Qué beldad es esa por la cual puede padecer un cristiano sin ofender á Dios y á los suyos?

—Rodrigo—contestaba Lara—, eso es un misterio que no confío á nadie, y que guardaré con tan tenaz empeño como

desde los pies á la cabeza. Pedro se paró para verlo pasar, y dos segundos después cruzó, efectivamente, por delante de él con la rapidez de una exhalación.

—¡Buen jinete y buen potro!—exclamó Lara para sí, y continuó mirándolo.

Ya iba á perder de vista al caballo y caballero, cuando notó que éstos volvían hacia atrás con paso más lento.

A los cinco minutos llegó el guerrero

junto á Pedro, paró su trotón, y le preguntó con marcada altanería:

—Villano, ¿has visto un pergamino escrito que se me ha caído hace un momento?

Pedro nada contestó, pero en cambio miró con desdén al que acababa de interrogarle.

Este, montado en cólera, aguijoneó su caballo hasta intentar que su cabeza chocara con el rostro del conde, diciéndole con ira:

—¿No me has oído, bellaco?

El Temerario, viendo que la fiera se le echaba encima, dió al animal en el cuello un golpe tan fuerte con su mano, que le hizo dar media vuelta y retroceder.

Ciego el caballero de coraje, tiró de la espada, la cogió de la punta y dió á Pedro con el pomo un golpe, que éste paró con su diestra, arrancándosela y arrojándola al río con una violencia que la hizo silbar en el aire; á la vez le dijo:

—Daga tenéis y daga llevo, bajad del caballo y os probaré que sois vos el villano.

No se hizo esperar el guerrero. Se tiró de su alazán, desenvainó el acero y cayó sobre el joven conde con una rabia desmedida. Este le esperó tranquilo, sin desnudar su cuchillo, huyó el cuerpo de la mortal puñalada que le dirigió su contrario, agarrándolo á la vez por el puño, dándole tan fuertes sacudidas, que hubo de obligarle á soltar el agudo acero, que cogió y arrojó también al Guadalquivir.

El incógnito caballero quedó con el brazo dolorido é inútil, mirando á aquel gigante de tanta destreza, valor y fuerza.

Pero desarmado é imposibilitado de su mano derecha, todavía quiso luchar á brazo partido con el atleta, y nuevamente se echó sobre él.

Lara lo cogió por la cintura, lo levantó en alto, é iba á arrojarlo también al río, pero se contuvo, y tirándole cerca del caballo, le dijo:

—No te quiero matar; eres cristiano y valiente; vive para tu patria, mas no te acerques á mí otra vez si tienes en algo tu existencia.

Atónito el guerrero, miraba con sorpresa, pero sin terror á aquel hombre extraordinario, tan bravo como él, pero con más habilidad y fuerza. Su ennegrecido

casco, su tosca malla y su manto de pieles de león, raídos y agujereados por el hierro enemigo, formaban el traje de un pobre aventurero, con más trazas de bandido que de hidalgo castellano. Bien pronto notó el vencido que la arrogancia y la varonil belleza de su contrario no eran propias de un salteador, y que, bajo aquel rústico traje, se escondía un caballero con un alma del mejor temple.

Entonces se acercó á él, y todavía con alguna altivez, le preguntó:

—¿Quién soís y cómo os llamáis, hombre extraordinario y el más valiente que existe en esta tierra?

—¿Quién soís vos — dijo Pedro á su vez —, atrevido é incógnito caballero?

—Tenéis razón—replicó éste.

Y alzando la celada le enseñó su rostro, y añadió:

—Soy un infante de Castilla que sólo vos ha vencido hasta ahora. ¿Queréis contestar á mi pregunta?

—Siento—respondió el joven—no haber sabido vuestra calidad; de conoceros antes de otro modo os hubiera tratado. ¿Tendréis inconveniente en decirme vuestro nombre?

—Me llamo Sancho y me apellidan el Bravo.

—¡El infante D. Sancho el Bravo!—exclamó el mancebo admirado—; os he oído nombrar mucho, y sé que los hijos de Mahoma huyen ante la punta de vuestro acero. Perdonadme, señor, la conducta que acabo de observar con vos. Yo me llamo Pedro y me apellidan el Temerario... Mas, esperad; me parece ver en aquel ribazo el objeto que buscábais.

Y se dirigió efectivamente al sitio indicado, cogió lo que había creído hallar, y se lo dió añadiendo:

—Tomad vuestro pergamino, origen de de nuestra disputa.

—Gracias—respondió el otro guardándolo—; en él está inscrito vuestro nombre, conde de Lara.

—¿Con que me conocéis!... ¿Sabéis acaso mi historia? ¿Tratásteis á mi padre? ¿Podréis darme algunas noticias de él? Hablad, por Dios, caballero; yo os lo ruego en nombre de vuestra madre, de vuestra esposa, de vuestros hijos, si los tenéis.

Y quedó Pedro esperando con la mayor ansiedad la contestación.

Sancho le alargó la mano, todavía dolorida, y estrechando la de Lara le replicó:

—Soy vuestro amigo, conde; sé vuestra historia, y espero mucho de vos. En cuanto á vuestro padre, nada puedo deciros. Quedad con Dios, Pedro el Temerario; la noche avanza, y no puedo detenerme. Pronto nos veremos.

Y montando en su alazán, volvió á emprender su rápida carrera.

Pedro exclamó:

—¡Nadie, nadie me contesta á esa pregunta... todos enmudecen al escuchar el nombre de mi padre!... ¡Resignación, puesto que así lo dispone el cielo!

Y á pasos acelerados se volvió á Sevilla, entró en su alcázar, llamó á su maestro y le enteró del lance que acababa de sucederle. Impaciente el anciano por la tardanza de su pupilo, empezó por abrazarle y concluyó oyéndole con el mayor recogimiento; luego le dijo:

—Es un hecho digno de vuestro indomable valor; pero, hijo mío, mal principio para introducirnos en la corte, pues Sancho el Bravo es el presunto heredero del Trono de Castilla y de León, y aun cuando no sostiene con el rey, su padre, las mejores relaciones, tiene un gran partido entre los ricos hombres del reino, y es astuto, osado y vengativo. Su afable despedida pudo ser el principio de un lazo. Sin embargo, hay nobleza en su alma, y

siendo así que os necesita y que no le conocíais cuando aconteció el hecho, puede que os perdone la ofensa. Pronto en caso lo hemos de ver.

—Y bien, mi querido maestro—le preguntó Lara con dulzura—; me habéis dicho que tengo que presentarme al rey, y si éste me concede la gracia que he de pedirle, debo darme á conocer á mis parientes y á los cortesanos; ¿cuándo creéis que podrá efectuarse esto?

—Hijo mío, lleváis la mitad del camino andado en sólo quince días; por consiguiente, seguid aprendiendo como hasta aquí, y pronto conseguiréis vuestro deseo.

Pedro tomó el consejo del anciano, suprimió sus paseos, y día y noche se dedicó á aprender cuanto el sabio Rodrigo le quiso enseñar.

Dieciséis días después, concluido de comer, le dijo éste:

—Señor conde, todo está preparado para que podáis visitar al monarca; de modo es que si en ello no tenéis inconveniente, mañana debéis pasar al alcázar del soberano.

—Sí, Rodrigo, iré, que harto tiempo me hallo ya encerrado en esta magnífica prisión.

Al oír la anterior noticia, el mancebo se mostró muy placentero, pasó alegre el resto del día, y, por último, se retiró á descansar. Esta fué la única noche, desde que salió del Saucejo, que durmió el joven con un sueño tranquilo.

CAPITULO III

El Alcázar real de Sevilla. — El rey y Pedro el Temerario. — Declaración importante.

La lucha.—Traición.—Arresto. — El calabozo.

Eran las doce del día 3 de Enero de 1283. Sevilla estaba envuelta en una densa y fría niebla, hasta el punto de que aquellos habitantes del Mediodía de España no se atrevían á salir de sus casas, por lo cual apenas transitaba gente por las calles.

El nobilísimo palacio de los Laras presentaba un magnífico aspecto; reformado, tanto interior como exteriormente, era ya una opulenta fortaleza, tan rica como imponente. Había en él varios caballeros

que formaban la comitiva de su señor; pajes, escuderos, cuarenta criados y ochocientos hombres de armas. Aquel día todos sus moradores estaban ocupando su puesto, y, á pesar de hallarse allí tanta gente reunida, reinaba el mayor silencio. Llegó por fin el mediodía, se abrieron las grandes puertas del alcázar, y dieron paso á Pedro el Temerario, al cual seguían varios caballeros y doscientos hombres de guerra. Llevaba el conde de Lara una tú-

nica blanca de riquísima lana, un capellar de terciopelo carmesí, un birrete á la usanza de la época, y ceñida la preciosa espada, ancha y corta, que arrancó de la cadavérica mano de su madre. A la derecha del joven iba su escudero Lázaro; á la izquierda llevaba otro escudero, y toda la gente que le seguía ostentaba completo traje de guerra. De este modo salieron del palacio condal, dirigiéndose por las calles más céntricas al alcázar del rey. Iba el mancebo ensimismado, pero marchaba con resolución y hasta con altanería. A pesar de la crudeza del día, se llenaban de gente los balcones y ventanas de Sevilla, y hombres y mujeres exclamaban al verlo pasar:

—¡Pedro el Temerario! ¡El que ha venido al mismo Lucifer!

No faltaron algunas hermosas sevillanas que, contemplando su marcial continente y su bello rostro, dijeran para sí:

—Ese demonio es el mozo más completo de los reinos de Castilla.

Llegaron, por último, á la real morada, y sin impedimento alguno penetraron hasta los anchos y hermosos patios de aquel edificio. Diez minutos después, Pedro y sus caballeros, pajes y escuderos, subieron á la antecámara real. La tropa quiso seguirle, pero no le fué permitido y tuvo que quedarse en el patio.

A la media hora de hallarse esperando, se abrieron las puertas, y la voz de un capitán anunció:

—El soberano manda que entre el caballero jefe de esa comitiva.

Pedro entonces se adelantó solo, saludó á los que estaban allí y quedó parado. El joven se presentó luciendo las armas de los Laras, pero ni él ni los suyos llevaban insignia alguna condal.

En aquel momento se hallaba frente al rey Alfonso X, llamado el Sabio. Su alteza se encontraba sentado en un sillón gótico, envuelto en un manto de pieles de armiño, la cabeza descubierta y la mano derecha apoyada en una mesa que tenía cerca de sí. El rosro del monarca estaba casi cadavérico, pues tenía muchos años, el pelo blanco, la cara arrugada, los ojos hundidos y un aspecto débil, enfermizo. Detrás del soberano, y apoyados en el respaldo de otros dos sillones góticos, observaban al recién llegado el valiente infante

don Sancho y el astuto infante don Juan. A la derecha del rey, y á una respetable distancia, se hallaba en pie y esperando la voz de su señor el atrevido y renombrado capitán de aquellos tiempos, Hernán Ponce. La cámara en que se encontraban era gótica, como todo el palacio, si bien sus paredes y techos estaban enriquecidos con adornos arabescos. Grande y suntuosa, presentaba, además, muebles muy antiguos, pero riquísimos.

El César, los dos infantes y Hernán, desenvolvieron á Pedro su cortés saludo y quedaron mirándole con algo de asombro é interés. Luego que concluyó este reconocimiento, tomó el rey la palabra y dirigiéndose al conde, le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

Sin descomponerse el mancebo, sin demostrar sorpresa, timidez ni arrogancia, pero con acento seguro y respetuoso, contestó:

—Hasta hace un mes me conocían sólo por Pedro el Temerario; hoy me llamo Pedro de Lara, y soy el jefe por derecho propio de mi noble familia.

Quedó el monarca meditando, y luego le replicó:

—Según eso, sois el atrevido castellano que en los montes y valles del Saucejo ha combatido siempre por mi causa y contra los moros de Guadix, Málaga y Granada.

—Desde la edad de doce años, hasta hace un mes, he vivido en el Saucejo destruyendo la morisma enemiga de V. A.

—Tengo noticias de vos—añadió el rey—, de vuestros hechos y temerarias empresas; y de no ser tan valiente y esforzado, por cierto que en más de una ocasión os hubiera mandado ahorcar.

—No comprendo á V. A.

—Mi alteza supo que en un momento de mal humor—dijo el rey con enfado—matásteis á mi alcaide de Osuna, arrojándolo por un balcón de su palacio. Otro día, herísteis á un emisario mío que iba á tratar con el rey moro de Granada, y en diferentes ocasiones habéis atentado contra mi persona en las de vasallos que obedecían mis mandatos.

Al oír estas reprimendas, el rostro del Temerario se encendió bastante; mas se le vió hacer un esfuerzo, contenerse y con

aplomo, si bien con un poco de calor, replicó:

—Señor, el gobernador de Osuna se vendió á los moros, se lo probé; y no creyéndole digno de medir su acero con el mío, le arrojé efectivamente por el balcón. El emisario de V. A. se convirtió en espía de nuestros enemigos, lo cogí infraganti y lo herí con mi lanza; á éste le permití el honor de que se defendiera de mis golpes. Recuerdo haber muerto á otros castellanos, que sólo lo eran en el nombre, pero que, traidores á su patria y á su rey, les conceptué de peor condición que á los musulmanes y como á tales los castigué.

—Y yo no tengo noticia—respondió el monarca—de haberos nombrado nunca juez, ni dado facultades de que sólo pueden hacer uso las justicias y tribunales de mis reinos, como tampoco os he concedido licencia para capitanejar gentes y convertirlos en un reyezuelo dentro de mis estados.

Ofendido el Temerario y con algo de ironía, se atrevió á contestar:

—Tampoco recordará V. A. que con mis pobres súbditos y en mi pequeño reino, he vencido, dispersado y aniquilado docientas veces á la gente musulmana; y mucho menos tendrá presente que la he humillado siempre y que he sido en Castilla el que ha levantado más alto su pendón; pendón limpio, esclarecido, que nadie abatió, y que fijo en mis robustas manos jamás se acercaron á él enemigos extraños, ni amigos traidores. Entre las agrestes breñas del Saucejo, he mandado yo sólo, gran señor, es verdad, y lo he hecho sin permiso ni facultades de nadie; pero acaso sea ese el único rincón de Castilla donde se ha respetado y sostenido el nombre de vuestra alteza sin mancilla, y lejos, muy lejos del cobarde acento que vende, empaña y corroe la Corte, el trono y aun la augusta persona que en él se sienta.

Hasta un momento antes el conde de Lara permaneció tranquilo, respetuoso, con amaneramiento de cortesano y en actitud compuesta y elegante, mas al llegar á la mitad de su última réplica se había ido exacerbando; su acento se trocó en fogoso, irónico y altanero, y sus ojos comenzaron á despedir chispeantes ráfagas, que auguraban la tormenta que empezaba á

rugir en su corazón. En una palabra, entró conde é iba por instantes volviéndose Temerario.

El rey le escuchó con enfado, se plegó su frente de arrugas, tornó á meditar y al cabo de un rato le dijo:

—Concluyamos de una vez atrevido mancebo: ¿á qué habéis venido á mi alcázar?

Pedro reflexionó un momento, hizo por dominar su anterior ira, y ya más tranquilo le respondió:

—Señor, antes de pedirlos la gracia que me ha traído ante V. A., desearía relataros una historia que podrá haceros comprender mejor el valor de la demanda que me conduce aquí. ¿Me lo permitís?...

—Contadla toda, sin emitir detalle alguno; pues me gusta conocer á los hombres de vuestro temple y vos todavía permanecéis ante mí envuelto en misteriosas nubes.

Al acabar el rey, el rostro del conde tomó un aspecto siniestro, bajó la vista y comenzó á referir lo siguiente, después de dar las gracias al soberano. Este, los dos infantes y Ponce, se fijaron en él con el mayor interés, quedando pendientes de sus labios.

El Temerario, con acento ronco, empezó:

—Señor: existían en Castilla el año de 1256, ó sean veintiséis años ha, dos poderosísimas familias, rivales entre sí, y que por añejos odios, ambiciones de mando y otras causas, venían de antiguo aborreciéndose de muerte y haciéndose una guerra sin tregua. Estas razas eran la de Lara y la de Castro. Se hallaba al frente de la primera en esa época el conde don Manrique de Lara, y al de la segunda, por sí y á nombre de la primogénita de los Castros, doña Laura, su tío D. Fernando, hombre irascible, impetuoso y dado al odio y rencor. Su rival, el condé de Lara, no reunía tan ofensivas cualidades, pero era temerario en sus hechos y osado y altanero como pocos. Llevaba las cuestiones de honra hasta el último extremo, y en este punto era intransigente. Acontecimientos que no son del caso, tenían ya hacía algunos años amortiguadas ó paralizadas las luchas de las dos familias. Por aquel tiempo dispuso la Providencia que D. Manrique, en un viaje que efectuó por tierras de Granada, viese á su regreso á doña Laura de

Castro, la cual habitaba cerca de Osuna, en un castillo de su propiedad, ignorada y desconocida de casi todos. Aseguran que era hermosísima; tenía solo veinte años, y añaden que el conde presentaba el tipo de un arrogante y cumplido caballero.

Ambos se vieron sin conocerse y se amaron hasta tal punto, que cuando hubieron de decirse sus apellidos, ya era tarde para apagar el fuego que abrasaba sus corazones.

Comprendieron lo inútil de pedir su venia al irascible y vengativo Castro, tío de la bella, y en alas de su amor, determinaron casarse en secreto, dejando al tiempo que les facilitase los medios de obligar á D. Fernando á que consintiese y aprobara una unión nupcial que era á la vez la de las dos familias más opulentas de Castilla y más rivales de la tierra.

Así vivieron un año; Laura siempre en su castillo; el conde en su palacio de Osuna, comprado y alhajado al efecto, viéndose continuamente de incógnito, amándose cada día más y guardando ambos, con el mayor sigilo, el secreto de estos amores santificados por Dios.

Al cabo de este tiempo la joven desposada dió á luz un niño, que fué prontamente escondido entre las breñas del Saucejo, quedando bajo la custodia de un fiel escudero del conde y varios otros criados de su confianza. Fué preciso retirar del lado de la tierna madre al pobre infante, para evitar la deshonra de aquélla, ó el descubrimiento de un secreto que no era posible divulgar.

Por aquel tiempo necesitó V. A., que ya reinaba en Castilla y León, de los servicios de D. Manrique; lo mandó llamar, y él, fiel siempre á su monarca, se apresuró á venir. V. A. le encargó una misión, reservada é importantísima, cerca del rey de Francia; y Lara, después de aceptar tan honrosa embajada, partió para Osuna con ánimo de dirigirse luego á París. Quería antes besar á su hijo, estrechar entre sus brazos á su leal esposa y despedirse de ambos.

Aquí hizo una pausa Pedro, exhaló un suspiro, miró al cielo, fijó su mano izquierda en la empuñadura de la espada y se dispuso á continuar. El rey le escuchaba con interés mezclado de disgusto, y los

dos infantes, como igualmente el capitán, con curiosidad extreñada.

El conde prosiguió:

—Regresó D. Manrique á Osuna, se dirigió primero al Saucejo y estampó en la frente del niño infeliz, un ósculo afectuoso... ¡el último acaso que debía darle en este mundo!

Al llegar aquí, la voz del Temerario enronqueció mucho más, y con acento entrecortado añadió:

—Inmediatamente pasó el conde al lado de su esposa. Era una noche tempestuosa en que el huracán silbaba fuertemente y el trueno retumbaba en el espacio, cuando Lara, solo y embozado en su manto, se dirigió al castillo de doña Laura. Abrió una puerta secreta, construída al intento, y penetró sin ser visto ni oído de nadie, según costumbre. Lleno de amor y ansiedad, cruzó galerías y salones, que le eran muy conocidos, hasta detenerse en la antecámara de su esposa, donde paró para tomar aliento, conteniendo á la vez los fuertes latidos de su apasionado corazón. Por desgracia, no encontró ninguno de los pocos criados confidentes de ambos. Así es que se acercó hasta allí, sin que le estorbaran el paso. En aquel instante fué á abrir la puerta, mas le detuvo la voz de un hombre, que al parecer hablaba con Laura.

Volvió á callar el joven, tornó á mirar al cielo, se arrugó su frente, se contrajo más y más su rostro, y con acento tembloroso, que revelaba su profunda emoción, continuó:

—Don Manrique escuchó las palabras que pronunciaban en la cámara de su esposa, y oyó que uno, á quien no conocía, hablaba con la mayor ternura y que ella le contestaba con amorosas frases. Trémulo el conde, y fuera de sí, empujó un poco la puerta, sin hacer ruido, y vió que un apuesto y gentil caballero estrechaba entre las suyas la mano de Laura con cariñoso afecto. Convencido el esposo de que aquella le había deshonrado, vendido y engañado; ciego, impulsado por unos celos horribles, sin reflexión ya en brazos de Satanás, que le aconsejaba en aquel supremo instante, tiró de su daga, penetró en la habitación, atravesó el corazón del que creía su rival, dejando el acero clavado en el pecho de la que suponía in-

fiel. Fué tan veloz, ágil é irreflexivo, que cuando los sorprendidos quisieron hablar, ya el uno exhalaba el último suspiro y la otra exclamaba:—¡Qué te he hecho yo, esposo mío, para que me mates así!—¡Míralo!—Je contestó enloquecido Manrique, señalándole el cadáver del hombre que acababa de herir.—¡Lara!—volvió á exclamar la tierna esposa, vertiendo sangre por la boca—, ¡has muerto á mi hermano Carlos! ¡El que creíamos que había naufragado y perecido en las costas de Alemania, hace tres años! ¡Al que tú no conocías! ¡El que con tierno interés me ofrecía en estos instantes aceptar mi boda y hacerla pública, como jefe absoluto de mi familia!... No pudo continuar la desgraciada; la sangre, que salía á borbotones de sus labios, ahogó la débil voz, la faltaron las fuerzas y cayó al suelo desde el asiento donde estaba cuando fué herida.—¡Qué he hecho yo, Dios mío!—gritó el conde al acabar su esposa el relato—; se arrojó á sus pies, le sacó el arma que aún tenía clavada, comenzó á pedir auxilio, con amargas y fuertes voces, que salían á ahogar las muchas lágrimas que vertían sus ojos y el agudo dolor que despedazaba su alma. Acudieron criados, luego un hombre de ciencia, y se trató por todos los medios posibles de arrancar de las garras de la muerte á aquella inocente víctima... ¡Todo fué inútil!... Ni el sabio médico, ni los exquisitos cuidados del conde, ni las fervientes oraciones que éste elevaba al cielo en demanda de un milagro, que sólo Dios podía hacer, fueron bastantes. A los tres días expiró la condesa, perdonando y estrechando á su querido esposo y encargándole que viviera y cuidara del fruto de bendición que el Eterno les había concedido. D. Manrique de Lara pasó aquellos tres días regando con su llanto el lecho de la enferma. Mandó después á sus criados que llevasen á su mujer y hermano al panteón de sus mayores, y desapareció para no sé dónde ni hasta cuando.

La voz de Pedro se ahogó por el dolor, calló y volvió á inclinar la cabeza sobre su pecho.

El rey le miraba impasible, los infantes con interés y el capitán Ponce con indiferencia.

Alzó el joven la frente, se limpió dos lá-

grimas que brotaron de sus ojos, y prosiguió:

—El hijo de aquel desgraciado matrimonio permaneció en el Saucejo hasta los veinticinco años de edad, en que vino á Sevilla á cumplir la voluntad de sus padres. Y ese huérfano desde la infancia, ese niño, abandonado desde que nació, por un delito que no había cometido, soy yo; y hé aquí, gran señor, los comprobantes de cuanto acabo de exponer á V. A.

Y sacó un rollo de pergaminos, y conservándolo en su mano, continuó:

—En estos documentos están estampadas las firmas de mi padre y de mi madre, con otras muy conocidas de V. A., y que aseguran, bajo juramento, la verdad de lo dicho por mí. La yerta mano de doña Laura me guardaba este tesoro, y de ella lo recogí dos días después de haber cumplido los veinticinco años.

Besó aquel lío de pergaminos, y viendo que el rey no mostraba interés por verlos, se los guardó, diciendo:

—Ignoro, gran señor, si mi padre vive ó ha muerto, no quiere ó no quiso que todavía me entere de lo que ha sido de él después de tan terrible acontecimiento, y acato su deseo. Pero dice que es su voluntad que herede vivo ó muerto: que me ponga al frente de la familia de los Laras, y ostente y lleve el título de conde, que me pertenece desde hoy en adelante, si, á juicio de hombres doctos, me hallo en disposición de poder optar á tan señalado don. Los doctos han emitido su opinión, y he aquí, señor, la demanda que traigo: deseo que V. A. apruebe el testamento de mi padre, me arme caballero y me permita hacer uso de mis títulos, honores y jerarquía. Os pido esta gracia, porque mi padre me lo manda, porque él lo quiso así. Si de mí solo se tratara, no estaría aquí; seguiría siendo rey del Saucejo, como me ha apellidado V. A.; pero en nombre de mi padre os ruego, gran señor, me concedáis la gracia que acabo de pedir.

El rey miró fijamente á Lara, y con marcada resolución le contestó:

—Pedro de Lara, he oído vuestra trágica historia por pura curiosidad; ni me importa nada de lo que ocurre en vuestra familia, ni me tomaré interés por otra cosa que por castigar las muchas faltas que á

cada paso cometéis, y ¡ay de vos el día que concluya mi paciencia y comience mi castigo! Así, pues, ni os armo caballero, ni os permito usar el título de conde hasta tanto que conste la muerte de vuestro padre, ni os reconozco por otra cosa que como uno de tantos otros Laras, en cuya familia se cuentan los individuos por el número de altaneros é insolentes traidores.

—Ni mi padre ni yo nos hemos rebelado jamás; antes por el contrario, se cuentan los días de nuestra vida por el número de los servicios que hemos prestado á vuestro trono. ¡Reprimid, señor, la lengua al hablar de mi padre, porque!...

—¿Por qué? ¡Vamos, dilo, Temerario del Saucejo!

—¡Porque me olvidaré que tenéis sangre real, y entonces!...

—¿Y entonces?

—¡Entonces, podría suceder que la tomasse por la lengua de un musulmán...!

—E hicieras conmigo lo que vuestro padre hizo con vuestra madre: ¿no es eso?

El rostro de Pedro se encendió como en los días de combate, se le trabó la lengua, la sangre se agolpó á su cabeza, y olvidó lo que había aprendido de conde, tornándose Pedro el Temerario, más fiero que nunca.

—¡Rey cobarde, caduco y ruín!—le dijo con chispeante mirada.—¡Mi valeroso padre hirió á su esposa y hermano porque los creyó criminales, y los Laras son tan leales como fieros en su venganza! ¡Si fuérais más joven, yo os probaría lo que somos!: pero sería en balde, porque tú ni joven ni viejo has sido otra cosa que un lobo astuto, resguardado en su madriguera.

—¡Ponce—gritó el monarca—, cumple con tu obligación!

Salió éste, y Lara continuó:

—Llama, llama á los tuyos y sabrás quién soy; y delante de ellos, y dando fin á ellos, gritaré, como ahora: mal padre, mal hermano; tus entrañas fueron siempre de hiel, y tus hechos han vertido en todas partes el mortífero veneno del reptil más asqueroso!...

No pudo continuar; por derecha é izquierda, entraron varios soldados, á cuyo frente iba Hernán, y todos se arrojaron sobre Pedro. Los dos infantes cubrieron al rey con sus cuerpos, y vieron impas-

bles el principio de aquella terrible escena.

Lara tiró de su espada, y vuelto de espaldas á la puerta por donde estaban los suyos, gritó, acometiendo á la vez á los contrarios:

—¡Lázaro, á mí! ¡A mí todos vosotros!

Era ya tarde; entre el escudero y demás caballeros que defendían al conde, se habían interpuesto otra porción de soldados que les impidieron la entrada. Ocho de los más robustos, tiraron sus armas, cogieron al Temerario por la espalda, y, ayudados por un pelotón de los que estaban de frente, lo derribaron en tierra, sujetándolo entre todos hasta conseguir atarlo de pies y manos. Pedro, en el corto tiempo que había durado la lucha, hirió y derribó á seis soldados; y mientras le amarraron, se defendió también con pies y manos, hasta el punto de inutilizar otros tres; no era un hombre en los momentos de la lucha, se convertía en un león, con la fuerza y el valor iguales á la misma fiera.

En tanto que esto pasaba en la cámara, Lázaro y los caballeros de Lara fueron acometidos por fuerzas cuádruples, y cuyas filas se iban aumentando cada vez más, hasta el punto de verse obligados á ponerse en retirada en dirección del patio, donde tenían los suyos. Ya allí, sabiendo que su jefe estaba preso é imposibilitado, y comprendiendo que perecerían todos sin mejorar la suerte de aquél, en un alcázar donde los rodeaban 2.000 hombres, tomaron la resolución, prudente y acertada, de romper la línea enemiga, y huir apresuradamente al palacio de Lara, donde se encerraron y fortalecieron hasta tanto que se acordase una determinación enérgica y salvadora de aquel conflicto.

En cuanto al joven conde, después de bien amarrado, fué encerrado en un hediondo calabozo, en el cual le cargaron de pesadas cadenas.

Finalizada tan amarga escena, miró el rey á su hijo mayor Sancho, y le preguntó:

—¿Qué te parece lo que acaba de ocurrir aquí?

El infante se encogió de hombros, saludó á su padre y se retiró.

—¿Y á tí, Juan?—añadió el monarca, dirigiéndose á su hijo segundo:

—Perfectamente, padre mío—contestó éste.

—¿En qué sentido te ha parecido así; creés que he obrado bien ó mal?

—En los asuntos de Estado no tengo opinión. ¡Lo que el rey hace bien hecho está!

Y saludó y se retiró también.

—¡Ninguno me comprende!—murmuró el soberano con disgusto.—Tienen buenos brazos—añadió—y fuertes corazones; pero la cabeza... ¡Sus cabezas son detestables!

Y cogió una pluma y se puso con mucha tranquilidad á escribir sobre astrología.

CAPITULO IV

El palacio de Lara.—Alfonso X, rey de Castilla, de León y emperador de Alemania.

La prisión de Pedro.—Intriga misteriosa.—La fuga.

Encerrados, como hemos dicho, en el Alcázar de los Laras, los caballeros y gente de armas, pusieron el fuerte en estado completo de defensa, guardaron provisiones para seis meses, y esperaron tranquilos á que las tropas del rey fueran á atacarlos, resueltos á defenderse á todo trance. A la vez mandaron varios emisarios para enterar de lo ocurrido á los parientes del conde.

Pronto se divulgó por la ciudad lo sucedido en el real palacio, y no podemos menos de confesar que causó un efecto malísimo la conducta observada por el rey con un desgraciado huérfano que imploraba un acto de justicia, y que había sido por espacio de muchos años el invencible baluarte de Castilla contra las huestes agarenas. Esto dió lugar á que el público desechara las preocupaciones que tenía sobre el temerario joven, á que sólo viera en él un héroe querido, inmolado por la tiranía del vetusto monarca que gobernaba el reino. Así es, que grandes y pequeños, en los salones y en las calles, decían públicamente que era una alevosía infame, y que quien tales cosas ordenaba no merecía el cariño de la gente honrada. A ésto siguió la inmediata sublevación de los Laras, que, sabedores de la existencia del nuevo jefe de su familia y del insulto hecho por el soberano á todos ellos, se adhirieron á la causa de Pedro y mandaron al alcázar que éste tenía en Sevilla, á D. Juan de Lara, tío carnal de aquél, hombre osado y entendido, el cual se puso al frente de la casa y fuerzas allí reunidas, hasta tanto que su sobrino pudiera conseguir la libertad.

Al día siguiente de la ocurrencia que antes hemos relatado, decretó el rey el nom-

bramiento de un tribunal que sentenciase á Pedro por conato de regicidio, y ordenó á la vez la confiscación de los bienes del reo. Los jueces se reunieron y deliberaron, pero la gente encargada de tomar posesión, en nombre de la Corona, de los bienes secuestrados, fué insultada y arrojada del palacio de los Laras por los criados del conde y silbada por el populacho sevillano. El César oyó este relato, se enteró del número, actitud y disposiciones tomadas por los rebeldes, y no tuvo por conveniente mandar fuerzas ni volver á intentar el cumplimiento del decreto imponiendo el secuestro, cuya medida fué prudente y acertada.

Alonso el Sabio adoleció toda su vida de falta de acción, energía y valor. Sus cualidades eran para haber gobernado en una época muy posterior á la en que vivió; pero formaba un anacronismo en su tiempo. Aficionado desde la más temprana edad á trabajos intelectuales, de los que gustaba mucho, siguió siempre dedicado á ellos, sin comprender que un rey así era imposible que gobernase bien á las turbulentas, ignorantes y aguerridas masas que él avasallaba. Hacía medianos versos; estudiaba y escribía sobre los astros; filosofaba bien; comentaba la historia y recopilaba Códigos, y todo ésto le enervaba, le robaba un tiempo precioso y le quitaba la energía necesaria para reconquistar sus pueblos, presa todavía de los árabes, y le faltaba lugar para gobernar, organizar, sujetar y conducir á la victoria á su valiente pueblo. No se le puede negar que era astuto y sagaz; pero poseía en alto grado la avaricia, la inconstancia, y fué poco recatado en hechos que debió ocultar con el mayor

cuidado. A no ser hombre de suerte, no muriera rey. Si, por el contrario, hubiese unido su fortuna y talento y los aplicara únicamente al gobierno de sus Estados, ningún monarca se habría igualado á él, pues su padre, Fernando III, llamado el Santo, le legó en muy buen estado las Coronas de Castilla y de León, bajo cuyo centro pudo conquistar los reinos de Granada y de Murcia, echando á la vez de España á los moros de Málaga y de Guadix. Fué también emperador electo de Alemania, y se le escapó ese Imperio de entre las manos por su defecto capital; es decir, su falta de

efecto con harta desgracia, como más adelante se verá.

Cronistas imparciales, nos hemos visto obligados á presentar al sabio rey tal como era, tal al menos, como nos dicen que fué.

El día que Pedro el Temerario se presentó al monarca, le cogió á éste en un período de mal humor y ya hemos visto la conducta que observó con el valiente é infeliz huérfano, que tuvo la desgracia de ir á demandarle un acto de justicia. Aquella vez, como otras muchas, obedeció á un capricho de los que engendraba su veleidosa imaginación. En esta ocasión, como en va-

rias otras, obró sin tomarse la molestia de prever las fatales consecuencias que podría acarrearle su insensato proceder.

Pasemos ahora á la prisión del temerario mancebo.

Sobre un pedazo de estera, tendida en un suelo humedo y desnivelado, se hallaba recostado el poderoso conde de Lara. Amarrado su cuerpo con una pesada cadena, sujeta á la pared, sufría su suerte el desgraciado mozo con la resignación del mártir. Ni un suspiro, ni una queja había exhalado en los ocho días que se veía sepultado en aquella obscura y lóbrega mazmorra. Fijo el pensamiento en la existencia de su padre y en la bella huri, ni se cuidaba de las causas que le tenían cautivo, ni

le atemorizaba su suerte futura, ni sus carnes de hierro echaban de menos el blando lecho y las comodidades del opulento palacio.

Diez días llevaba en aquel encierro, sin ver ni oír á nadie más que al carcelero. Eran las nueve y, como de costumbre, entró éste en el calabozo y le dejó un pedazo de carne, otro de pan y una taza de



...y, como de costumbre, entró éste en el calabozo...

acción y energía. Por la misma razón, se le sublevaron varias veces los grandes; el pueblo llegó á no quererle y se le rebelaron sus mismos hijos, viéndose en la humillación de tener que recurrir al rey de Marruecos para que le auxiliase y ayudase á combatir á los suyos, lo cual tuvo

agua, sin dirigirle palabra. Cogió Pedro la vianda, la arrojó lejos de sí y partió el pan; pero al llevárselo á la boca, chocaron sus dientes con un cuerpo extraño: miró, y á la escasa luz de la lámpara que ardía en su encierro vió con sorpresa una hojita de pergamino, introducida hábilmente en la miga del pan. La sacó, notó que estaba escrita por un lado y acercándose cuanto pudo á la opaca luz, leyó, aunque con gran dificultad, lo siguiente: «Pedid inmediatamente un confesor, y elegid al obispo Mendoza.» Este escrito estaba autorizado con un signo y la siguiente inscripción: «Un verdadero amigo vuestro.»

Pedro meditó; hizo pedazos muy pequeños el pergamino y se los tragó.

Dos horas después entró en la prisión un juez, acompañado de varios guardias, y le leyó la sentencia de muerte, diciéndole acto continuo:

—Pasado mañana se os cortará la cabeza; á las doce de esta noche os conducirán al sitio donde debéis morir. Si algo necesitáis, pedidlo.

El conde oyó la lectura y relato del juez con la mayor sangre fría é indiferencia.

Luego respondió:

—Quiero, únicamente, disponer mi alma para que se presente á Dios como ordena nuestra santa religión, para lo cual, me mandaréis al obispo Mendoza. Quiero también que digáis á vuestros compañeros que me han juzgado mal; han creído que yo sería, como ellos, capaz de asesinar á un viejo cobarde y ruin, sin comprender que las almas de mi temple hieren de otra manera y á otra clase de hombres. Por lo demás, encuentro muy puesta en razón la sentencia que han dictado los aduladores de esa astuta serpiente. Mandadme, pues, mi confesor, y que el cielo os guarde.

El juez hizo un gesto de disgusto y salió de allí.

Pedro reconcentró su pensamiento en su situación, y se dijo á sí mismo:

—¡Oh!, si el pergamino anónimo no es hijo de alguna intriga de esa vieja serpiente, yo os aseguro, señores jueces, que imitaré á vuestro amo, cambiando mi tajante espada por el manto hipócrita de los cortesanos. ¡Por María y la cruz que tiene razón mi buen Rodrigo! Entre esta gente, sin corazón ni hidalguía, los hombres

de mi temple sucumben miserablemente. Pero, gracias á Dios, he aprendido lo bastante para haberos podido conocer, y en lo sucesivo me dominaré y os venceré en todas partes, en todos los terrenos. ¡Si ese pergamino no miente!... ¡Bah!... Si me engañan, yo mismo me sustraeré de la suerte que me preparan.

Y el Temerario volvió á reclinarse sobre su duro y húmedo lecho con la mayor tranquilidad.

Poco después abrió el carcelero, le dejó pan, vino, varias viandas, y volvió á salir, cerrando bien la pequeña, pero gruesa puerta de hierro de la prisión. El conde desmigajó el pan y deshizo los manjares, buscando inútilmente otro pergamino. Visto que nada hallaba, bebió un poco de vino, una taza de agua y esperó.

Pasó el día, llegó la noche sin acercarse nadie á su prisión, é impacientado Pedro de tanto esperar sin resultado, exclamó:

—¡Nadie se acuerda de mí; me han vuelto á engañar! Está bien, yo me salvaré, para eso Dios me ha concedido una fuerza que pocos conocen y unas carnes que pueden luchar con el duro hierro.

Y comenzó á forzar el grueso candado que unía la pesada cadena que le sujetaba.

—Como yo consiga romperte—añadía, haciendo esfuerzos prodigiosos—, y verme libre, podrán matarme á estocadas, pero no pasará por la humillación de morir como un criminal.

Así permaneció largo tiempo sin que nada viniera á interrumpir su difícil, cuando no imposible intento.

Eran las nueve de la noche; un silencio sepulcral reinaba en el Alcázar Real de Sevilla. Lara continuaba forcejeando y ya uno de sus dedos lo tenía bañado en sangre; de pronto creyó escuchar ruido de pisadas y suspendió su tarea. Cesó de oír y volvió á quedar todo en calma. A los cinco minutos se sintieron nuevos pasos, los cuales fueron aproximándose á la prisión, hasta llegar á la puerta; la abrieron y entró un obispo de gran esfatura, grueso, grave y con semblante severo.

—¿Sois el conde de Lara?—preguntó al preso, haciéndole una reverencia.

—Sí, señor—contestó aquél.

—Pues bien—añadió el otro—; yo soy

Mendoza; obispo por la gracia de Dios y la Santa Sede.

Y sin esperar contestación, se dirigió á la puerta, observó, y entrando de nuevo, continuó:

—Vengo á daros libertad á ruego del Solitario.

Al oír este nombre, Pedro se estremeció, miró al ministro de Dios y exclamó:

—¡Siempre el Solitario!... ¡Ah, cuánto le debo!... ¡Cuánto ha hecho por mí!... Pero, ¿quién es ese hombre misterioso que se halla en todas partes, que es omnipotente, de quien todos hablan y á quien tan pocos ven?

Mendoza le replicó:

—Es un sér como vos, que vive velando siempre por la suerte de los desgraciados.

En aquel momeno reparó el obispo en la terrible cadena que amarraba al preso, y exclamó con disgusto:

—¡Os tienen sujeto y nada me han dicho! ¡Ah, no puedo salvaros!

—¿Por qué?

—Porque ese hierro no se puede romper, y ese candado no se abre.

—¡Bah! —dijo el Temerario—, si no es más que eso, mirad.

Y haciendo un esfuerzo desesperado, acabó de desunir los eslabones enlazados al candado, rompió éste; cayó al suelo la cadena, y el joven se levantó libre de su pesada carga.

El sacerdote exclamó:

—Bendito sea Dios, ¡qué fuerzas os ha prestado!

Y sin detenerse un momento, sacó de debajo de su traje talar un hábito y capa de monje que llevaba puestos y hábilmente disimulados, y añadiendo á estos objetos una correa, le dijo:

—Sin perder tiempo, vestíos y caláos bien la capucha.

Lo hizo así el Temerario, y cuando hubo concluido le preguntó:

—¿Y ahora, padre?

—Ahora, hijo mío, salid é idos á vuestro palacio. En el camino hallaréis quien os acompañe.

—¿Y vos?

—Yo me quedo aquí en vuestro lugar.

—Pero, ¿y si notan el cambio?

—No temáis; en una hora no entrará na-

die, y aun cuando me descubriesen, vela por mí el Solitario.

—¿No sería mejor que os fuéseis conmigo?

—No. He venido á confesaros y es preciso no infundir sospechas, pues están vigilándonos cerca de aquí, y yo debo salir por la puerta principal lo mismo que he entrado.

—¿Y cómo, señor, podré pagaros el bien que me hacéis?

—Pidiendo á Dios por mí y por el alma del anacoreta.

—¿Necesita un sér sobrenatural de las oraciones de los hombres?

—Señor conde, el Solitario ha menester, como nosotros, de la piedad del sublime y caritativo Hacedor.

—No puedo cuestionar con vos, padre. ¿Me dais vuestra mano?

—Sí, hijo mío, tomadla y que Dios nos ayude.

Estampó Lara un ósculo en la diestra del ministro, y se despidió de él diciéndole:

—Nunca olvidaré vuestra noble acción; siempre me hallaré dispuesto á otorgarle el merecido galardón.

Y salió de allí, entró en una galería obscura, estrecha y húmeda; al concluir ésta vió una escalera angosta, y subió treinta escalones que contenía; al finalizar su ascenso, halló una puerta de hierro cerrada, la empujó y notó con placer que cedía á sus esfuerzos; penetró por ella, y á los pocos pasos dados por un corredor algo más claro que la galería, se halló con un emboscado que le cerraba el camino. Pedro llevaba perfectamente recatado el rostro con la capucha, inclinada la frente, paso lento y la actitud, en fin, de un monje. El incógnito se le acercó, lo miró de pies á cabeza, se descubrió un poco la cara, y le dijo:

—Muy bien, padre; ¡parecéis un verdadero monje! ¿Me conocéis?

—¡El infante D. Sancho! —exclamó Pedro, sorprendido.

—Sí—añadió el otro—; vuestro amigo Sancho, pero no perdáis un momento.

Y sacando una hermosa espada se la dió, marcando mucho las siguientes frases:

—Tomad, digno conde de Lara; escondeed ese acero, y, si os descubren y atacan, de-

fendeos como vos sabéis; aun cuando fue-se contra todo el Ejército del rey, pues estáis vigilado, y en caso necesario no os faltarán parciales; yo mismo correré á vuestro lado; pero evitemos en cuanto sea posible que os conozcan, para lo cual espera en el extremo de este pasillo un guía que os conducirá por sitio seguro á vuestro palacio. Ya allí, tomadlo á vuestro servicio, pues es el soldado que debía estar ahora á la puerta de la prisión observándoos.

—Gracias, señor—replicó el Temerario—; se hará así, mas permitidme que os demuestre mi gratitud á la par que mi sorpresa, por...

—El hijo, conde, cura las heridas que hace el padre, y gana á la vez vuestra leal amistad.

—Sí, es verdad, seré vuestro.

—Seréis mi amigo, mi cariñoso amigo.

—Veo con placer, señor infante, que no sois vengativo.

—¿Y qué había de vengar, mi querido conde? Aquello no fué más que un leve castigo á mi torpeza. Os creí hombre, sin reparar que Dios os hizo león. Pero marchad, que el tiempo vuela y conviene evitar un lance.

Y le alargó la mano, que Pedro estrechó con el mayor afecto y agradecimiento. Partió de allí y al extremo opuesto halló efectivamente un soldado completamente armado, que le preguntó:

—¿Sois el padre Pedro?

—Sí—contestó el supuesto monje.

—Seguidme, señor.

Y el uno en pos del otro caminaron largo rato sin impedimento alguno, hasta llegar á una puerta excusada que abrió el guerrero, y que les permitió salir á la calle por la puerta opuesta de la fachada principal de palacio.

El soldado entornó la puerta, tiró la llave, y dijo al Temerario:

—Señor, ya estáis en libertad, pero aún hay peligro, y grave; os ruego que os recojáis los hábitos y sigáis mis pasos. Si nos acometen, huid vos, que yo detendré con mi acero á los que vengan.

—No, no—contestó Pedro desnudando la espada que le dió el infante—; adelante, corred lo que queráis, y si nos atacan, ponéos á mi lado, valiente joven, que yo abriré paso aun cuando nos lo impidieran una legión de demonios.

Y comenzó á andar á paso largo y acelerado. Sin detenerse, fué Pedro quitándose el hábito, lo arrojó al suelo, y envuelto en la capa continuaron por calles estrechas, obscuras y solitarias, burlando la vigilancia de los centinelas del rey, hasta que por fin salieron de las inmediaciones del alcázar.

Eran las nueve y media. La noche estaba fría y apenas transitaba nadie ni aun por las calles más públicas de Sevilla. Así fué que el fugado y su acompañante pudieron entrar sin inconveniente alguno en el palacio de los Laras diez minutos después.

CAPITULO V

Determinación del conde de Lara.—Grandes y chicos del reino.—Mensaje tenebroso. Conspiración.

El joven y atrevido conde halló su palacio en un estado completo de guerra, aumentada considerablemente su guarnición, y todos dispuestos á defender palmo á palmo el terreno, en el caso de ser atacados. Entró, abrazó á su tío D. Juan, estrechó á Rodrigo y á Lázaro, y aprobó cuanto se había ejecutado durante su ausencia. Hizo después que recompensaran con largueza al soldado que le acompañó en su fuga, el cual quedó alistado bajo las

banderas de los Lara. Encerrado luego con su tío, escudero y maestro, le refirió minuciosamente lo ocurrido desde la salida hasta su regreso, reservando únicamente el nombre del infante D. Sancho. Cenó luego en compañía de los mismos, y se retiró á su lecho, donde pasó el resto de la noche sumido en un tranquilo sueño.

A la mañana siguiente, revistó escrupulosamente á los habitantes del Alcázar, los muros y el estado de defensa, y quedó

completamente satisfecho. Dió orden para que permitiesen la entrada á todo el que quisiese paz, y que se declarase guerra á muerte á quien llegara con otras intenciones, sin exceptuar de esta medida á nadie. Invitó á su tío á que tomase la dirección de la casa y del fuerte, y rehusada por éste tal honra, organizó y distribuyó la tropa, nombró jefes de entre sus caballeros, advirtiéndole que las órdenes de don Juan se obedecieran como las suyas propias.

Hecho esto, esperó con tranquilidad á que fuesen á atacarle.

Volvamos atrás: el obispo Mendoza vió salir al preso y esperó media hora más, pasada la cual, yerto de frío, abandonó el calabozo, se dirigió al patio del palacio y marchó por la puerta principal, donde le esperaban sus dos pajes, entre los cuales se retiró á su morada. La guardia le vió cruzar sin sospechar nada, le saludaron como merecía por su elevada clase, y todo quedó en el mismo estado que antes.

A las once de la noche fueron á relevar al soldado que debía estar de centinela á la puerta del calabozo, y no le hallaron, ni el preso estaba en su sitio, ni notaron rastro alguno de aquella fuga. Dieron la voz de alarma, se pusieron en movimiento, recorrieron el Alcázar, los alrededores y las casas vecinas, y todo fué inútil. El reo no parecía por ninguna parte, y se perdió hasta la esperanza de volver á verle. No tuvieron más remedio que dar parte al rey de lo que había ocurrido.

Enterado el monarca, exclamó:

—Eso quiere decir que la traición ha invadido ya hasta mi palacio. Está bien; retiráos y decid á mi hijo Sancho que venga aquí inmediatamente.

Cinco minutos después, entró el infante, se encerraron padre é hijo, y permanecieron hasta la madrugada en una acalorada disputa, que fué fatal para ambos.

Al segundo día de hallarse en libertad Pedro el Temerario, se presentaron en su palacio á diferentes horas una gran parte de los jefes de las familias más poderosas del reino. Todos le dieron la enhorabuena, le reconocieron como conde de Lara, y se le ofrecieron para cuanto necesitare de ellos. En la tarde del mismo día, una multitud inmensa acudió á la puerta de su pa-

lacio, le vitoreó y festejó, demostrándole la simpatía y cariño de un pueblo que intentaba endulzar la desgracia del huérfano, recompensando de este modo el valor y la bizarría del atrevido castellano.

Estos plácemes de los grandes y de los chicos fueron un dardo más dirigido al caduco monarca; era otra prueba del disgusto con que veían su torpe conducta y de los pocos partidarios que le iban quedando.

Pedro comprendía todo esto y decía á los suyos:

—Injusto, tirano é ingrato, ha estado conmigo Alfonso X; mas por María y la Cruz que he de hacerle temblar hasta en su mismo palacio.

Al siguiente día se presentó en el Alcázar de Lara un escudero cubierto con un pesado yelmo, y se hizo conducir á la presencia del conde. Este le recibió, y cuando le tuvo delante, le preguntó:

—¿Quién sois y qué queréis? Podeis descubrirnos; en mi casa no se venden secretos ni se ofende al que viene á ella en paz.

—Señor—contestó el desconocido—, mi amo y dueño me manda llegar así ante vos, entregaros este pergamino, y retirarme sin esperar más.

Y haciéndolo así, le alargó un rollo, saludó y salió del palacio.

El Temerario rompió el sello con que iba pegada aquella hoja de antiguo papel, y leyó lo siguiente: «Hoy, á media noche, os esperan vuestros amigos en la calle de la Oliva, casa verde, señalada además con una E que veréis en su puerta. Llamad, enseñad este pergamino y os franquearán la entrada. El traje procurad que sea una túnica negra que os deje descubiertos solamente los ojos y las manos; en el centro del pecho llevaréis el núm. 3, marcado con tinta blanca; encima de este disfraz, capellar y birrete, que dejaréis á la entrada. Vuestro valor nos hace esperar que no faltaréis á esta cita que os da.—UN VERDADERO AMIGO VUESTRO.»

Era la misma letra que la del anterior anónimo, de aquél que le anunció que tenía amigos y que éstos velaban por él. En consecuencia, no se descuidó un momento: dispuso lo necesario, y cerca de la hora indicada, salió de su castillo, solo, bien armado, tranquilo y sin temer celada alguna.

La calle de la Oliva estaba muy cerca de la casa de Lara, situada en el barrio de los judíos, y casi toda ella deshabitada, pues la mayor parte de sus edificios amenazaban ruina, y los restantes se hallaban destruidos. Había, efectivamente, en aquella calle una casa pintada de verde, y tenía, según agregaba el pergamino, marcada una E sobre la puerta. Era muy grande, y su estado, por fuera, no parecía el mejor.

La noche estaba clara, pues una luna argentina extendía su luz á través de la transparente atmósfera de la corte de Sevilla. Silenciosa y triste la capital, nadie transitaba por ella á excepción de algún enamorado que hablaba ó rondaba á su bella, según la costumbre de la época en que pasa nuestra historia. Esto no obstante, por la calle de la Oliva no andaba nadie á aquellas horas, porque allí ni había hermosas que galantear, ni jóvenes atrevidos que á media noche tuviesen la extravagancia de pasear por el excéntrico y solitario barrio de los judíos.

La noche de que hablamos era por lo visto una excepción de la regla, pues á la mitad de ella comenzaron á desembocar por uno y otro extremo muchos embozados, los cuales, sin hablar ni dirigirse el más leve saludo, iban unos tras otros entrando en la casa verde. Pasemos al interior de este edificio y veamos lo que allí pasaba.

A la parte de adentro, y en lo que formaba el zaguán, cuatro hombres enmascarados se ocupaban el uno en abrir y cerrar y los restantes, muy bien armados, guardaban aquel sitio de la casa. Seguía una antesala, en la cual otros cuatro enmascarados recogían los mantos (equivalentes á nuestras capas de hoy), birretes, sombreros ó gorras de los que entraban. Se pasaba después á una galería que giraba á la izquierda, luego á un pasillo más estrecho, en cuyo centro había dos guerreros armados de punta en blanco con gruesas mazas de hierro, los cuales detenían á los que pasaban, hasta tanto que examinaban cuidadosamente un pergamino que los recién llegados presentaban allí por segunda vez. Al final de aquel pasadizo, que era muy extenso, se encontraba una puerta que abrían y volvían á cerrar los que por ella entraban.

Penetremos también nosotros y veamos lo que ocurría, pues, en el inmediato salón, de grandes proporciones, formaba un cuadro que ocupaba más de ochocientos pies de terreno. Sus paredes se veían forradas de seda verde, el piso cubierto con una alfombra de lana, y del techo pendían cuatro lámparas que alumbraban todo el recinto. Al frente, sobre un tablado, había un sillón que se elevaba una vara sobre el nivel del suelo, y á continuación seguían dos hileras de sillones más pequeños, dispuestos en semicírculo. Delante del asiento presidencial, se alzaba una mesa sobre la cual había dos candeleros con luces, una escribanía de oro y varias hojas de finísimo pergamino. Cada sillón tenía en el respaldo un número; el del presidente era el uno, y continuaba la numeración á derecha é izquierda hasta el centro, donde concluía con el cuarenta; de modo, que á la derecha del primero estaba el dos, á la izquierda el tres, y así sucesivamente.

Llegada la media noche, comenzaron á entrar en el salón hombres cubiertos desde la cabeza hasta los pies con un ropón negro, que sólo les dejaba libres las manos y los ojos. Todos llevaban marcado un número diferente en el pecho. Iban llegando uno á uno con algunos intervalos, pero silenciosos y graves; sin dirigirse una palabra, ni un saludo, ni la más leve mirada. Entraban, buscaba cada cuál su número, y se sentaban cruzando los brazos é inclinando la cabeza.

Media hora después se abrió una puerta secreta, muy disimulada, y apareció otro tapado, que ocupó la silla presidencial. Su disfraz era igual al de los restantes, sin más diferencia que la de llevar marcado el núm. 1. Al llegar este personaje, todos se levantaron, le hicieron una reverencia, que él devolvió, y permanecieron en pie hasta que aquél se arrellanó en su elevado sillón; en aquel instante se sentaron todos, tomando la misma postura que antes tenían. Los cuarenta asientos estaban ocupados.

Aquello era una terrible conjuración.

El presidente miró en torno, movió una campanilla, y todos alzaron la frente fijándose en él. Entonces, con acento fuerte y seguro, les dijo:

—Señores, á ruego de la mayoría de vos-

otros, os he reunido esta noche aquí.

Sois los jefes y representantes de las primeras familias del reino; disponéis de un inmenso poder, de considerables estados y de numerosas fuerzas. Tiempo há que estoy escuchando vuestras quejas individuales, pero concordes y razonadas. Dispersos podéis poco, unidos lo alcanzaréis todo. Hablad, pues, y veamos cuáles son vuestros deseos, vuestra decisión. El incógnito que usáis ahora será respetado por mí, único que podría venderlo; lo juro por el Dios que nos oye; de este modo, nadie ni nada debe influir en vuestra conciencia, pensamientos y aspiraciones. Exponed lo que queráis, y excuso encargaros á vosotros, nobles y grandes de la nación, justicia en vuestro pedir, exactitud en vuestro relatar.

Calló el jefe, y acto continuo se puso en pie el núm. 2, que comenzó diciendo:

—Yo, que soy grande del reino y jefe de una poderosa familia, veo con dolor cómo se han hollado nuestros fueros, cómo se va debilitando el poderío de nuestra nación, y se humillan nuestros estandartes; advierto que se han consumido los tesoros del país, y veo también al pueblo disgustado, ocioso y empobrecido; todo lo encuentro revuelto, transformado y en desorden. Sólo hay una causa, una mano que origina tantos males. Deseo y pido que se arranque de esa diestra el poder y que se ponga en otra fuerte, robusta, vigorosa y sana.

Calló la voz del conjurado; un signo de aprobación contestó á su breve pero enérgico discurso, y todo volvió á quedar en silencio.

Entonces el núm. 3, notando que sus compañeros le miraban como rogándole que hablase, pidió y obtuvo venia para ello, y levantándose exclamó:

—Acepto como mías las palabras que acabáis de oír. Yo siento lo mismo, veo lo mismo y quiero lo mismo: El núm. 2 lo ha dicho todo; yo voy á explanarlo más sin consideraciones á nadie, sin temor y sin rodeos. Oídme: sobre el trono de Castilla y León se sienta hoy un anciano, gastado, achacoso y débil. Impotente por esas condiciones, los asuntos del Estado llevan el sello de su ineptitud y de su capricho; así no es posible la paz, la grandeza ni la seguridad del reino. El rico-home es hoy hu-

millado, destituido y encarcelado sin causa ni motivo; nuestras venerandas leyes están pisoteadas; nuestros estandartes vencidos y humillados; nuestro pueblo olvidado y escarnecido. Tal estado de cosas es intolerable; hay que concluir con él y deben ayudar en tan noble empresa todos los que tengan sangre castellana en sus venas, quien abrigue hidalguía en su corazón, aquellos, en fin, cuya alma esté inflamada por la razón de su causa y revestidos del valor que su santidad infunde.

—¡Bien, bien!—exclamaron todos participando de los sentimientos y ardor del número 3.

Este, con más energía, continuó:

—Tolerar por más tiempo tanta mengua, tanta mancilla, es suicidarse; es declararse impotentes para lo grande, arduo y difícil. Y vosotros, descendientes de Pelayo, de Jaime y de Vivar, ¿os creéis con suficiente abnegación para tolerar un día más, una hora más la ignominia á que nos han condenado?

—¡No, no!—repitieron con ronca voz los conjurados.

—Pues bien, grandes y ricos-homes; decid quiero, y vuestra voluntad será cumplida; teñed resolución para mandar, y seréis obedecidos; pedid lo que de justicia os debe, y lo obtendréis; mas si os cerrasen la puerta, forzada y entraréis en el porvenir como deseáis.

—¡Bien, bien!—volvieron á exclamar.

—Pues si digo bien, si todos queremos lo mismo, si nuestra causa es la de la justicia y la razón, y si no somos cobardes; ¿á qué ocultar por más tiempo nuestro rostro? Conozcámonos, estrechése nuestras manos, y unidos nuestros esfuerzos confundamos al tirano, y demos á la nación la vida y libertad que necesita y pide.

—¡Sí, sí!—replicaron.

Y dando el ejemplo el núm. 3, todos rasgaron el paño que les cubría el rostro, á excepción del presidente, mudo é impasible espectador de cuanto allí ocurría.

Lara, Lope de Haro, Agreda, Treviño, Guzmán, Mendoza, Núñez y la mayor parte, en fin, de los jefes de las principales familias del reino, se hallaban allí reunidos, presentando su altanero rostro y erguido continente. En el instante en que se

descubrieron, una aclamación unánime salió de sus labios dirigida al núm. 3.

—¡Bien, bien!—decían.—¡El conde de Lara, el esforzado campeón de Castilla!... ¡Que siga, que siga hablando!

Y continuaronijos en el Temerario del Saucejo, el cual dió las gracias á todos los conjurados, y prosiguió:

—Ahora, señores, puede uno expresarse con toda confianza y sin que nada estorbe el rápido vuelo de la palabra. Estamos, pues, en la obligación de coger el estandarte castellano y levantarle muy alto, tanto como há menester su pasada humillación. Sólo hay un camino, un medio, un extremo terrible, que es imprescindible tomar. Es necesario rebelarnos; comprendo lo duro del hecho, pero no hay nada peor que continuar así. Convencidos de esta imperiosa necesidad, decidámonos y proclamemos por rey de Castilla y León á Sancho IV. Si su padre abdica, tanto mejor; si se resiste, peor para él, pues será vencido por nosotros.

Las últimas palabras de Pedro el Temerario causaron honda sensación en el auditorio, y dieron lugar á un murmullo, que expresaba claramente si aprobaba ó desaprobaba la postrera idea de Lara.

Pareciéndole á éste que había algo de temor é indecisión por parte de sus compañeros respecto de rebelarse todos, según proponía, se apresuró á decir:

—He indicado, señores, que no hay otro camino que rebelarse contra Alonso X, ó continuar sufriendo, Dios sabe hasta cuándo, la triste suerte á que se ve condenado el reino. No olvidéis que D. Alonso deja por heredero del trono á uno de los Cerdas, lo cual no puede convenirnos á ninguno; en consecuencia, este es mi grito: ¡Abajo el rey D. Alonso! ¡Viva Sancho IV!

Estas palabras acabaron de decidir á la

asamblea, que unánimemente proclamó rey al bravo infante, conviniendo en rebelarse todos al día siguiente, y extender la revolución por el Estado.

Hasta aquel momento el jefe ó presidente de los conjurados había permanecido en silencio, fija su atención con un interés extremado, ora en el que hablaba, ora en el efecto que causaron sus palabras. Era el único, como hemos dicho anteriormente, que seguía cubierto desde los pies á la cabeza con el negro ropón, sin que ninguno se atreviera á reprochar su conducta.

Poco después que Sancho fué aclamado por monarca, y cuando la calma estuvo completamente restablecida, se levantó y dijo:

—En nombre del infante á quien acabáis de proclamar, os doy las gracias por la inmerecida honra que le dispensáis. El acepta la pesada carga que deseáis echar sobre sus hombros; pero tened entendido que mientras su padre viva, jamás tomará el nombre de rey. Tampoco analizará los motivos que el autor de sus días ha dado para obligaros á tal determinación; acepta las consecuencias, jura elevar este país á la altura en que debe estar y gobernará con el nombre solo de infante. No atacará á su padre; no os permitirá que ofendáis á su persona; pero rechazará la fuerza con la fuerza, y con tal que respetéis al anciano monarca, os tolerará que castigéis á los demás. Con estas condiciones extended el acta cuando queráis, firmad y acto continuo lo hará él, agradecido siempre á la estimación y favores que le habéis dispensado esta noche.

Poco después se redactó el acuerdo de que queda hecha mención, firmaron y, levantada la sesión, todos se retiraron del mismo modo que habían ido.

CAPITULO VI

La esposa de Sancho el Bravo.—Revolución.—Vuelve á aparecer el Solitario.

Eran como las tres de la madrugada. El alcázar real de Sevilla parecía un fantasma que se elevaba entre las sombras de la noche; y triste y silencioso, ni dentro ni fuera se oía otro ruido que el de unos cuantos cénfilas que muy diligentes guarda-

ban la casa y sueño de su amo. En las habitaciones interiores todos dormían, á excepción de una sola mujer que, sentada en un regio sillón, apoyado su brazo sobre una mesa y la frente descansando en la diminuta mano, meditaba profundamente.

Llevaba así algunas horas, interrumpiendo únicamente sus ideas con algunos paseos que de vez en cuando daba, dirigiéndose á una pieza inmediata, desde la cual miraba con avidez y no viendo á la clara luz de la luna venir aquel á quien estaba esperando, se retiraba diciendo:

—¡Todavía no regresa!

Y volvía á entregarse á sus profundas meditaciones.

Aquella mujer, alta, hermosa, pero de semblante severo, de espaciosa frente y mirada de águila, mostraba bien el talento con que Dios se había dignado privilegiar su bellísima cabeza. Tenía veintidós años nada más, y aun cuando la Providencia la hizo mujer, obraba con la energía de un hombre y la sensatez de un anciano.

Se hallaba en una pequeña cámara del alcázar, adornada con sencillez y gusto, y, como hemos dicho antes, era el único sér que velaba en aquellas regias habitaciones.

Como á las tres y media le pareció sentir un ruido lejano, miró, y á poco vió abrirse una puerta de la estancia y entrar un hombre embozado, que cerró, arrojó lejos de sí el capellar y birrete con que se cubría, y presentó el negro disfraz que ya conocemos, marcado con el número 1. Se quitó también este traje, se arregló un poco su larga y hermosa melena, y besó con tierno amor la blanca mano de la dama. Eran aquellos personajes el infante don Sancho y su esposa doña María Alfonsa de Molina. Después de la demostración de cariño que acabamos de relatar, se dirigió la matrona al caballero con las siguientes frases:

—Y bien, mi querido esposo, ¿vuelves satisfecho?

—Sí, mi bella María. Un poco duros han estado con mi anciano padre, pero han concluido por adoptar el plan que tú me habías indicado.

Y seguidamente refirió el presunto monarca lo que tuvo lugar en la asamblea de los conspiradores, sin omitir nombres ni detalles.

La de Molina quedó pensando algunos instantes y luego replicó:

—Sancho, está arrojado el guante y ya no se puede retroceder. Supongo que tú, á quien llaman el Bravo, no cederás ante ningún peligro.



—¡Todavía no regresa!

—Esposa mía, te he probado ya una y mil veces, que hablando tú no tengo voluntad; tus pensamientos son los míos, tus ideas las mías y tus intentos los míos. Tratándose de mi angelical María, no tengo padres, hermanos, pueblo, amigos, parientes ni deudos. Hay para los dos un solo corazón, una sola alma y un entendimiento que manda, dirige y gobierna, ese es el tuyo. Procura que nadie lo sepa, que nadie penetre este secreto, porque la ver-

dad es que has llegado á dominarme de tal modo, es tanta mi confianza en tí, que á tu lado me atrevo á conquistar el mundo. Me dijiste un día: Se valiente Sancho, y al poco tiempo gané en las lides el renombre de Bravo. Hoy me aconsejas que sea astuto, sagaz y atrevido; ya lo soy; ¡quieres que me rebele contra mi mismo padre!; ¡ya lo he hecho esta noche y mañana lo sabrá el país! Temes que, desheredado por el autor de mis días, el trono de Pelayo no vaya á tus hijos; ¡vana ilusión! Quieres tú ese cetro, y estoy yo aquí para ponerlo á tus pies, aun cuando tuviera que arrancárselo al rey más poderoso de la tierra. ¡Dios lo dispone así, cúmplase su soberana voluntad!

—Debo, esposo mío, velar por ti y por nuestros hijos. La injustificable conducta del monarca nos ha impelido á pensar y obrar de este modo. Triste cosa es rebelarse contra su padre; pero si él obliga á sus hijos á observar tal proceder, que no los culpe; que mire sus hechos, y en ellos encontrará la causa y la explicación de todo. ¡El hombre á quien empuja el rey ó la sociedad hacia un camino, siquiera parezca desastroso, no es responsable de lo que un torrente desbordado le impelió á ejecutar... Pronto debemos partir de aquí. Es precisa la astucia, pero jamás usaremos de hipocresía. Preparémonos, pues, que está cerca la mañana, y no puede hallarnos en estas habitaciones el sol que ha de alumbrar el nuevo día.

Volvamos ahora al alcázar de Pedro el Temerario.

Lara, en los pocos días que llevaba de hallarse libre, había enganchado bajo sus banderas á cuantos soldaos le reclutaban sus agentes. De este modo llegó á tener en el castillo más de seis mil hombres entre jinetes y peones, con los correspondientes jefes, siendo todos ellos gente escogida y valerosa. Las arcas del tesoro del conde estaban llenas, pues hacía veinticinco años entraba en ellas mucho oro, sin que saliese casi nada. El anciano Rodrigo hacía las veces de administrador general de los estados de Pedro, y su integridad y celo eran superiores á todo encarecimiento. Así es que el Temerario podía con mucha holgura sostener por largo tiempo un pequeño ejército.

Al medio día siguiente á la conjuración, el conde de Lara dió el grito de «Castilla y León por D. Sancho IV», que fué contestado por sus parciales del palacio. Esta fué la señal para que otros treinta y ocho repitieran en otros tantos palacios de Sevilla lo mismo que dijo Pedro. Fué el primer guante que varios grandes del reino arrojaron al sabio y vetusto rey.

Alfonso X se rodeó de sus partidarios y de la tropa que tenía en la capital, y pensó primero en defenderse si era atacado, luego en atacar y nunca en ceder ni transigir con sus enemigos.

Sus contrarios no se descuidaron un momento. Por la tarde de aquel día se reunieron en el palacio de Lara, y presididos por el mismo Sancho IV, acordaron que éste pasase á Córdoba, ciudad que estaba segura de dominar á muy poca costa. Desde allí debía dirigir la revolución, reuniendo Cortes en Valladolid que confirmasen y ratificasen el nuevo Gobierno del Estado. Treinta más de los conjurados irían por el resto de León y Castilla, procurando por todos los medios posibles ganar y poner en completa rebelión á los grandes y chicos de la nación. Ocho debían quedarse en Sevilla para hacer frente al rey y defender los castillos y propiedades que tenían allí los cuarenta conspiradores, apoyados por el temible Lara, el cual se encargó de sublevar toda aquella comarca, estando continuamente en relación con sus amigos de la capital para ayudar á éstos en cuanto pudieran necesitar de él. Dejaron los treinta y dos una corta guarnición en cada uno de sus palacios, ganaron una parte del pueblo que odiaba al rey y que se ofreció á apoyarlos, y partió cada cual á su destino aquella noche misma. Los que quedaron en la Corte no cesaron un momento de admitir gente á su servicio, de conspirar contra el monarca, de atraerse amigos y extraños, vigilando día y noche los treinta y dos palacios y demás propiedades de los ausentes.

El conde de Lara mandó que quedaran en su alcázar ochocientos hombres, capitaneados por su tío D. Juan y el anciano Rodrigo. Hizo una visita á los restos inanimados de su madre y partió de allí llevándose á su viejo escudero Lázaro. Tomó

el camino de Granada y se dirigió al Saucejo. Caminaban despacio, pues en todos los pueblos se iban deteniendo para ganar parciales y reclutar soldados.

A los dos días de marcha, llegaron á dar vista al cortado de Guadaira. En aquel instante divisó Pedro á su escudero, el cual desapareció la noche anterior, no habiendo vuelto á verle hasta aquel momento. Fundándose éste en un pretexto verosímil, disculpó su ausencia y convenció al joven de la justa causa que lo tuvo alejado. Trascurridos diez minutos, se acercó á su jefe, y le preguntó con bastante misterio:

—Pedro, ¿quieres ver al Solitario?

—¿Le conoces tú, Lázaro?—preguntó con interés el Temerario.

—No; mas puede que ande como de costumbre, por entre las rocas.

—Y qué, ¿habíamos de atravesar por esas breñas?

—¿Tú quieres verle? Contesta si ó no.

—Si no hay necesidad de detenernos, sí.

—Pues bien, que sigan andando los jinetes y peones, quedémonos atrás y acaso lo consigamos.

Lo hicieron así hasta perder de vista á los suyos, que marchaban delante á buen paso.

Eran las cuatro de la tarde. Pedro y su escudero cruzaban en aquel momento por el cortado de Guadaira mirando á la derecha, mas sin que el anacoreta se dignara presentarse. Pasaron el cortado, y ya iban á salir de la escabrosidad del monte, cuando al concluir un recodo que hacia el camino, hallaron á la distancia de veinte pasos al Solitario, cruzado de brazos, con la vista fija en el cielo y pisando la misma orilla del sendero que seguían los viajeros.

Al ruido que hicieron los caballos dejó de mirar arriba y se fijó en los recién llegados con ansiedad é interés. Lara detuvo su caballo frente á él, á dos varas de distancia, echó pie á tierra, y alzándose á celada le dijo:

—Señor, ¿quién sois? ¿Qué espíritu celestial anima á vuestro sér, que se halla en todas partes, que todo lo sabe, que todo lo ve y que por doquiera va derramando el bien, destruyendo el mal y con su generosa mano abre calabozos, lo mismo que

ahuyenta con su ronca voz á los enemigos de la Cruz? ¡Ah! ¡Permitidme que caiga á vuestras plantas y bese la bondadosa diestra que tantas veces me ha salvado la vida!

Y doblando la rodilla derecha, le cogió una mano y la besó. Pedro, á pesar de su indomable valor, se estremeció al tocar sus labios la encallecida piel del anacoreta, y tembló. Este miraba al guerrero con extraordinaria ternura, pero nada le dijo; ni se movió, ni dió señales de aprobar ó reprobar la respetuosa acción del Temerario. El joven conde llevaba un hermoso y pesado traje de guerra con relieves de oro, presentando su rodela el escudo de armas de los Laras, del mismo metal. La estatura de aquel gigante, su corpulencia, traje, rostro hermoso y varonil y la aureola de gloria que emanaba de sus hechos, formaban un conjunto maravilloso, capaz de seducir á la mujer más altiva, como de causar envidia al mejor y más apuesto doncel de Castilla. El anacoreta seguía mirando á Pedro con el mismo interés, pero con cierta admiración, incomprensible en aquel hombre excepcional. Lara esperó á que el interpelado respondiera, y viendo que seguía mudo é inmóvil, continuó:

—Si no os dignáis contestarme, me retiro, si bien llevaré el sentimiento de no poder expresaros toda la gratitud que mi alma siente hacia vos.

Calló, y el Solitario permaneció sin desplegar los labios; alzó la mano derecha, y le indicó el camino por donde debía seguir. Entonces Lara le hizo una reverencia, bajó su celada, montó á caballo y gritó:

—¡Lázaro, á escape; la Providencia calla, obra y esparce el bien!

Y amo y escudero partieron con la velocidad del rayo. El anacoreta, sin perder de vista á los dos guerreros y con una fuerza y agilidad superiores á su edad, corrió hacia una colina que tenía á la izquierda y que dominaba el camino, subió á su parte más elevada, y volviendo á cruzar los brazos y á recobrar su anterior inamovilidad, permaneció sin perder de vista á los ligeros jinetes que se marchaban. Sus ojos se hallaban húmedos, su rostro algo encendido y su mirada ansiosa como antes. En el instante en que perdió de vista al

conde de Lara, alzó los brazos al cielo, exclamando:

—¡Perdón, Dios mío, perdón! Y bañado en llanto, cayó de rodillas y oró.

CAPITULO VII

Conducta de Pedro. — Los Castros y el Temerario. — Horrible proceder. — Lucha y catástrofe.

El joven Lara y su pequeño ejército, llegaron al día siguiente á Osuna, proclamaron rey á D. Sancho IV y destituyeron y expulsaron á las autoridades que se oponían, haciendo lo mismo en todos los pueblos, castillos y fuertes de aquella comarca. Pedro el Temerario llevaba á sangre y fuego su empresa, dispuesto á no dejar un partidario de Alonso X en aquel distrito, en que tanto se conocía su nombre, sin perdonar á nadie ni respetar nada de lo que sus contrarios poseían. Era de gran interés para él conservar aquella parte de Castilla en poder de D. Sancho, y no excusó medio alguno para conseguirlo. Esto le fué de fácil realización, efecto de lo mucho que allí pesaba su influencia, por lo cual á todos impuso su ley, si bien tuvo que ensangrentar su camino con el hecho que vamos á relatar.

Al cumplir Pedro el Temerario la edad de veinticinco años, debía tomar posesión de su opulento condado, y á la vez de las pingües posesiones que su madre doña Laura de Castro le dejó al morir. Sin dificultad alguna se hizo de la herencia paterna y de los tesoros que ésta produjo en el largo período que él vivía en Saucejo. Respecto á la de su madre, ya era otra cosa: muerta aquélla y escondido el secreto de su matrimonio, los individuos de la familia de Castro, aun cuando supieron la verdad de lo ocurrido, callaron lo que les convenía, dijeron lo contrario de la verdad y D. Fernando de Castro, tío de la víctima, se echó sobre los bienes de éste; herencia que, por otra parte, nadie intentó disputarle hasta entonces. Pedro sabía todo esto, como también tenía conocimiento de las inmensas riquezas que su madre le dejó; y aun cuando no era avaro, cogió los pergaminos que acreditaban su derecho á la mayor parte de las posesiones de los Castros, y quiso saber lo que pensaban res-

pecto de él los de la familia de su madre. Acaso el noble y generoso joven hubiera cedido con gusto aquel patrimonio por un poco de cariño de parte de aquellos que llevaban su segundo apellido. Pero, ¡ay!; los Castros eran hombres que no perdonaban ni olvidaban su antiguo rencor, y en vez de encontrar Pedro unos parientes tiernos, se halló con panteras que intentaron devorarle. Veamos, pues, el recibimiento que hicieron á su verdadero jefe por derecho materno.

Cerca de Osuna existía un hermoso palacio, que fué el mismo donde tuvo sus amores y murió doña Laura. En él habitaba D. Ricardo de Castro, hijo de don Fernando, primo carnal de Lara y jefe de hecho de aquella vengativa raza. Era dueño de varios pueblos próximos á su morada, de un terreno vastísimo y de una renta que le hacía el más poderoso señor de Osuna. Vivía D. Ricardo en compañía de dos hermanos y un sobrino; tenía treinta años y era valiente, hábil y osado. Conocía á su primo hermano, sabía su historia, como hemos dicho antes; habían combatido juntos contra los moros, pero siempre existió entre ambos una gran rivalidad; en Pedro era ésta instintiva, pues hasta poco antes ignoró su parentesco y procedencia; en Ricardo, hija del encono, la venganza, la envidia y la usurpación. Todo esto lo comprendía ya el Temerario, mas no obstante, después que consiguió su objeto en aquella comarca, cogió sus hojas de pergamino y en compañía de los principales jefes y señores de Osuna, se dirigió al palacio de los Castros. Lo hallaron cerrado, alzados sus rastrillos, levantados los puentes, en un estado completo de defensa, y como temerosos sus dueños de ser acometidos.

Lara enarboló la bandera blanca y pidió permiso para entrar en unión de los

nobles que iban con él. Media hora los tuvieron esperando la contestación; al fin bajaron los puentes y rastrillos y les permitieron pasar. Conforme penetraba el joven conde en aquel terrible castillo, de tan tristes recuerdos para él, sentía un malestar profundo, pareciéndole que escuchaba los ayes lastimeros de su infeliz madre, y que se hallaban todavía enrojecidos por la sangre de las víctimas los mármoles del pavimento. Su mirada era extraviada, su rostro estaba descompuesto y su corazón se agitaba con una violencia desconocida. Llegaron á la antecámara y allí los detuvieron otra media hora. Pedro creyó que el salón en que se hallaban era el mismo desde el cual su padre había observado é interpretado de una manera tan funesta la tierna escena de Laura de Castro y su hermano, y tembló. Sus compañeros observaron lo que pasaba por él y trataron de distraerlo, haciéndole notar que todos los criados que vieron hasta entonces iban armados de punta en blanco, lo cual justificaba más el aspecto guerrero que presentaba aquella fortaleza. El joven conde volvió en sí, conoció lo crítico de su posición y aguardó sereno el desenlace del acontecimiento que le llevaba allí. Por último, transcurrida la hora señalada, se abrieron las puertas del salón y una voz bronca y destemplada les invitó á que entrasen.

Ricardo, sus hermanos y sobrino, se presentaron en medio de la habitación, al frente de una numerosa comitiva de caballeros, cubiertos todos de hierro, y en estado más bien de recibir enemigos que amigos. El conde de Lara penetró sin altanería, y con la mayor urbanidad les hizo un saludo, que los otros le devolvieron á medias y con cierto desdén. Ricardo de Castro tomó la palabra, y dirigiéndose á su primo le dijo con altivez:

—Pedro el del Saucejo, queríais verme, y aun cuando me falta tiempo, por una tolerancia de que desearé no arrepentirme, aquí me tenéis.

—Soy el conde de Lara—contestó el Temerario con dignidad—y me he visto obligado á hablaros de asuntos de familia, rodeado de estos caballeros, nobles todos y respetables por su posición y merecimientos.

—¿Y qué tengo yo que ver con vos, con

vuestra ignorada familia y con esos señores?—replicó Castro con más desdeñosa altanería.

Este segundo dardo fué derecho al corazón de Pedro y le hirió. El Temerario iba á volver á serlo, obligado por la horrible conducta de su primo. Hizo, sin embargo, un esfuerzo por contenerse, y conseguido en parte, continuó:

—Soy hijo del conde de Lara y de doña Laura de Castro, vuestra tía...

—Ese es un cuento—dijo Ricardo interrumpiéndole—inventado para solo hacernos reír.

Este nuevo insulto acabó de descomponer á Lara; se olvidó del apellido que llevaban aquellos hombres que tenía delante, y replicó:

—Traigo conmigo las pruebas evidentes de que soy dueño único y absoluto de este palacio y estados anejos á él, y vengo á tomar posesión de todo y á arrancaros á la vez la lengua si volvéis á hacerme el más leve insulto.

Una carcajada de Castro y de cuantos le rodeaban fué la contestación que mereció esta amenaza.

Pedro, por una casualidad providencial, comprendió que le habían armado una emboscada, que podía comprometer á los caballeros que generosamente le seguían, y que él mismo acaso perecería de una manera villana. Todas estas ideas se despertaron con oportunidad en su mente, inspirándole para detenerse á los bordes del precipicio á que iba á lanzarse. Así es que, fingiendo una tranquilidad que no tenía, les dijo dirigiéndose á todos los presentes:

—¡Notad cómo sale de aquí, señores, el conde de Lara; ya veréis cómo entra Pedro el Temerario! Y lanzando una mirada aterradora que descompuso á sus contrarios, huyó de allí seguido de los suyos, valiente como el león, pero temeroso de que le asaltase un enjambre de insectos venenosos. Nadie, sin embargo, se atrevió á estorbarle el paso; la emboscada había sido descubierta á tiempo; esto desarmó á Castro, y si no fué le suficiente, bastó aquella terrible mirada para confundir á tan miserables parientes.

Pedro, por fin, salía ileso, es verdad; pero había sido herido en las fibras más delicadas.

das de su corazón; llevaba el alma despedazada y estaba completamente fuera de sí y ardiendo en ira y deseo de venganza. Su destino le empujaba á ser más temerario que nunca.

Se echó fuera del castillo, montó á caballo y dió á su escudero Rueda la bocina de campaña, diciéndole con voz que estremeció á cuantos le escuchaban:

—¡Lázaro, corre á Osuna, después al monte, y tocando siempre á guerra y estérminio, que vengan aquí todos los míos! Que lleguen uno á uno, cien á cien, mil á mil, como puedan; pero que lleguen pronto. Diles, Lázaro, que su amigo, que su jefe, que su señor, ha sido insultado y ha tenido que callar; corre, que toque mi campana del Saucejo, y tráeme pronto, Lázaro, mi honor, mi corazón, mi alma que llevas en el cumplimiento de esta orden.

El fiel escudero, obedeciendo el irresistible mandato de su amo, y comprendiendo lo que pasaba por éste, metió espuelas á su corcel y comenzó á tocar la bocina con que Pedro lo hacía en los momentos en que la patria peligraba, en el instante en que al oírse se escondían los cobardes y volaban los valientes en torno del primer campeón de Castilla. Lázaro iba enviando gente de armas á Lara, según éste se lo había prevenido, conforme se le presentaban á preguntarle qué ocurría. Rueda los arengaba, estimulaba el valor de ellos y los mandaba al sitio donde debía tener lugar la lucha. Así salió de Osuna, llegó al Saucejo, tocó la terrible campana é instantáneamente se llenó el monte de valientes serranos dispuestos á asociarse á Pedro y seguirle á todas partes. Era época en que el labrador llevaba á la espalda el hacha de campaña cuando se hallaba trabajando y el montaraz su terrible pica.

Pero dejemos á Lázaro cumpliendo su misión de una manera admirable, y volvamos á ver lo que hacía el humillado y temerario conde de Lara. Este salió antes que los caballeros que le habían acompañado, pero cuando acabó de dar la orden á Rueda, ya llegaban casi todos, y volviéndose á ellos les dijo:

—Señores, ya presenciásteis los insultos y miserable conducta de esos inicuos parientes míos. Me tendían una red, me he contenido por evitaros el ser envueltos en

ella conmigo y que pereciérais de un modo ruín y villano, por culpa de aquel á quien tan noblemente seguíais; pero juro por María y la Cruz no descansar un instante hasta que tiña en rojo mi armadura con la sangre de los infames. Os invito, os ruego que seáis testigos de la reparación que doy á la ofensa, mas solamente como meros espectadores. En ese castillo hay miles de hombres, pero no importa; el insulto no atañe más que á mí, y yo solo debo vengarle con la ayuda únicamente de los míos.

—¡No, no!...—contestaron varios desnudando las espadas; á todos alcanza la ofensa, á todos nos han insultado con el inicuo recibimiento que nos han hecho, con la torpe conducta que han observado! ¡A las armas por Pedro el Temerario! ¡Morir ó castigar la afrenta!

—¡Bien, señores, muy bien!; no me extraña ese noble ardimiento, hijo de la hidalguía de pechos castellanos, de hombres que ni toleran afrentas ni las presencian sin conmoverse. Grave y sin igual ha sido el insulto—añadió Lara esforzando la voz—; pero os juro que ha de quedar memoria eterna de la venganza. ¡A mí, pues, valientes caballeros! Tomad todas las salidas del palacio, matad al que intente escapar, que en breve llegarán los míos, y con ellos asaltaremos ese nido de cuervos, si es que piensan continuar encerrados, según espero de su menguada conducta.

Más tarde comenzaron á presentarse los jinetes y peones de Lara, los cuales, por orden de éste, rodeaban el castillo y se disponían á resistir toda salida ó ataque de los moradores de aquél. Pedro el Temerario ordenaba, corría, estudiaba el terreno y la parte menos vulnerable del fuerte; animaba á los suyos y les infundía el coraje y ardor que fermentaban en él y que le tenían fuera de sí.

Algún tiempo después se vió una inmensa polvareda y detras una masa terrible de montañeses armados con formidables picas y otros instrumentos mortíferos. Esta gente, la más fuerte, la más valiente, la más feroz en los combates, adoraba á Pedro, no sólo como á su generoso é hidalgo señor, sino también como al temerario general que los conducía á la victoria, y al frente de ellos todo lo podía, todo

lo intentaba y todo lo conseguía. Venía á la cabeza de ellos el esforzado Lázaro, y al llegar rodearon al conde, lo colmaron de elogios y le pidieron escalar la fortaleza, destruir sus muros y no dejar piedra sobre piedra de aquella mole donde había sido insultado su señor. El buen escudero les había enterado de la afrenta hecha á Pedro, y toda aquella feroz y aguerrida gente

bramó de ira y ansiaba el momento de vengar á su jefe. El conde les arengó, les impuso silencio, situándolos delante de la puerta principal del palacio y obligándoles á que tuviesen paciencia. Completamente rodeado el castillo, y seguro Lara de que no era posible la salida por entre aquel círculo de hierro con que lo tenía cercado, escribió y mandó un cartel á D. Ricardo de Castro, desafiándolo en unión de sus hermanos y sobrino á un duelo á muerte, uno á uno ó con los cuatro á la vez. Partió el heraldo, llegó á la puerta del palacio y llamó varias veces. Nadie le contestó ni le hizo caso, ni atendieron á sus amenazas. Este era otro nuevo insulto. Entonces Lara hizo repetir tres veces, y en diferentes sitios, un pregón que se oyó hasta en las habitaciones interiores del alcázar, por el cual, en nombre del rey D. Sancho el IV, se les daba media hora á los soldados, deudos, amigos, caballeros y criados de Castro, para que abandonasen el castillo, advirtiéndoles que transcurrido este

plazo asaltaría la fortaleza y pasaría á cuchillo á todos sus moradores.

Sepamos ahora qué era de los sitiados y qué pensaban hacer en vista del grave peligro que les amenazaba. Ya conocemos los móviles que obligaron á los Castros á observar una conducta tan imprudente con su primo. Cuando éste salió comprendieron que había sido burlado su intento y deshecho el plan que tenía premeditado, escapándoseles el león sin haberse atrevido á oponerle el más leve obstáculo. No contaron

con el dominio que sobre sí ejerció Pedro, sofocando el ímpetu de su carácter, y creyeron que excitando su osadía y su soberbia le precipitarían á cometer una acción imprudente, que ellos sabrían explotar en su favor y con perjuicio de su primo. Cuando éste partió se miraron unos á otros como sorprendidos y deliberaron; mas convinieron en que la despedida de Pedro era



... llegó á la puerta del palacio y llamó varias veces.

una amenaza sin consecuencias. Pronto les sacó de esta ilusión un criado que entró á anunciarles que el palacio se hallaba sitiado; lo cual no sólo vieron confirmado, si que también contemplaron con pavora la gente de armas que de todas partes corría en auxilio de Lara. Desesperado D. Ricardo de Castro, y comprendiendo tarde su imprudencia y el poder de su rival, en brazos del despecho dió la orden de rechazar todo ataque y de morir antes que entregar una piedra del castillo, prohi-

biendo terminantemente escuchar los ruegos ó amenazas del contrario. Todos se pusieron sobre las armas, se distribuyó la gente de guerra, se dictaron medidas acertadas y cada uno quedó ocupando el sitio á que había sido destinado. D. Ricardo confiaba en que su primo no atacaría el palacio y á sus mismos parientes, y conservó esta creencia hasta el fatal instante. A impulso de un egoismo refinado, traía á su memoria la consideración de familia y parentesco, cuando únicamente convenía á sus intereses ó tranquilidad. Cara debía costarle tan torpe credulidad y la equivocada idea que tenía del valor y poder de su primo. Cuando llamó el heraldo de Pedro, supuso que era el ofrecimiento de una transacción y lo despreció. Oído el pregón, se figuró que sólo se trataba de una amenaza y no hizo caso. Los tres mil hombres próximamente que le obedecían, debemos declarar que, fieles á su señor, no dudaron un momento en seguir su suerte.

Pedro el atrevido, el temerario Pedro, dió todas aquellas órdenes que ya conocemos, y esperó la media hora ofrecida, inquieto, impaciente y ansioso de empezar una lucha de exterminio y devastación. Según iba finalizando el plazo, la cara de Lara se enrojecía cada vez más, y sus ojos se ponían de color de fuego. A la guerrera vocería de los montañeses había sucedido un continuo silencio, esperando todos oír la voz del arrogante jefe para caer sobre el castillo.

Momentos antes de comenzar el asalto, se acercó Lázaro á su señor y le preguntó muy quedo:

—Dí, Pedro, ¿qué te propones hacer con el palacio y sus moradores?

Lara se volvió al escudero y con acento aterrador le contestó:

—Lázaro, pienso matar, incendiar y destruir cuanto tengo delante.

—Eso es—añadió Rueda con ira—; no debemos dejar una sola piedra de ese maldito edificio, ni una gota de sangre sin verter de los Castros, cuyos odios, venganzas y tenacidad son el verdadero origen de las desgracias de tu padre y de la triste muerte de doña Laura, único sér que no se parecía á los de su familia. Recuerda, Pedro, que esos tigres se vienen ensañan-

do con los Laras hace tres siglos. ¡Conque!...

Las palabras del viejo escudero acabaron de perturbar la razón del Temerario, que interrumpiendo á Lázaro, exclamó:

—Pues ahora verás lo que hace el último Lara. Y alzando la voz cuanto pudo, gritó: ¡al asalto, mis montañeses!, ¡ni haya cuartel ni misericordia!, ¡cuanto tenéis delante es vuestro!, ¡corra la sangre, incendiad, herid y pulverizad lo que veáis!... ¡Adelante siempre, por María y la Cruz!

Y bajándose del caballo el Temerario, cogió una formidable maza de hierro y al frente de los hijos de la montaña, comenzó á trepar por los muros del castillo.

Este asalto principió de la manera siguiente: los jinetes que servían á Pedro, circunvalaron el palacio, con orden de no hacer otra cosa que impedir el que se escapase alguno de los sitiados, para lo cual sobraban en gran número. Los peones, mandados por los caballeros de Lara, y por los otros que acompañaron á éste al alcázar, atacaron al castillo por la parte opuesta á su fachada principal, y Pedro, seguido de sus feroces montañeses, empezó, como ya hemos visto, á escalar el frente y los costados. Lázaro, un momento antes de principiar el combate, se separó de su mano, y guiando á doscientos montaraces elegidos uno por uno por él, y todos de aspecto aterrador, había desaparecido de la escena sin que nadie notase su ausencia.

El conde y los que ahora le defendían continuaban asaltando muros, matando soldados contrarios, rompiendo puertas y deshaciendo cuanto les impedía el paso, bajo una nube terrible de dardos, piedras, aceite hirviendo y demás recursos empleados en aquella época en tales casos. Nada, sin embargo, detenía á los de la montaña, y mucho menos al Temerario, que con su ensangrentada maza se asemejaba en estos momentos al rey del infierno acompañado de sus diabólicas huestes. Parecía más alto, y su rostro y chispeantes miradas despedían fuego aterrador, y hasta su aliento ardoroso intentaba ofender á sus enemigos. Para aquellos hombres era inútil toda resistencia. A los diez minutos, por ventanas, balcones y puertas penetraban sedientos de exterminio. Los peones

y caballeros también consiguieron abrirse paso é introducirse por una galería del alcázar. Entonces comenzó el verdadero y sangriento combate, pues á cada montaña ó peón que entraba le salían al encuentro veinte soldados defendidos con parapetos. Esto era muy poco, sin embargo, para el león del Saucejo. Dentro ya del castillo, con su maza y daga corría por todas partes hiriendo, matando y buscando sobre todo á D. Ricardo de Castro, sus hermanos y sobrino. Media hora llevaban de una lucha encarnizada como ninguna, atacando unos de un modo horrible y defendiéndose otros con el valor de la desesperación, y el conde vertiendo sangre de dos heridas que había recibido, á más de diferentes contusiones, continuaba corriendo por las habitaciones interiores del palacio, sin hallar los objetos que anhelaba. Penetró, por último, en un pasillo estrecho, marchó por él sin encontrar á nadie, mas al poco tiempo notó un olor desagradable, y le pareció respirar un aire que le ahogaba; volvió atrás aceleradamente, pero fatigado siempre por aquel olor crecientemente y sofocante, envuelto en torbellinos de humo que no permitían que sus pulmones respiraran otra cosa que ácido carbónico: aturrido en medio de esta atmósfera, y no acertando con la salida de aquella galería, se sintió desfallecer y, acometido de un fuerte vértigo y estallando sus sienes de dolores, tuvo que apoyarse en la pared para no caer; mas falto de fuerzas para pedir socorro ni aun para moverse, cayó al fin al suelo casi sin sentido. En medio de tan terrible agonía, le pareció escuchar que pronunciaban su nombre cerca de allí, é hizo un esfuerzo para arrastrarse por el suelo sin conseguir su objeto. Un segundo después había perdido el conocimiento y estaba próximo á espirar; se hallaba asfixiado.

En este momento se abrió una puerta de la estancia donde se encontraba el moribundo y entró Lázaro seguido de cincuenta montañeses. Un grito aterrador dieron aquellos hombres, pues entre una inmensa nube de humo divisaron el cuerpo de su jefe y lo creyeron muerto. El escudero se echó sobre él, y notando que aún latía su pulso, aunque con dificultad, exclamó:

—¡Vive, amigos míos, vive!... Ayudadme

á sacarle de aquí, que hay esperanza de salvarle.

Y cogiéndolo entre dos robustos guerreros, le llevaron á un patio y desde allí al campo, en donde le prodigaron los remedios que el caso requería.

Cuando Lázaro se hubo convencido de que la preciosa vida de su amo no peligraba, se volvió al alcázar é hizo retirar á los montañeses, peones y caballeros que todavía peleaban dentro, regresando en compañía de los suyos y de los heridos de una y otra parte que existían en el palacio, sus patios y muros. A nombre de Pedro, dió la orden terminante de que no se atacase á nadie y que por toda la línea se ofreciese la vida á cuantos la demandasen. Prohibió que se acercasen á la fortaleza, y obedecido que fué, se retiró al lado de su querido jefe.

Luego que el Temerario volvió al conocimiento, se sentó, miróse y dirigiendo la vista en torno, halló sus vestidos bañados en sangre, la maza hecha pedazos á sus pies, Lázaro abrazado á él y cuatro mil montañeses que le observaban con una ansiedad filial. Pedro preguntó á su escudero:

—Lázaro, amigo mío, ¿nos han vencido?

—No, hijo mío; los hemos humillado nosotros.

—Pero, ¿y los Castros? ¿Qué ha sido de ellos? ¡Ah, se habrán salvado! E hizo un esfuerzo para levantarse. Rueda le detuvo diciéndole:

—¿Adónde vas?... Ya es muy tarde para encontrar á tus enemigos.

—¡Tarde! ¡Tarde!—exclamó el Temerario despidiendo fuego.

—Sí, muy tarde. Oye lo que ha sido de ellos. Mientras tú asaltabas el palacio, yo penetré con doscientos montañeses por una puerta secreta, mandada hacer por tu padre en días más felices, muy conocida de mí y olvidada de todos. Entramos en el alcázar con el silencio posible; como yo lo recuerdo perfectamente, pudimos llegar sin obstáculo alguno al sitio en que juzgué hallaríamos á los Castros. No me equivoqué: en el mismo paraje donde yo sospeché, se encontraban rodeados de varios caballeros, dictando órdenes y preparando á la lid. En el instante caí con mis montañeses sobre ellos, y con una maza igual

á la tuya maté á los tres hermanos y al sobrino. Cuatro golpes nada más, hijo mío; cuatro golpes como los que tú das.

—¿Y por qué no me llevaste allí?—le preguntó Lara con enojo é ira.

—Porque no quiero que te llamen fratrícida; porque yo los odiaba tanto como tú, y porque yo también sé matar, Pedro. Se hallaban acompañados de cuarenta guerreros, y al poco tiempo estaban tendidos en tierra cuarenta y cuatro cadáveres. Se defendieron bien; pero aun cuando hubieran sido mil, lo mismo sucumbieran bajo las feroces garras de mis doscientos leones de la montaña. Nos bajamos después, prendimos fuego al combustible que había almacenado en el palacio y enseguida comenzamos á buscarte por todas partes, hasta que te encontramos medio asfixiado. ¡Ay, qué rato tan amargo pasé hasta convencirme de que vivías! Pero en fin, te he salvado y no quiero recordar más el dolor que he sufrido. Levántate si puedes, apóyate en mí y veremos los efectos de mi terrible obra.

Y ambos se encaminaron á un sitio de

bastante elevación retirado del castillo, pero que dominaba á éste. Lo primero que se presentó á su vista fué una inmensa nube de humo que salía del alcázar y se elevaba á las estrellas, impelida por el Noroeste que soplaba furiosamente. Poco después comenzó á sentirse el ruido de varias paredes que se hundían, y más tarde se oyó un estrépito aterrador, tembló la tierra y el espacio se llenó de humo mezclado con una densa polvareda. El palacio de los Castros había dejado de existir, presentando solo un gran montón de ruinas informes, algunas llamaradas y el humo y polvo que luchaban con el aire. Un silencio sepulcral siguió á aquella catástrofe; silencio interrumpido por la bocina de Pedro que tocó retirada, dirigiéndose vencidos y vencedores, sanos y heridos á la ciudad de Osuna. Los intentos de Pedro y Lázaro, como las órdenes dadas por éste últimamente en nombre de aquél, se habían cumplido según ambos deseaban. Lara desarrollaba su talento y crecía en saber, pero cada vez iba siendo más Temerario.

CAPITULO VIII

Ali.—La hermosa Fátima y el caballero Zegrí.—El juego de la sortija.

Eran las nueve de la noche. Pedro y su escudero se habían alojado en un suntuoso palacio de Osuna, de la propiedad de los Laras, y en este instante conversaban sobre los acontecimientos de aquel día. Arrellanados en dos góticos y anchos sillones junto á la chimenea de una habitación extensa y lujosa, saboreando un viejo y aromático Jerez, y mirando las agitadas llamas de los troncos que ardían cerca de sus pies, decía Lázaro á su amigo y señor:

—Los habitantes de Osuna comentan ahora con terror la suerte de los Castros, y dentro de poco se sabrá en todas partes cómo castigamos los Laras á los que se atreven á insultarnos. Nosotros los Laras, sí, porque ¡voto al demonio! que, aun cuando no lleve yo este nombre, estoy identificado con vuestra suerte, obro como vosotros y os quiero como á mí mismo.

—Sí, Rueda—contestó el conde estrechándole la mano—, tú eres mi segundo padre, mi pariente, mi íntimo amigo.

—Mañana—continuó el escudero apurando un vaso—tomaré posesión del patrimonio de tu madre, pondré doscientos de mis montañeses en tus nuevos estados; porque ¡voto á Lucifer!, vas á ser más rico que el rey.

—Sí, Lázaro; pero á la vez dispón que mi casa del Saucejo se convierta en un verdadero castillo, en el cual no falte ni defensa exterior, ni comodidad en el interior. ¡Quién sabe lo que podrá ocurrir en lo sucesivo!

—Eso corre de mi cuenta; destinaré á esas obras quinientos hombres.

—No es esto solo: la ermita de mi propiedad, situada en el cerro de San Basilio, se pondrá en el lugar que ocupaba el palacio de Castro.

—¿Qué dices? ¿Cómo quieres que un edificio se traslade de un punto á otro?...

—Aprovechando toda la piedra y escombros, mandas levantar en ese paraje un monasterio grande, suntuoso, que llevará

el mismo nombre de mi ermita. Cuando esté concluido, trasladarán allí el ornamento é imágenes y que derriben esa pobre capilla. Esto se ha de hacer inmediatamente. Allí, Lázaro, murió mi madre y allí quiero yo orar! En cuanto vea al rey don Sancho le pediré permiso para sostener una comunidad con el objeto de que día y noche rueguen por el alma de mi madre cincuenta monjes.

En este instante vino á interrumpir la conversación del escudero y de Lara la voz de un joven que, muy cerca del castillo, se atrevió á cantar en árabe la siguiente estrofa:

La nieta de reyes,
la Fátima hermosa,
la hurí venturosa
suspira por tí.
¡Ay de ella si tardas!
no pierdas instante;
cuenta que su amante
se llama Zegrí.

Al oír estos acentos se levantó azorado el conde, abrió una ventana y escuchó. Volvió á cerrarla y le dijo al escudero:

—Lázaro, cerca del castillo hallarás al que ha cantado, que es un esclavo africano; tráelo á mi presencia y déjanos solos. Sal tú mismo y no pierdas tiempo.

Rueda obedeció y Pedro tornó á sentarse, demostrando una ansiedad desconocida en él.

Diez minutos después se presentó un negro á la puerta, saludó con la ceremonia de los árabes, y esperó. Lara le dijo:

—Adelante, Ali. ¿Cómo está tu señora? ¿Se acuerda de mí? ¿Me ama?

El moro se acercó á Pedro, besó su manto y le contestó:

—Cristiano: la perla de Oriente, la estrella del musulmán, la hurí Fátima, llora por tí.

—¡Ah, cuán buena es! Mi querido Ali, dila que soy muy desgraciado lejos de su bellísima faz.

—Ella te dice antes por mi boca, valiente cristiano, que te ama más que nunca y que la perderás si no vas pronto.

—¿Qué sucede? ¿Quién se atreve á arrancársela á mi amor?

—Su padre que la va á casar con Sarra-

cino, el jefe de los Zegríes, el más valiente y poderoso de los caballeros de Granada. Mañana se juega la sortija delante del palacio de mi señor; Sarracino será el mantenedor y los vencerá á todos, y luego se llevará á su dama mi señora Fátima y ya no te volveremos á ver. Esto te dice la hermosísima sultana, y en su nombre yo lo hago saber al más valiente de los hijos de esta tierra.

—¿A qué hora se juega la sortija, Ali?

—Por la tarde.

—Dí á tu señora que mientras yo viva no será de otro. Corre, africano; dí antes á mis criados que te den de cenar y á mis soldados que te acompañen hasta la raya. Parte ligero.

Y aguijoneado el Temerario por los celos, llamó á su escudero y le dijo:

—Lázaro, para el mediodía de mañana cincuenta caballeros y doscientos soldados á la puerta de mi palacio. La mejor gente, los más atrevidos, los más nobles.

—¿Para pelea ó para fiesta?—preguntó con intención el escudero.

—Para fiesta, Rueda, más para fiesta de moros; que lleven ricas marlotas, sus mejores capellares, oro y plata, seda y piedras; pero debajo las mejores cotas y en la mano las lanzas más fuertes. Y basta con lo que te he dicho; déjame en paz.

—¿Necesitarás escudero?—volvió á preguntar Lázaro?

—Tú te quedas aquí, y cumples mis encargos; ahora quiero descansar, y no necesito verte hasta mi regreso.

Rueda salió, y Pedro abrió una ventana que miraba á Occidente, tendió su vista por el oscuro y dilatado horizonte, exhaló un suspiro, y se retiró á su alcoba, donde un blando lecho le recompensó en parte de las fatigas del día. Su alma, en cambio, continuó meciéndose sobre el borrasco mar de las tormentosas pasiones humanas. Dejémosle por algún tiempo, que no tardaremos en hallarle.

Siguiendo el camino de Osuna á Granada, se ve un pueblo que ya conocemos, llamado la Barba, último del reino de Sevilla. Continuando más está La Roda, villa musulmana, circunvalada de fuertes y castillos; y más adelante se encuentra la populosa villa de Mollina, en la que nos

precisa detenernos. Hay en ella más de veinte mil almas, entre árabes, mozárabes y africanos. Se levantan dos hermosos castillos, varios muros y fuertes, y sus inmediaciones son una extensa y deliciosa vega, sembrada de naranjos y limoneros, de toda clase de árboles productivos y de recreo; y de una inmensa variedad de plantas de utilidad, belleza y adorno. La ciudad musulmana de que nos ocupamos, está situada á una legua N. de Bobadillo, más de otra al E. de Alameda, y una al S. de Rimón. Inmediato al pueblo existe una laguna de nueve mil varas de larga, cuyas evaporaciones humedecen el aire, y que con sus rizadas aguas, la vegetación de sus orillas y los pájaros de variados colores que allí acuden á mojar sus pintadas plumas, completa el bello panorama de este soñado edén.

Hay entre la laguna y la ciudad un palacio circundado de murallas, fuertes, jardines, arroyos, cascadas, estanques y de cuantas obras ha podido inventar el arte. Tiene algo gótico, mucho arabesco, y una grandeza y suntuosidad capaz de competir con la famosa Alhambra de Granada, de quien es hermano.

Penetremos en él, y sepamos lo que contiene. Se entra en esta famosa fortaleza por un jardín amenísimo, cortado continuamente por arroyos que serpentean entre los grupos de árboles, flores y plantas. El zaguán es una torre cuadrilonga y grande, cuyas paredes están llenas de inscripciones religiosas, copiadas del célebre Alcorán. Se llama el Portón de la Justicia, porque éste es el sitio donde el gran moro la administra. Sigue después un patio cuadrado, rodeado por una galería de columnas, y cuyas paredes y techos están llenos de mosaicos, festones y arabescos pintados, dorados, cincelados en estuco y de un trabajo admirable. En medio del patio, que está enlosado de mármol, hay estanques de agua corriente acirates de flores, cipreses y naranjos. Existen dos patios más con galerías, revestidas de oro, azul y estuco. Contiene grandes salones cuajados de arabescos, trabajados con tal cuidado y delicadeza, que parecen hechos por artistas sobrehumanos; y sus muebles, cortinones, alfombras y demás adornos, son damasquinos y de valor incalculable.

No nos detendremos en describir las muchas salas, gabinetes y alcobas de tan hermoso palacio, porque sería interminable nuestro trabajo; pero si diremos que parece una morada de encantos, donde están perfectamente hermanadas la magnificencia con las miras del placer.

Esta arrogante y deliciosa fortaleza pertenece al muy rico y poderoso musulmán Mahomed Zegri, gobernador ó alcaide, como ellos le llaman, de toda aquella comarca, de la que es señor de vidas y haciendas. Tiene el altivo moro, en los pueblos sometidos á su gobierno, tantas facultades como el mismo Mohamad II, rey de Granada, reuniendo en su persona el poder militar, civil y sacerdotal, pues es á la vez jefe del Ejército y gobernador de los pueblos y las mezquitas. Representa el famoso Zegri sesenta años de edad; se conoce al instante en él su arrogancia, y se trasluce que tiene mucho de hipócrita, malicioso y astuto. Es alto y enjuto; sus cabellos y barba son blancos, sedosos y largos; su rostro algo demacrado, y sus ojos negros, vivos y penetrantes. Comprende con facilidad, discurre bien, y es tan constante en sus ideas como tenaz en sus propósitos.

Mohamad Zegri se halla en estos momentos en un gabinete semicircular, en cuyo centro hay un pedestal de mármol, lleno de agujeros, por donde exhalan los perfumes que queman debajo de la bóveda. Todas sus ventanas, puertas y claraboyas se hallan dispuestas de modo que la luz produce suaves y risueños efectos, distinguiéndose vistas llenas de poesía y encantos. Su suelo está cubierto con riquísimos tapices de Oriente, las paredes de tela de brocado, y varios cojines y divanes forrados de damasco morado le circunvalan.

Mohamad mira en este instante desde una ventana la multitud inmensa de sarracenos que se acercan á su palacio y quedan parados tras de la valla que rodea un circo ó plaza acabada de construir frente de aquella ventana, en un extenso llano y á doscientas varas de su morada. Una voz que le era muy simpática interrumpió sus observaciones, con aquel tan conocido «Alá te guarde», que usan en sus saludos los hijos del Profeta.

Mohamad se volvió y halló frente á él un mozo joven, alto también, de bella presencia y con ademanes de guerrero. Llevaba ceñida con cinturón una marlota de tela de oro y plata, salpicada de piedras preciosas, y encima un dolimán blanco sujeto hasta la cintura con broches de diamantes. En la cabeza ostentaba un bonete con plumas de cisne, y pendiente de un cinturón un alfanje de Fez, encerrado en vaina de oro. Sus pies calzaban finísimas pantuflas; y en su traje lucían los colores de la librea zegrí. Tenía treinta años, una brillante imaginación, y un valor demostrado en cien combates. Se llamaba Sarracino Zegrí; era el jefe de esta poderosa tribu; residía en Granada, y enamorado de Fátima, su prima, hija de Mohamad, pensaba desposarse con ella al día siguiente. Su futuro suegro, después que hubo contestado al saludo que le hizo aquél, continuó:

—Todo está ya dispuesto para el juego de la sortija, y ya esperaban los principales caballeros y damas de Granada, Antequera, Málaga, Tarifa, y de veinte ciudades y pueblos más, á que mi presencia y la tuya den principio á esa fiesta. Pero antes de que partamos deseo saber la causa que te ha movido á promover una lidia en la cual puede una casualidad hacerte perder el amor de Fátima, rebajando tu valor y entorpeciendo nuestros futuros planes.

—Mohamad—contestó el joven musulmán—, he querido que des esta fiesta y ser yo el mantenedor de ella, por ver si puedo ganar el amor de mi hermosa Fátima, porque has de saber que tu hija no me ama.

—Es una niña caprichosa que todavía no sabe amar; pero la he enseñado yo á obedecer, y lo demás es cuestión de tiempo.

—Fátima tiene talento; sabe tanto como yo; y si no me ama, es porque tiene sus ojos puestos en otro. No lo dudes, Mohamad. Mira, acepto tu resolución, y yo y los míos llevaremos á cabo tu plan, y conquistaremos á Córdoba, y te regalaremos un trono; pero es preciso que tu hija me ame, que sus ojos me den valor y vida, que su corazón me pertenezca, para poder vencer; si no, moriré de sentimiento... Porque has de saber que la amo, y no puedo vivir sin su amor. ¡Es tan bella!...

—Si eso es todo tu afán, te amaré; yo te lo aseguro.

—¡Ay Mohamad, tu hija quiere á otro! Tú no sabes cuánto la he rogado, suplicado y hasta llorado!... ¡Llorar yo, el jefe de los zegríes!... ¡Y todo en balde!... Duro siempre su corazón, nada me contesta, apenas me mira, y se sonríe con una indiferencia que me estremece. Y ahora vas á saber la causa de esa fiesta: cuando la dije que tú habías dispuesto su casamiento conmigo, que era cosa resuelta, y que iba á efectuarse pronto, me replicó:— Y tú, ¿qué has hecho por mí? ¿Qué merecimientos tienes? ¿Qué trofeos has puesto á mis pies? ¿Cuándo y cómo has ganado mi amor? Sarracino—añadió con acento terrible—, huye de la flor que no te pertenece; ¡vé que su olor sale por entre agudas espinas!—Yo entonces la contesté:—Si quieres trofeos, si descas que gane victorias y que te eleve con mis hechos, te juro, hermosa Fátima, desafiar al mundo entero, porque en todas partes venceré por tí. Empezaré por un juego de sortija, seré el mantenedor, retaré á los principales caballeros de estas tierras, y pondré á los pies de mi dama los retratos de cien bellas y los despojos ganados con mi pujanza, desnudo y habilidad; y si esto fuese poco, pelearé luego con todos, y cuando no quede uno vendré á decirte:—Sultana de mi corazón, vé aquí á tu Sarracino que llora por un poco de tu dulcísimo amor.

—Y ella, ¿qué te contestó?—preguntó el padre con ansiedad.

—Volvió á sonreirse, me lanzó una mirada de incredulidad, y me dijo:—Sé que eres valiente, y me gusta el juego de la sortija: veamos si eres capaz de vencerlos á todos.

—Bien dicen que los enamorados enloquecen—replicó Mahomad con placer—; ¿no has conocido tú, el más valeroso granadino que esa niña, cuyo corazón no sabe todavía amar, quería con sus desdenes excitar tu amor propio, para que su amante la elevara sobre las demás? ¡Oh, terrible Zegrí, hijo y jefe de la más poderosa tribu! ¿Cómo el niño Amor te ha vencido y humillado? Mas puesto que tú lo quieres, vamos á la fiesta y divierte á la caprichosa niña que así te domina; pero cuenta que mañana ha de ser tuya.

—¡Quiera Alá que no te equivoques, mi buen amigo y señor! Vamos al juego, y no dudes que si gano el amor de Fátima,

triunfaré en Córdoba y serás dueño del trono de los hijos de Almabren-Mohamed.

—¡Alá te oiga y Mahoma te proteja! Partamos.

Y ambos salieron juntos hasta el jardín, donde se estrecharon las manos y se despidieron, pensando volverse á ver pronto.

Para aquellos de nuestros lectores que no conozcan las costumbres, usos, jerar-



...donde se estrecharon las manos y se despidieron...

quías y estado social y político de los árabes durante su dominación en España, en la época que pasa nuestra historia, diremos cuatro palabras antes de pasar adelante, á fin de que puedan comprender con facilidad y convencerse de que no exageramos, sino por el contrario, escribimos más historia que novela, lo mismo al tratar de nuestros abuelos que de sus eternos enemigos. Hemos procurado siempre huir de parcialidades indignas y de adulaciones impropias de fieles cronistas, en cuanto ha sido compatible con nuestra novela.

No vamos á hablar de los mahometanos del siglo xix; nos concretamos á los que existían en España el siglo xiv. Y hacemos esta salvedad, porque hoy son los secretarios de Mahoma una raza degenerada, que se parece poco á aquellos antiguos caballeros árabes que caminaban en Europa á la cabeza de la civilización. Todavía se les llama, por algunos ignorantes, bárbaros, estúpidos, y otros epítetos que en la época actual podrá aplicárseles con más ó menos exactitud; pero que sería injustísima esta calificación á los que un día reunieron en Córdoba y Granada el emporio de las ciencias, artes, agricultura é industria. Había algo de feroz en las guerras y práctica de algunas de sus costumbres; más esto no destruye los asertos anteriores relativos á su civilización. Fué un pueblo que tuvo sus vicios, sus virtudes, su fisonomía y su carácter peculiar; que supo hermanar por mucho tiempo el valor, la generosidad y la cortesía de los caballeros de Europa, con la impetuosidad, los furores y las pasiones ardientes de los orientales. En prueba de lo que acabamos de decir, he aquí la opinión emitida por el caballero Florián, en el Compendio de su historia de los moros de España, obra tan bien escrita como admirablemente traducida por

el conocido literato D. José March y Labores. Dice así Florián:

«El nombre de los moros de España nos recuerda el galanteo, la urbanidad y las bellas artes, á pesar de que los fragmentos de sus anales, esparcidos en la historia de los escritores árabes y españoles, sólo presentan el espantoso cuadro de reyes decapitados, guerras civiles y combates perpetuos con los monarcas de los Estados vecinos. A la par de estas melancólicas narraciones, se hallan á veces ciertos rasgos de bondad, de justicia y de generosidad,



los cuales causan más novedad y sorpresa que los demás que leemos en nuestra historia, ya porque descubren y conservan cierto carácter original, nacido del genio oriental, ya porque entre tantos ejemplos de barbarie les dan mayor realce los crímenes que rodean á las buenas acciones, á los discursos nobles, ó á una palabra que excita nuestra sensibilidad y sentimiento.»

Así es, efectivamente, y hemos querido dar esta corta explicación antes de entrar en descripciones que tendría por novelescas todo el que juzgase hoy de los moros por lo que son, no por lo que fueron.

Sentado esto, volvamos á reanudar el hilo de nuestra interrumpida historia.

Ya hemos dicho que se iba á celebrar el juego de la sortija frente al palacio del alcaide Mohamad. Con este objeto se levantó una plaza con varios palcos ó miradores, como ellos les llamaban, que ocupaban el alcaide, los individuos que componían el tribunal, y demás caballeros y damas de altas jerarquías. También había tablados en forma de grada, donde se apiñaba la multitud de gente del pueblo; que acudía á presenciar esta fiesta. Al costado izquierdo, y debajo del palco del tribunal, había una hermosa tienda de brocado verde, y junto á ella un alto aparador con dosel de terciopelo del mismo color, el cual guardaba una rica bandeja que contenía preciosas joyas y una cadena de oro y piedras de inestimable valor. Estas componían el premio que daba el famoso mantenedor á aquel que lo venciese; uniendo á las alhajas el retrato de su amada, que también formaba parte de la apuesta.

Llegó la hora señalada; se presentó en su palco Mahomad, y acto continuo se llenaron los otros, como igualmente las gradas de la plaza. Los caballeros y damas lucían en esta ocasión sus trajes más preciosos, y cada cual llevaba una riqueza en brillantes, perlas, rubíes y otras piedras de gran valor.

Poco después se oyó una música compuesta de ministeriales, que precedía al noble Sarracino, mantenedor de la fiesta. Primeramente penetraron en la plaza cuatro hermosos caballos cargados con lanzas para el juego, con reposteros de damasco verde, salpicados de estrellas de oro, pretales de cascabeles de plata y cuerdas de

seda. Estos objetos se colocaron al lado de la tienda del Zegrí. Después llegaron veinte caballeros con libreas verdes, riquísimamente adornadas, y en medio de ellos el valiente Sarracino, vestido con traje de brocado y marlota y capellar de mucho precio. Venía sobre una yegua blanca, con penacho verdé y encarnado. Las ropas del mantenedor estaban salpicadas de estrellas de oro, y al lado izquierdo ostentaba un sol, con un letrero que decía:

No hay quien iguale á mi dama
en belleza y hermosura,
ni quien me gane en ventura,
ni quien empañe mi fama.

Seguía al bravo Zegrí un carro triunfal, en el cual iba el retrato de la preciosa Fátima, dama elegida por aquél.

Después de dar una vuelta por la plaza, en la cual demostró Sarracino una agilidad y apostura briosa, entró en su tienda: los músicos y caballeros ocuparon sus puestos, y el retrato colocado en el carro quedó al lado de las alhajas expuestas por el Zegrí.

No tardó mucho en presentarse en el palenque otra cuadrilla igual, con el mismo aparato poco más ó menos, yendo en medio Abenamar Abencerraje, jefe de esta tribu, y uno de los más poderosos y ricos señores de Granada. Llegó, como hemos dicho, hizo la misma briosa ceremonia que su competidor Sarracino, se dirigió á éste, le retó, y admitido el desafío, cogió cada cual una lanza de las destinadas al efecto, y uno tras otro corrieron tres veces la sortija, con mucha habilidad y gentileza, ganando Sarracino á Abenamar, por una sola suerte de las tres practicadas. Quedó, pues, en poder del primero el retrato y alhajas que había llevado el segundo, cuyos objetos fueron colocados á los pies de la efigie de Fátima, para humillación del galán vencido y de su dama.

Abenamar salió de allí con los suyos corrido de vergüenza, sin atreverse á dirigir una mirada á su hermosa Alboraya, la cual quedaba en su palco, cubriendo su perfecto rostro con una mano tan bella como diminuta.

Poco después entró otra comitiva presidida por Abencarraj Alabes, jefe también de su tribu, el que fué igualmente vencido.

por el temible Zegrí, sufriendo el retrato de su amada y alhajas la misma suerte que los de Abenamar.

Llegaron varias comparsas más, y todos los caballeros experimentaron igual derrota. El esforzado mantenedor había luchado y vencido en buena ley; era el dueño absoluto de la victoria, y los jueces iban á declararlo así. El retrato de su dama, de la incomparable Fátima, tenía á sus plantas quince efigies humilladas y una inmensa riqueza de oro, perlas y brillantes.

La vencedora dama no demostraba en estos momentos ni placer ni tristeza; aquello, que á otra cualquiera hubiera engreído con razón, y halagado su amor propio en gran manera, á ella le inspiraba, como igualmente el campeón, los vencidos y la fiesta, un soberano desdén. En este instante miraba con temor y ansiedad hacia el Sur, y de vez en cuando una ráfaga de esperanza hacía brillar sus rasgados y encantadores ojos.

Fátima estaba seductora; vestía un traje á la turca, morado y amarillo, sembrado de estrellas de oro y recamado del mismo metal, forrado de tisú de plata azul. Su hermosa cebellera le caía suelta sobre los hombros y la espalda, quedando sujeta en su parte superior con un prendido de flores artificiales, entre cuyas hojas brillaban los diamantes, rubíes, esmeraldas y perlas. Su amante la contemplaba desde la tienda con amoroso afán, buscando en sus labios, como premio á tanta fatiga y triunfos, una sola sonrisa, que ella, altiva y desdenosa, le negaba.

Los jueces iban, como hemos dicho, á declarar á Sarracino y á su dama reyes de la fiesta; en el semblante de ella seguía retratada la ansiedad, y en el de Sarracino su amorosa pasión, cuando vino á distraer la atención de todos la repentina llegada del alguacil mayor, que entró á escape tendido, y deteniéndose delante del palacio del alcaide le dijo:

—Señor, un caballero cristiano, de gran porte y briosa gentileza, os pide permiso para que le dejéis jugar tres suertes á la sortija con el famoso mantenedor de esta fiesta. Dice que, haciéndose la función en obsequio de una dama, cuya hermosura es elogiada por moros y cristianos, y siendo él enemigo de todos los mahometanos,

pero defensor de todas las damas, pretende arrojar á los pies de Fátima el retrato de su amada y una cadena que vale diez mil dobias, en el caso de que haya un moro capaz de vencerle. Viene acompañado el nazareno de una brillante escolta que ha dejado á quinientas varas de aquí. Todos traen las moharras de las lanzas inclinadas al suelo.

—Que venga—gritó Mahomad Zegrí—, que no ha de ser un cristiano más atento y cortés que un moro. Y alzando más la voz, continuó:—Que entre ese guerrero castellano y juegue, se divierta y sea respetado como mi misma persona; que aunque enemigo, nos viene á honrar y favorecer. Y para hacernos dignos de su visita, pongámonos todos en pie. Y tú, valiente Sarracino, sal con escolta, recíbelo, dale la derecha, y pruébale que no somos menos que él en cortesía y pujanza.

Calló Mahomad: moros y moras se levantaron; Fátima se cubrió de un subido carmín, y Sarracino salió de la plaza.

Cinco minutos después regresaba éste, acompañado de un cristiano y seguido de veinte caballeros zегries. El castellano era alto, arrogante, y llevaba la cara oculta con la celada de un casco de plata. Cubría su cuerpo un capellar recamado de oro, y al costado izquierdo lucía una cruz roja. Su escudo era también de plata, y tenía en su parte superior, esculpida, una corona de conde; debajo un mote que decía: *Por María y la cruz*; y rodeaba su brazo una preciosísima cadena de oro y brillantes, de cuyo extremo pendía un retrato velado con una tupida gasa, que tapaba perfectamente la imagen de su adorada.

Entró el cristiano, saludó al alcaide, á cuantos caballeros y damas le acompañaban, é hizo una reverencia á Fátima, tan atenta y expresiva como le fué posible. Cogió después una lanza de las destinadas al juego, y unido á Sarracino se colocó en uno de los extremos del Circo. Hecha la señal por el alcaide, metió espuelas á su corcel el atrevido Zegrí, y á la carrera pasó su lanza el estrecho aro de la sortija. Con carrera más veloz hizo la misma suerte y con igual fortuna el atleta castellano. Volvió á correr Sarracino, y dió con la punta de su lanza en el aro del anillo, pero no lo enganchó. Le siguió

el de la cruz, y tornó á llevarse la sortija en la punta de su lanza. Había perdido, pues, una suerte, el hasta entonces favorecido mantenedor. Se prepararon para la tercera y decisiva, y partió el moro tornando á dar en el aro fatal. El caballero cristiano, con una soltura verdaderamente de árabe, comenzó una carrera parecida á la del rayo, y cuando se aproximó al anillo, arrojó su lanza al aire, enganchó la diminuta argolla, y sin detener su rápido vuelo cogió también al aire la lanza, y haciendo volver á su caballo y con la misma prontitud que antes, fué al palco de Fátima, obligó al potro á que cayese de rodillas, y clavó en el suelo el arma vencedora. Un aplauso general resonó en toda la plaza, seguido de un murmullo de aprobación, que dejó pálido como la cera al Zegrí y encarnada como el arrebol á Fátima.

Acto continuo deliberaron los jueces, y, por unanimidad, concedieron al cristiano el premio de la jornada. El mantenedor perdió sus joyas, el retrato de su amada, y las joyas y retratos que había ganado.

El de la cruz colorada cogió la gran bandeja donde estaban los galardones que acababa de adquirir con su destreza, se deslió la cadena que llevaba al brazo, arrancó el retrato que pendía de ella, lo besó, se lo guardó en el pecho, y uniendo su alhaja con las otras, las tiró á los pies de Fátima, diciéndole:

—Eres tan hermosa como la mejor cristiana, y puesto que no hay un moro tan

bueno como yo, recibe ese obsequio de un cristiano que vale menos que tú.

—Gracias—le contestó la bella africana—acepto, y no me tengo por humillada.

Y los concurrentes se levantaron, pidiendo á gritos que se alzase la celada el vencedor. No queriendo éste ser descortés en nada con sus enemigos, subió el metal que cubría su faz, y en exclamación unánime, prorrumpieron todos: ¡El Temerario!...

Pedro de Lara, pues era el mismo, tornó á cubrir su rostro, saludó al alcaide y concurrencia, y salió de allí, acompañado de Sarracino, según había entrado. Al despedirse los dos rivales, le dijo el moro al temible conde con acento el más fiero:

—Me has vencido, perro cristiano, en un juego fácil. Con armas de acero y en riña igual, no me matarías.

—¿Quieres que haga la prueba?—le preguntó Pedro, también por lo bajo.

—Sí—contestó el Zegrí, despidiendo fuego sus ojos.

—Pues al toque del alba—replicó el conde—, junto á la fuente del Abencerraje te espero solo.

—Gracias, nazareno, me vuelves la vida—añadió el mantenedor estrechando la mano de aquél.

—Necio—exclamó para sí el de la cruz—; ¡no había de satisfacer tu deseo si no he venido á otra cosa!

Y con esto dió fin aquel torneo musulmán, de resultas del cual se vertió sangre humana, como acontecía casi siempre que tenían lugar estas fiestas morunas.

CAPITULO IX

Desafío á muerte.

El conde de Lara se retiró á su palacio de Osuna, sin que nadie se atreviera á estorbarle el paso. Los caballeros y gente de armas que le acompañaban, sabedores de lo ocurrido, alzaron las moharras y lo recibieron en medio de una aclamación unánime. La multitud inmensa de sarracenos que los contemplaban, atraídos allí por la curiosidad, vieron impasibles esta demostración guerrera, sin que ninguno de ellos diese señales de querer aceptar el

guante que les arrojaban. Pedro el Temerario se puso al frente de ellos, y picando el vientre de su caballo, gritó:

—¡Abajo esos aceros, y á escape! Y partieron con la misma rapidez que habían ido.

El valiente Lara todavía trabajó aquella noche, y luego descansó; pero antes que fuese de día se levantó, se puso su mejor traje de guerra, montó en una magnífica yegua torda, de tantos bríos como él la ne-

sitaba, y seguido de su escudero Lázaro, se encaminó por senderos y veredas desconocidas de la generalidad á la fuente del Abencerraje. Pasaron por frente de la Barba, como á doscientas varas de distancia, se internaron después en un valle que ya conocemos, y en una elevación que había en medio de la espesura, hicieron alto y observaron. Desde este sitio se dominaba una porción dilatadísima del campo moro, y en cuyo centro existía una tosca columna, que daba paso á un chorro de agua cristalina. Era la fuente del Abencerraje, que acabamos de citar.

—¿Qué hacemos aquí?—preguntó Lázaro á su jete y compañero.

—Poca cosa—respondió aquél—; los moros suelen preparar emboscadas en ocasiones críticas, y yo he aprendido de tí á huir de ellas. Me ha desafiado á muerte el valiente Sarracino, jefe de los zegríes, y aun cuando lo creo incapaz de una villanía, bueno es, como tú dices, asegurarse bien, por aquello de que profesa la ley de Mahoma.

—Muy bien hecho. ¿Y á cuántos vas á matar?

—Sólo á uno; á no ser que la suerte nos depare otros doscientos, como cuando la escena del Solitario, en cuyo caso, si me ayudas, daremos fin de cincuenta.

—¿Y qué origen tiene ese desafío?

—Estamos ya tocando el fin; dejémoslos, pues, de principios.

—Sí; mas cuando él te ha desafiado, le habrás dado algún motivo.

—Poca cosa: estos moros son tan osados...

—Mucho; ¿pero tú que le hiciste?

—Casi nada.

—¿En dónde estábais?

—Al aire libre.

—¿Y había mucha gente delante?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—No.

—Por Cristo, ¿quieres contestarme?

—Sí.

—Pues bien; cuéntame el origen de este duelo.

—Con mucho gusto. ¿Vive mi padre? ¿Adónde está?...

—Eso es salirse de la cuestión. Pides un imposible.

—Y tú á mí otro: con que así, imposible por imposible.

—Luego ¿esto combate tiene relación con tus misteriosos amores?

—Tú lo dijiste.

—Me lo había figurado.

—Lo creo.

Y ambos se miraron y callaron.

Acababa de amanecer, y desde la elevación en donde estaban los dos cristianos no se distinguía ningún sér humano, á pesar del mucho espacio que dominaban. Continuaron, sin embargo, en silencio, hasta que al fin divisaron en lontananza dos caballos que se dirigían á la fuente. Un cuarto de legua antes de llegar se detuvieron; quedó uno allí, y el otro siguió hacia el mismo sitio, aguijoneando á su caballo cuanto era menester. Pedro, reconociendo á Sarracino, dijo á su escudero:

—Llega sólo, según lo estipulado; quédate, pues, aquí, observa, y si en lo sucesivo notases alguna traición, obra según te parezca; pero entre tanto no te muevas, veas lo que veas. Y partió en dirección de la fuente.

El famoso Zegrí traía tapada su pesada armadura con una marlota verde que le cubría desde el cuello á los pies, y en la cabeza llevaba un turbante forrado interiormente de acero. Sujetaba con su mano izquierda una hermosa adarga, en la cual llevaba esculpido el nombre de su amada, y debajo el siguiente mote:

Por mi dama y por mi honor,

O muero ó soy vencedor.

Y con la diestra empuñaba una formidable lanza, fabricada en la Siria. Le colgaba, además, de un precioso cinturón bordado de oro, un alfanje corvo, oculto en una vaina de plata.

Los dos rivales llegaron casi al mismo tiempo al pie de la fuente del Abencerraje. Se hicieron ambos un saludo cortés, deteniendo los briosos corceles á diez pasos de distancia. El rostro del sarraceno estaba enrojecido por una ira mal comprimida. El de Pedro demostraba tranquilidad, si bien en esta ocasión presentaba sin rebozo toda su osadía, que á la verdad no tenía límites. Después del mutuo saludo y cambio de mirada, le dijo el conde á su contrario:

—¿Con que el juego de ayer queréis que se convierta en duelo á muerte?

—Sí—contestó el moro—; y juro por Alá, que uno de los dos ha de quedar aquí muerto antes de muy poco.

—No es necesario que juréis: un moro me halla á mí siempre dispuesto á matarme con él; pero noto que tenéis mucha vanidad.

—Sé, cristiano, que os igualan pocos en el mundo en valor y destreza; mas entiendo que yo no lidio nunca con los cobardes, y que este desafío no es hijo de la envidia, pues vuestro triunfo de ayer me ha hecho indigno de la mujer á quien amo ciegamente; del único sér que podía hacerme feliz.

—Pues qué, ¿os quería invencible esa dama?

—No sé cómo me quería, ni aun si me hubiese amado vencedor; mas estoy seguro de que ahora tengo perdido para siempre su cariño.

—Sarracino—exclamó Pedro con acento solemne—, soy vuestro enemigo; pero obrando con la nobleza que debe un caballero, os declaro que la hermosa Fátima nunca os ha querido ni podrá amaros en lo sucesivo, porque su corazón ha sido y será siempre mío. El retrato velado que me visteis ayer era el suyo, miradlo; me lo ha dado ella, y por Fátima luché ayer, y por ella me batiré hoy. Hélo aquí, pues, descubierto; veamos si hay un moro capaz de arrancármelo.

—Pero, cristiano, ¿con que eres mi rival! ¿Con que por tí no me ama ella! ¿Pues vas á morir!

Y haciendo retroceder veinte pasos á los caballos, se embistieron con coraje satánico. Sus lanzas dieron en los escudos, rompiéndose ambos al fuerte empuje de los dos terribles combatientes. Forzudos, diestros, valientes, é impelidos por la misma rabia, comenzaron á asestarse crueles lanzadas, con una rapidez, habilidad y soberbia, indescriptibles. A los cinco minutos, la adarga del moro estaba hecha pedazos, su marlota jirones, la armadura rota y su turbante en el suelo. La coraza de Pedro también tenía agujeros, el casco deshecho, y su hombrera izquierda arrancada. Y la lucha seguía más encarnizada, y los rostros de los combatientes despedían fuego, y el bravo Sarracino equilibraba las

fuerzas superiores de su contrario con una habilidad verdaderamente árabe, haciendo girar á su caballo, y manejando su lanza de un modo que tenía sorprendido al inimitable conde de Lara. Todavía siguió la lucha diez minutos más, siempre encarnizada y terrible, pero tan indecisa y fiera como al principio. Los dos rivales estaban heridos; sus caballos también vertían sangre; mas parecía que participaban de la rabia de sus amos, y obedecían á éstos cada vez con más prontitud. Aún permanecieron ocho minutos sin que la suerte se decidiera en favor de ninguno; pero el zegrí se iba debilitando por la falta de sangre que vertían sus heridas, y comprendiendo que sería vencido si continuaba así, recurrió á un último extremo. Tiró, pues, un golpe al pecho de su contrario, y mientras éste se le fué á quitar, dirigió la punta de su lanza á la yegua de Pedro, y la hirió mortalmente. Acto continuo, retrocedió, para dar lugar á que cayese el animal y arrojarle entonces sobre su contrario, al que debía darle una muerte cierta. El juego no podía ser más diestro ni seguro. Sarracino estaba en este momento inspirado por Lucifer; la yegua de Pedro sintió el golpe fatal, vaciló y cayó. El zegrí se echó sobre su enemigo, y levantó la lanza que debía confundir al Temerario. Pero éste, que sabía batirse con los sarracenos, jugó el todo por el todo, y al ver venir encima el arma mortífera de su contrario, y notar que caía su cuadrúpedo, exclamó:—¡Por María y la Cruz!, y tiró su lanza al moro con una fuerza de león, rompió la armadura de aquél, y la dejó clavada en su corazón. Un instante más, sin que el conde llevara á cabo tan difícil suerte, le hubiera hecho perecer á los pies del formidable zegrí. Lara acababa de matar al granadino más apuesto y valeroso que tenían los mahometanos.

El vencedor miró la yerta faz de su rival, y exclamó:

—¡Dios te haya perdonado! ¡Buena muerte te di; más por María y la Cruz, que has sido el único hombre que me hizo dudar de la victoria!

Y desprendiéndose luego de su agonizante yegua, le pasó la mano con sentimiento y cariño por la frente, diciendo:

—¡Pobre torda mía, saliste bien de vein-

te combates; pero al veintiuno, te tocó morir! ¡Cómo ha de ser! ¡Este es el fin de los valientes, y tú lo eras en sumo grado!

Y se dirigió á la fuente y comenzó á lavar sus heridas, conteniendo de este modo la hemorragia que ya empezaba á debilitarle.

Un instante después oyó la veloz carrera de dos caballos, miró, y vio á su escudero que se interponía, lanza en ristre, entre él y otro musulmán que llegaba al mismo tiempo.



... oyó la veloz carrera de dos caballos...

—¿Quieres paz ó guerra?—preguntó Lázaro á aquél, el cual le contestó:

—Me es igual, con tal de que pueda llevarme el cadáver de mi amigo Sarracino.

—Estos restos humanos me pertenecen—contestó el Temerario; mas te los cambio por ese magnífico caballo que montas. Mi pobre yegua no puede llevarme á mi casa, y no es muy cómodo ir andando el largo camino que dista de aquí.

—Tómalo, famoso cristiano—dijo el árabe apeándose, y añadió:—Basta de sangre por hoy, que harta ha corrido ya. Y miró con amargura y pena el cuerpo de su compañero.

El conde montó en su nuevo alazán, se se despidió del moro, ofreciendo mandarle los primeros que hallase de su raza, cuya promesa cumplió fielmente. Auxiliado el sarraceno por cuatro pastores, que obedieron la orden de Pedro, trasladó al palacio de Mahomad los restos inanimados del jefe zegrí, llevando del diestro el caballo herido con que batió su amigo.

Lázaro y su amo llegaron á Osuna por el mismo camino que habían ido sin incidente alguno desagradable. Durante la jornada hubo entre ambos el

siguiente diálogo:

—¿Vas herido, Pedro?—le preguntó aquél con interés.

—Sí.

—¿Te molesta mucho?

—No; pero ese moro me ha dado que hacer.

—He distinguido mal la pelea, no obstante lo cual, creo que Sarracino era tan valiente y esforzado como el primero.

—Así es la verdad.

—¿No empleastes los cinco mortales golpes de lanza que te tengo enseñados, con las dos medias vueltas y alzamiento del caballo?

—Pardiez, que los repetí cuatro veces; tiré veinte más que tú no conoces; usé de una habilidad que envidias, y de la fuerza de un león que no tienes y todo fué inútil contra aquella pan-

tera que se revolvía, giraba y movía con una ligereza que no he visto en nadie hasta ahora. Seis veces cayó sobre mí, que parecía venir del cielo, y otras tantas me hirió, aunque levemente, gracias á un pedazo de escudo que conservaba y á mi tórda, que se ha portado hoy mejor de lo que era posible imaginar.

—¿Gran combate y gran victoria! Mas prescindiendo del placer de haber muerto á un moro, ¿qué has sacado de ese duelo? ¿Qué has ganado? ¿A qué mujer cristiana y digna de tí le vas á enseñar el trofeo adquirido á tanta costa?

—¿Y mi padre, Lázaro, y mi padre, vive? Esta pregunta ahogó la voz de los dos ca-

minantes, que permanecieron silenciosos hasta llegar á Osuna.

CAPITULO X

Regia visita.—Política del siglo XIII.—Conferencia en casa de Mahomad Zegrí.

Eran las nueve de la mañana cuando Pedro el Temerario entró en Osuna, seguido de su viejo escudero. Atravesó la ciudad, llegó á su palacio y entró en él, quedando sorprendido al ver los patios llenos de caballeros y gente de armas, que ocupaban toda la parte baja de su extensa morada. Relinchos de caballos, pisadas de guerreros, ruido y algazara se oían por todas partes, sin que el conde de Lara pudiera explicarse al pronto la actitud pacífica de los suyos, que se hallaban mezclados con los recién venidos. Pronto, no obstante, salió de su duda, pues al notar su llegada, se acercaron varios de sus caballeros y le dijeron que toda aquella gente era del rey D. Sancho IV el Bravo, la cual venía mandada por tres grandes del reino, que le esperaban en los salones principales.

Con el mismo traje que traía puesto, subió Pedro y penetró en un ancho gabinete, donde halló tres guerreros sentados; pero que al verle se pusieron en pie, y adelantándose uno de ellos, abrió los brazos exclamando:

—Mi querido conde, ¿de dónde venís con esa armadura hecha pedazos y ensangrentada?

—Señor—contestó el Temerario, estrechando con respetuoso cariño al caballero—; acabo de matar á Sarracino Zegrí, jefe de esa terrible tribu sarracena.

Saludó Pedro luego á los otros dos personajes que acompañaban al primero, y les invitó á que se sentasen, verificándolo él también. Eran éstos Sancho IV el Bravo, su hermano el infante D. Juan y D. Lope de Haro, suegro del segundo. El primero miraba al conde con cariño, su hermano con desdén, y el tercero con envidia.

D. Sancho interrogó á Pedro sobre el duelo que acababa de tener lugar, obligándole después á que se mudase de traje y se curara las heridas que traía. Cuando hubo concluido estos cuidados, se volvieron á re-

unir los cuatro, se arrellanaron en otros tantos sillones, y dirigiéndose el pretendiente al joven Lara, le dijo:

—He visto, amigo mío, con el mayor placer, que ha bastado vuestro nombre y vuestro deseo para que toda esta comarca me obedezca gustosa. Siento luchar contra mi padre; ¡pero Dios lo quiere así! Acabo de saber el fin que han tenido los Castros; no apruebo vuestra acción, pues aun cuando sé que obraron villanamente con vos, y que se hicieron acreedores á vuestro desprecio, ha sido por demás terrible vuestra venganza.

—Señor—respondió Pedro con dignidad— fui á visitarlos, á ofrecerles mi amistad y cariño, á cederles una parte de mi patrimonio, lo que de mi madre me correspondía, que eran casi todos los bienes que constituían su opulencia; iba, en fin, á estrechar á mis primos, á los sobrinos de mi pobre madre, y me recibieron con insultos, con desprecio y con palabras que ni aun está bien emplear con un villano. Me contuve, sin embargo, y todavía les recordé quiénes éramos y qué intenciones llevaba; pero nuevos insultos y más infamia arrojaron sobre mí, delante de cien nobles que nos escuchaban. Comprendí que tras de tanto escarnio, befa y baldón nos preparaban una celada terrible, en la cual tendria yo que sucumbir, en unión de los hidalgos que generosamente me siguieron. Salí de allí; los desafié á muerte; despreciaron el reto; ofrecí la vida en nombre de V. A. á todo el que quisiera huir, en un breve plazo, de aquella casa, en la que se me provocaba á una lucha terrible, y finalizando aquél me puse al frente de mis montañeses, con los cuales no puedo, señor, hacer otra cosa, teniendo delante los enemigos, que herir, matar, incendiar y destruir; y hubiera confundido al mundo entero bajo mis plantas, si tal insulto me hiciera, no abandonándome mis montaraces. Ya sabéis la historia, señor.

V. A. juzgará de mi conducta, y creo que no la hallaréis criminal.

—Grave fué la ofensa, muy grave, sí; mas el castigo parece exagerado; por lo cual me limito á no elogiar vuestra conducta, pero sin juzgarla tampoco de un modo desfavorable á vuestro honor. Olvidemos lo pasado, que harto tenemos que hacer con ocuparnos del presente. Mi venida aquí os habrá sorprendido; ¿no es verdad, conde?

Señor, sea la que quiera la causa, la bendigo, puesto que me ha proporcionado el inmerecido honor de hospedar en mi casa al bravo y poderoso rey de Castilla y de León. He empeñado mi palabra para defender vuestros derechos, y aquí me tenéis á las órdenes de V. A., con mis pueblos, mis tesoros y mis soldados.

—Gracias, conde, cuento con vuestro apoyo, con vuestro incomparable valor, y con vuestro talento. Por eso vengo á enteraros de cuanto ocurre, y á rogaros continuéis ayudándome en la penosísima empresa que tratamos de llevar á cabo.

Quedó el atrevido pretendiente meditando largo rato, Pedro, D. Juan y D. Lope le contemplaban con ansiedad, hasta que por último alzó aquél la cabeza y les dijo:

—He aquí, señores, el motivo que nos reúne en Osuna: ya sabéis que nos hemos hecho dueños de Córdoba sin gran dificultad, y que la mayor parte de los grandes, como igualmente la mitad de los pueblos del reino, me han proclamado rey, adelantando este suceso á la muerte de mi padre, el cual me desheredó injustamente. El país no quiere ser mandado por los Cerdas, á quienes mi padre deja el gobierno; y por esta razón, creo que el resto de la nación acabará por aceptar mi causa. Pero entre tanto, los parciales al rey D. Alfonso trabajan contra mí, y es preciso prepararse para combatir, ya que el destino se empeña en que ha de tener lugar una lucha que yo quisiera evitar á todo trance. La primera determinación de mi padre ha sido reunir Cortes en Toledo y dar cuenta al país de lo que pasaba. Esto era muy justo, y yo hice lo mismo convocándolas para Valladolid, con ánimo resuelto de someterme á su fallo. Y no hubiera intentado otra cosa, si mis enemigos estuvieran dispuestos á respetar lo que se acordara en Cortes;

mas temerosos de quedar vencidos ante la opinión nacional, se disponen á emplear el derecho de la fuerza, sin que les dejen consideración alguna, usando hasta de medios que no son propios de buenos castellanos. Sabedores de que en el país serían derrotados, solicitan el apoyo del rey de Granada y del soberano de Marruecos. Ya tienen ganada la voluntad de este último, y el rey Jacob, el descendiente de los Merinis, el usurpador de los Almohades, llegará en breve á Castilla con un formidable ejército para combatirnos sin tregua ni descanso, con objeto de concluir con mis parciales. Zehera es el punto destinado para verse mi padre y él, y desde allí marchar unidos contra mí. Si Mahomad II, rey de Granada, les ayudase, estábamos irremisiblemente perdidos, y Dios sabe lo que sería de nuestra desventurada nación, después que me hubiesen derrotado y conseguido reducir á la impotencia á la nobleza española. Al Fakir y Jacob continuarían siendo moros, y como tales tratarían á mi pobre pueblo y á mi mismo padre que se había fiado de ellos. Gracias al cielo, supe á tiempo las tramas infernales que se urdían, he procurado adelantarme á ellas, y creo poder contar, cuando menos, con la neutralidad del rey de Granada, y tal vez con su apoyo. Así me lo han asegurado los emisarios que mandé al califa sarraceno, y mañana por la noche se firmará el convenio que tengo apalabrado con él. Mi hermano D. Juan y vos, conde, partiréis al rayar el nuevo día al palacio de Mohamad Zegri, y allí esperaréis la próxima llegada de Muza, hermano del rey de Granada y de Abenamar Abencerraje, embajador granadino, para extender y autorizar, en representación nuestra, el tratado que tenemos hecho. Penoso es verse obligado á solicitar la protección de un moro; mas el bien de mi pueblo y el de mi causa me obligan á ello y ante deberes tan sagrados no hay sacrificio imposible para mí.

Ya comprenderán nuestros lectores que lo mismo el rey de Castilla y de León que el pretendiente Sancho no se descuidaban, como también que ya en el siglo XIII se manejaba muy bien la intriga.

Sancho, su hermano, D. Lope de Haro y el conde de Lara continuaron todavía

largo rato hablando de los asuntos del reino y de los preparativos que debían hacerse para que no les cogiese desprevenidos el dudoso porvenir que se acercaba. Comieron luego, dieron el descanso y alimento que necesitaban los caballos que componían la escolta del pretendiente, y encerrados luego Sancho y Pedro, dió aquel algunas instrucciones á este; pidió el segundo algunas gracias al primero, las cuales le fueron otorgadas, y se despidieron partiendo el rey acompañado de D. Lope y seguido de quinientos jinetes entre caballeros y soldados.

Quedaron, pues, en Osuna el infante don Juan y el conde de Lara, esperando la venida de la mañana siguiente para partir y llevar á cabo la embajada de que habían sido encargados.

Este hermano de Sancho IV era un hombre de estatura regular, de formas nada esbeltas, de color rubio y de ojos azules y pequeños, de nariz larga, ofreciendo, en fin, un conjunto antipático. Era de talento escaso, discurría poco y mal, y era en extremo veleidoso. Con tales condiciones, debía necesariamente obrar de una manera contraria á todo lo grande, noble y generoso, salvo alguna rara excepción, hija de la casualidad ó de su carácter movable. Pedro le miraba con prevención; y aun cuando no le temía, porque Lara no podía temer á nadie, le disgustaba el infante y le hablaba con desconfianza. En esta ocasión, no obstante, le hizo los honores debidos á su clase, y tuvo con él todas las atenciones que le imponía la hospitalidad. En consecuencia, D. Juan habitó la parte principal del palacio, y fué servido y obsequiado como un rey.

Al rayar el alba, el infante y Pedro, vestidos con preciosas marlotas y capellares, pero forrados interiormente con espesa cota de malla, partieron al frente de una numerosa escolta, compuesta de caballeros y gente de armas de la casa de Lara. Iban precedidos de dos heraldos; el uno llevaba el estandarte castellano, y el otro una bandera blanca, insignia inequívoca de paz. A estos seguían el infante y Pedro, y en pos trescientos jinetes que componían el acompañamiento.

De este modo llegaron á la raya, penetraron por el camino real y sin impedimen-

to alguno cruzaron la Barba, entraron en la Roda, y una hora después dieron vista á Mollina, deteniéndose á la puerta del opulento palacio del Zegrí que ya conocen nuestros lectores.

El corazón de Pedro palpitaba de júbilo, y aun cuando le disgustaba la compañía del infante, se olvidó de su compañero para entregarse á sus pensamientos amorosos. Iba á ver á Fátima, á hablar con ella, á habitar en su misma casa, y estas ideas embargaban su mente teniéndole fuera de sí. Hubiera aceptado la penosa misión que le encargaba su rey, aun á trueque de ser acompañado por el mismo Judas Iscariote. El fogoso mancebo tenía en mucho su religión, su patria y sus deberes de castellano; mas la incomparable hermosura de la huri le enloquecía, viéndose arrastrado á amarla con todo el ardor y pasión de que era capaz su corazón.

Mahomad Zegrí, informado por su rey de los acontecimientos que iban á tener lugar en su casa, y enterado de la llegada de sus cristianos huéspedes, abrió él mismo la puerta de su morada y recibió con la mayor cortesía á los recién venidos. Treinta criados sarracenos fueron cogiendo los caballos del infante D. Juan, del conde de Lara y demás caballeros y tropa que les seguían, y poco después el Zegrí y los dos embajadores castellanos entraron en el salón principal de aquel vetusto palacio. Allí les aguardaban veinte zегries más, que después de saludarles y felicitarlos, pasaron á otro salón donde estaban los caballeros de la escolta de Pedro.

A muy poco se presentó á la puerta de aquella mansión morisca otra comitiva, compuesta de quinientos caballos árabes, á cuyo frente iban Muza, hermano del rey de Granada, y Abenamar Abencerraje. Mahomad aposentó á sus huéspedes castellanos y corrió á recibir á los granadinos.

Aquella encantadora morada, antes silenciosa y alegre, se había transformado en un cuartel, donde todo era estruendo, piafar de caballos, ruido de voces, carrozas y confusión. Bajo aquellos techos sembrados de arabescos, se alojaban en este momento en amigable compañía el hábil jinete sarraceno y el valeroso soldado espa-

fiol. No obstante el tropel y continuado ruido, y aquella reunión de hombres de diferentes caracteres, usos, costumbres y religión, de aquellos eternos enemigos, todos estaban tranquilos, sin sospechar ninguno de una sorpresa ó de la mala fe de sus contrarios. El dueño de la casa hacía los honores con la urbanidad propia de un personaje árabe de aquella época, y á pesar de tanta aglomeración de gente, se hallaba todo tan bien preparado y dispuesto, que al poco tiempo los principes, embajadores, caballeros y soldados estaban cada cual en su respectiva habitación y admirablemente servidos. Mahomad Zegri no había perdonado medio ni sacrificio alguno para que sus huéspedes llevasen una alta idea de su pródiga liberalidad y exquisita cortesanía.

A las diez de la mañana se le sirvió á la tropa y á los caballeros árabes y cristianos un espléndido almuerzo, separados unos de otros, según las costumbres y jerarquía de ellos; y poco después, en un comedor lleno de encantos moriscos, perfumado por veinte pebeteros que exhalaban deliciosos perfumes, entraron al infante D. Juan, Muza, el conde de Lara, Abenamar y Mahomad Zegri. Llegaron por diferentes puertas y los cuatro embajadores fueron presentados mutuamente por el dueño de la casa. Terminados los cumplimientos y ceremonias propios de tales casos, se sentaron á la mesa. Esta, aun cuando era única, tenía la figura de un 8 de guarismo ó de una S, ofreciendo la forma de dos círculos independientes y á la vez unidos. Los dos árabes ocupaban un círculo, los cristianos otro y Mahomad estaba en medio entre ambos. Dió principio el almuerzo, siendo servidos unos y otros con arreglo á sus respectivas costumbres, y hasta por individuos de sus mismos países, pues eran los que cuidaban á los castellanos cuatro cautivos sevillanos, á quienes el generoso Zegri tenía ofrecida la libertad para cuando partieran sus compatriotas. En los extremos del comedor había dos tribunas donde varios músicos entonaban dulcísimas melodías mientras duró el almuerzo.

Por la tarde se jugaron cañas, se corrieron caballos, hubo escaramuzas guerreras y por la noche fueron agradable-

mente sorprendidos los cuatro embajadores con una función que les tenía preparada el famoso Zegri en la extensa laguna que había al pie de su palacio, la cual estaba iluminada cubierta de preciosas góndolas, en las que iban los músicos entonando aires moriscos y castellanos, y también damas sarracenas de notable hermosura y gentileza. En otras góndolas, varios caballeros musulmanes, simulaban combates navales, procurando agradar á los recién venidos con juegos hábiles y desconocidos para la mayor parte de los que asistían á la fiesta. Esta concluyó á las diez de la noche, en cuyo instante se reunieron por primera vez para ocuparse de los asuntos del reino, Muza, D. Juan, Abenamar, el conde de Lara y Mahomad Zegri. La conferencia duró poco rato, pues únicamente se trató en ella de los preliminares en que habían de fundarse las condiciones del tratado que las dos embajadas debían llevar á cabo. Concluido, unos y otros se retiraron á descansar.

Pedro el Temerario entró en su alcoba triste y meditabundo; despidió con ademán imperioso á los criados que esperaban sus órdenes; abrió dos ventanas que tenía aquella habitación; miró por ellas con ansiedad creciente, y no hallando nada de lo que sus ojos buscaban, se reclinó en un diván moruno, apoyó su frente sobre su mano derecha y quedó pensativo. Hacía quince horas que vivía bajo el mismo techo que su encantadora Fátima, y su vista la había buscado por todas partes infructuosamente. Ni en los salones del palacio, ni en el comedor, ni en los jardines, ni en la laguna, ni con los juegos, ni en la conferencia le fué posible distinguir aquellos ojos tan negros, tan árabes, tan hermosos. En ningún sitio pudo escuchar la dulcísima voz que agitaba su corazón y enloquecía su mente. En este momento el valiente Pedro veía deshechas sus ilusiones de por la mañana y su pecho se dilataba para dejar escapar un amoroso, tierno y melancólico suspiro.

Era la media noche y el joven se hallaba reclinado todavía sobre el diván, entregado á sus tristes meditaciones y sin pensar en buscar el lecho, cuando vino á distraerle el dulcísimo acento de una mo-

ra que á media voz, y no lejos de allí, cantó en árabe la siguiente letrilla:

No duerme el hombre
que amante fiel,
morada llena
de encantos ve,
que encierra á ella,
que aguarda á él.

La imagen pura
mira doquier
de la adorada
que hace su bien;
que aun cuando ella
cerca no esté,
su aliento aspira,
su rostro ve.

La huri suspira...,
ella también
mira á su amante
doquier, doquier,
que el mismo techo
que cubre á él,
á su adorada
guarda también.

Por eso ella
pensando en él,
amor le envía,
le da su fe,
y un pergamino

que hará al doncel
de esta morada
risueño edén

El conde de Lara oyó con ansiedad creciente la morisca canción, y luego se dirigió á una ventana y asomó la cabeza; no pudo distinguir á nadie. Acto continuo sintió el ruido producido por una piedra que habían tirado á su alcoba, oyendo á la vez las siguientes frases:

—Alí, señor, y ¡le Alá te proteja.

Un silencio continuado siguió á estas palabras; Pedro volvió á mirar, pero no distinguió otra cosa que los árboles del jardín. Entonces se entró á su aposento y vió con sorpresa a en medio de éste un pergamino enrollado y sujeto á una piedra; lo deslió con amoroso afán, y leyó:

«Duerme tranquilo esta noche; diviértete mañana; piensa en mí, pero mírame poco: Fátima vela por tí; mas en la noche venidera no duermas y espera. La huri llora, y te ama, y te ve, y sólo piensa en tí; y tú tienes su corazón, y dale el tuyo á Fátima »

Pedro leyó dos veces el escrito, lo besó, le guardó junto á su corazón, buscó el lecho y durmió, aunque agitado por la amorosa pasión que alimentaba en su alma.

CAPITULO XI

Siguen los festejos y conferencias.—Fátima y Pedro. — Historias desconocidas. — Los dos amantes.

A la mañana siguiente se levantó Pedro muy temprano, y pasó á las habitaciones de D. Juan, estando muy afable con él, á pesar de la instintiva repugnancia que le tenía. El infante y Lara no habían simpatizado; el primero temía al segundo, y éste desconfiaba de aquél, pues estaba retratada en su semblante su inconstancia y aun su mala fe. Mas el valiente mancebo tenía noticias de Fátima, iba á verla y esto le llenaba de júbilo, haciéndole estar amable con todos.

Largo tiempo permanecieron los dos embajadores hablando de los asuntos del reino, hasta ponerse de acuerdo en un todo para la conducta que debían observar en

la conferencia ó conferencias que iban á tener con los representantes del rey moro de Granada. Mandaron acto continuo un correo al pretendiente D. Sancho, enterándole de lo ocurrido hasta entonces; y poco después fueron avisados por Mahomad que la embajada musulmana les esperaba para tratar de los asuntos pendientes.

Los castellanos se reunieron con los granadinos, y tomando por base los preliminares que sentaron en la anterior sesión, abrieron las negociaciones, siendo Muza y el conde de Lara los únicos que realmente proponían y discutían, pues D. Juan y Abenamar Abencerraje apenas

tomaron la palabra, sin hacer otra cosa que afirmar y mostrar su asentimiento á algunas de las cuestiones que se ventilaban.

El dueño de la casa, bien por delicadeza ó por otras causas desconocidas, no se halló presente en esta deliberación de los embajadores. Estos, después de dos horas de discusión y de intentar cada uno de los dos que hablaban sacar el mejor partido posible, convinieron en los puntos siguientes:

Primero: el rey de Granada, Mohamad II, se comprometía á ayudar al infante D. Sancho á que subiese al trono de Castilla y de León, para lo cual empezaba por reconocerlo como tal rey; se cambiarían embajadores, y, en caso necesario, apoyaría la pretensión del infante con diez mil hombres de armas, elegidos de entre su mejor caballería.

Segundo: por su parte se comprometía el pretendiente, para antes y después de ser rey único de Castilla y de León, á perdonar al rey moro de Granada el tributo que éste pagaba á la corona de Castilla; le cedía pueblos lindantes con Jerez de la Frontera y le abonaba los gastos que en la guerra civil próxima á estallar hiciese Mahomad II.

Tercero y último: ambos soberanos se comprometían á vivir como fieles aliados, evitando por su parte cada cual todo motivo ó pretexto que pudiera dar margen á discordias, enemistades ó guerras.

A estos tres puntos añadieron algunas condiciones secundarias consiguientes á ellos, con lo cual quedaron enteramente de acuerdo y dieron la orden para que al día siguiente se extendiese el acta del convenio celebrado entre las partes.

Luego que finalizaron, llamaron á Mahomad y le enteraron de lo ocurrido. El Zegrí les dió la enhorabuena, les estrechó las manos y les pidió permiso para presentarles á su hija Fátima. Los cuatro embajadores aceptaron el ofrecimiento, pero á fuer de cumplidos caballeros exigieron ir todos reunidos á la habitación donde se hallaba la hermosa joven, cuyo renombre se extendía por los reinos de Castilla y de Granada. Así lo hicieron, y poco después entraron los cuatro, precedidos de Mahomad, en un gabinete cuadrado,

cuya descripción vamos á hacer. Tenía las paredes forradas de damasco verde; cubría el suelo una riquísima alfombra de lana fabricada en la Siria; cuarenta cojines se hallaban simétricamente esparcidos sobre el pavimento; grandes cortinas de seda adornaban los balcones, de tal modo que la luz entrase artificiosamente combinada con los colores de la habitación; y de cuatro pedestales que había en los extremos del gabinete salían deliciosos perfumes que embalsamaban aquella estancia, convirtiéndola en una encantadora morada. En el techo estaban pintadas varias ninfas, flores é inscripciones alegóricas, y, por último, en medio de la habitación había un velador de jaspe y sobre éste algunas figuras de plata y oro retratando hechos célebres de la caballería musulmana.

Al penetrar allí los cuatro embajadores, se hallaba la hermosa Fátima vestida como la más rica sultana; en pie, apoyada en el velador, teniendo detrás cuarenta doncellas entre hermosas moras y negras africanas. La actitud de la joven era grave y respetuosa; y al ver á los recién venidos les hizo un gracioso saludo, asomando á sus labios de coral una dulce y arrebatadora sonrisa, fijándose en Pedro de un modo notable. D. Juan y Muza, que no la conocían, quedaron maravillados de la incomparable belleza, elegantes modales y esbelto talle de la Zegrí. El infante castellano sintió tal impresión que le dejó cortado y sin poder articular una sola frase. Abenamar y Muza le dirigieron varios cumplidos, y Pedro el Temerario, sin miramiento á nadie ni á nada, elogió su hermosura, concluyendo por decir que era la mujer más hechicera que existía en la tierra. Fátima contestó á todos, dándoles las gracias por su fina galantería y haciendo á la vez con cierto entusiasmo un elogio del valor y proezas del Temerario.

Pronto Mahomad dió fin á tan tiernas y significativas lisonjas, invitando á todos á que pasasen al comedor, donde les esperaba un espléndido banquete. Y Fátima, su padre y los embajadores se dirigieron al sitio indicado, dando en breve principio las melodías, el almuerzo y una animada conversación, en la cual se hablaba el árabe; y como el infante de Castilla no lo co-

nocía bien, apenas pronunciaba una frase. En cambio no apartaba sus ojos del rostro de la huri, tanto, que hubo de llamar la atención de Pedro y de excitar sus celos, aprovechando la primera ocasión que tuvo para recordarle la belleza é ilustre prosapia de su esposa. D. Juan oyó estas palabras con bastante disgusto; pero se conformó ante la verdad del oportuno recuerdo, y más que todo, por la imponente mirada de quien le dirigía aquellas frases. No obstante esto, el conde de Lara estuvo muy atento con los tres moros y muy galante con Fátima, pero cuidando siempre de no dejar traslucir sus amores. Bien lo necesitaba, pues este día se había presentado la musulmana á sus ojos más encantadora que nunca.

Concluyó el almuerzo y cada cual se retiró á su habitación. Pedro entró en la suya; pero á muy poco vió llegar al infante que, con rostro enojado y algo de altanería, le preguntó:

—Conde, ¿queréis explicarme la razón de haber citado el nombre de mi esposa cuando hablábamos de cosas indiferentes á ella, como asimismo el recuerdo que me hicisteis de su hermosura y linaje?

Pedro miró á D. Juan con cierto desdén, y le contestó:

—Sí, señor. Vi que llamaban la atención de los moros vuestras continuas y significativas miradas á Fátima, y tuve á bien recordaros que sois hermano de un rey, embajador de Castilla y León, y que no debemos exponernos á las murmuraciones de hombres á quienes necesitamos.

—Es que yo—replicó con enojo el infante—no recibo lecciones de nadie.

—Tomadlo entonces—añadió el Temerario—como un consejo.

—Tampoco os lo he pedido.

—Es verdad; mas sois hermano de un rey, mi compañero de embajada, y con sentimiento me he visto obligado á dárosle.

—¿No os impulsaron, además, los celos?

—Celos yo, ¡y de un casado! ¿Queréis explicarme vuestras palabras?

—Mirábais á Fátima como yo, la galanteábais con exceso y pudisteis acaso temer...

—Perdonad; pero hablando de temores, no podéis dirigiros á Pedro de Lara; des-

de el instante que vió el mundo se halló sin eso que llaman miedo ó temor.

—¿Me arrojáis un guante?

—Pardiez, no; que sois infante de Castilla y hermano de mi querido y respetado rey; os he dicho la verdad, y nada más.

—De todos modos, insisto en que vuestra advertencia fué, por lo menos, inconveniente.

—Lo sería para vos, no lo dudo; pero fué hija de la necesidad y de la conveniencia de evitaros el desagrado de hombres á quienes necesitáis.

—Conde de Lara, concluyo tan enfadosas digresiones dándoos las gracias por vuestro interés por mí; pero en lo sucesivo no os volváis á molestar en recordarme cosas que yo no os pregunte.

Y salió de allí sin dar lugar á Pedro para que le contestase. Este arrugó la frente, se reclinó en su diván y dijo para sí:—Te conozco, infante; y Dios te libre de que desnude mi espada contra tí, porque lo pasarías muy mal.

Este día siguieron también los embajadores entre fiestas, danzas, músicas y diversiones. Mahomad Zegrí procuraba por todos los medios posibles hacerse digno de la honrosa elección que de su casa y persona habían hecho los reyes de Granada y Castilla para dar hospitalidad á sus representantes.

A las diez de la noche concluyeron los festejos y todos se retiraron á sus respectivas habitaciones. A las once estaba el palacio en el mayor silencio, y á las doce sus moradores dormían, al parecer, con el más tranquilo sueño.

No eran todos; pues el Temerario del Saucejo se hallaba echado sobre el borde de la ventana por donde la noche anterior entró la piedra con el pergamino, mirando al jardín y observando con la mayor atención cuanto tenía delante. Aparentaba estar sosegado; pero el más leve ruido de las hojas de los árboles, movidas por la brisa, hacía palpitár su corazón dando formas con su loca fantasía á las ilusiones y esperanzas que en ella se agitaban.

Transcurrió media hora más; la impaciencia de Pedro crecía por momentos; cada instante que pasaba se le hacía eterno, hasta que, por último, oyó un golpe



No recibo lecciones de nadie.

cerca de sí, no en el jardín, sino en su misma habitación. Miró adentro y vió que el tapiz con que estaban forradas las paredes de su estancia se rompía, abriendo en una de ellas el hueco de una puerta secreta, tan hábilmente disimulada, que llenó de asombro al atrevido mancebo. Por ella penetró Ali, el cual besó las vestiduras del conde, según costumbre, diciendo:

—Afortunado caballero, mi señora te ama y te espera; ¿quieres seguirme?

—¿Está sola, mi buen Ali?

—La acompañan tres damas; pero en llegando tú se retirarán conmigo á la pieza inmediata.

—Guíame, Ali, y que Dios te premie el bien que me estás haciendo. Y cerrando la puerta secreta que dejaban tras sí, salieron Pedro y el africano, y por un corredor excusado, se dirigieron á las habitaciones de Fátima.

La hermosa huri se hallaba en estos momentos en un gran salón del palacio acompañada de tres africanas que adoraban en ella. Por todas partes se veían en torno de la joven riquísimos mármoles, alabastro, jaspe de variados colores, sedas, plata, oro, columnas, tapices, pebeteros, mosaicos y adornos sin cuento que, unidos á la sabia combinación de las luces y á los delicados perfumes, convertían aquella regia estancia en una morada ideal. Fátima llevaba el pelo suelto y caído en ondas rizadas sobre sus hombros. La parte superior de la cabeza la cubría con turbante blanco. Le ceñía su bien formado cuerpo un doliman con mangas anchas; los pantalones y pantuflas eran de una preciosa tela bordada de oro y un rico chal rodeaba su esbelto talle con dos vueltas flojas y caídas, que permitían ver perfectamente su diminuta cintura. El oro y los brillantes de sus brazaletes y pendientes perdían su valor al querer luchar con el fino y sonrosado cutis de la mora, la que en estos momentos se hallaba arrebatadora. Pero no era todo belleza física; Fátima era viva, despejada, tenía ingenio y se expresaba con tanta facilidad como agudeza. Su estatura pasaba un poco de lo regular y su andar y movimientos eran finos, naturales, graciosos, suaves y negligentes.

Estaba sentada, algo impaciente y como queriendo percibir el más leve ruido. Su

mirada era dulce y demostraba alegría. Poco después sintió un golpecito dado cerca de ella, y la bella huri se incorporó con ansiedad al oír los pasos que siguieron al golpe. Fijó su mano izquierda en la parte inferior de la cara, y con la derecha hizo un signo de despedida á sus doncellas, las cuales se retiraron prontamente. Un minuto después se abrió un tapiz y penetró Pedro el Temerario; abrió los brazos y recibió en ellos á su adorada Fátima. Esta inclinó la cabeza sobre el pecho del guerrero, rodaron por sus mejillas dos lágrimas y exclamó:

—¡Ay, Pedro; cuánto te amo y cuánto me haces sufrir!

El Temerario la cogió una mano y la hizo sentar á su lado, contestándola:

—Hermosa mía, si yo vivo, es porque tú me amas; si así no fuera, hubiese muerto ya de pena.

—¡Morir tú!; ¡y qué sería entonces de mí! Pedro, yo no puedo vivir lejos de tí; quiero estar á tu lado ó dejar de ver el mundo, encerradme en la tumba de mi madre; estoy resuelta.

El joven la contempló con una ternura indescriptible, reconcentró sus ideas, meditó y luego la preguntó:

—¿Podemos disponer de mucho tiempo?

—De toda la noche.

En este instante se movió una cortina de damasco que había detrás de los dos amantes y asomó la descolorida faz de Mahomad Zegrí. El moro miró á los enamorados, se sonrió y dijo para sí:—Me lo había figurado, y era todo cuanto yo deseaba... Se aman... mejor; ya es mío el conde de Lara, y ya puedo dormir tranquilo, fiado en su acreditada nobleza.

Y se retiró, efectivamente, á descansar, sin ser visto ni oído por nadie.

Pedro permanecía estrechando entre las suyas la pequeña y torneada mano de su adorada. Cuando hubo meditado lo bastante, miró fijamente á Fátima, y con acento solemne la dijo:

—Quiero, hermosa mía, recordar la historia de nuestros amores, para enlazar nuestro pasado con nuestro porvenir.

—Sí, sí, habla.

—Un día, el más feliz de mi vida, me hallaba combatiendo contra los moros, eternos enemigos de mi Dios y de mi pa-

tria, y tuve la suerte de vencerlos, derrotarlos y dispersarlos por toda esta comarca. Eran muchos y nosotros pocos, y fué tal el entusiasmo de mis valerosos montañeses y la embriaguez que les produjo aquella venturosa victoria, que continuaron avanzando hasta internarse en los estados de tu padre mucho más de lo que la prudencia aconsejaba. Mas no era ocasión aquella de meditar, y enloquecidos ellos y arrastrado yo por el entusiasmo de los míos, continuamos corriendo, matando moros y talando campos, según costumbre y uso en tales casos. Así llegamos hasta Mollina, cuyas altas murallas detuvieron nuestro arrojo. No pudimos ni intentamos penetrar en la ciudad; pero aniquilamos sus alrededores, y ya nos retirábamos con nuestro riquísimo botín, cuando mi escudero me llamó la atención hacia donde luchaban varios de mis soldados con un pelotón de zegríes, que se defendían admirablemente. Corrí al sitio, y al verme los tuyos exclamaron aterrados:—¡El Temerario!..., y huyeron, dejando en mi poder una litera con los cuatro esclavos que la conducían. Mandé abrirla y apareció una mora con el rostro cubierto. Le quitaron el tupido velo que la tapaba y vi la cara y formas más perfectas de mujer. La prisionera, con más valor, dignidad y altivez que los suyos, sacó un agudo puñal, lo levantó y me dijo:—Si alguno de tus soldados toca la seda de mis vestidos, me clavo este acero en el corazón. Pedro, añadió, sé que eres valiente como un héroe; sé también que eres noble y caballero, respetando la honra de una débil mujer.

Aquella voz tan dulce, altiva y sonora, aquella faz arrebatadora, aquellos ojos que despedían chispeantes ráfagas, me hicieron volver en mí; reflexioné, y bajándome del caballo, la dije:—Ángel hermoso, cuyo acento ha hecho latir mi corazón, ¿qué es lo que quieres? ¿Tu honra? ¿Y quién sería capaz de atentar contra ella estando yo presente? Guerra eterna á los moros, pero no á tí, hechicera mujer. Libre estás, nadie manchará tu honor, ni aun tocarán la seda de tus vestidos, yo te lo juro; y si aún no estás contenta, pide y te concederé cuanto anheles. Entre tanto, recibe esta prueba de vasallaje que rindo á tu hermosura.

Y le besé una mano, que ella cariñosa no me rehusó. Luego continué:—Todo caballero cristiano lucha contra los moros; pero á la vez defiende á las mujeres, cualquiera que sea su religión. El que tal no hace, ni es buen cristiano, ni caballero.—Gracias,—me contestó la preciosa niña—; veo con placer que si en valor no tienes igual, tampoco en nobleza y bizarría; y te quedo tan reconocida, que desde hoy puedes contar con todo mi amor y mi afecto.

El rostro angelical de aquella virgen, su mirada y su argentina voz hicieron tal efecto en mi corazón, que arrebatado por tanta gracia, me acerqué á ella y la dije:

—Quiero pedir os una gracia más para cuando os creáis más libre que ahora. ¿Me permitiréis que os vuelva á ver?—Sí—me contestó con acento seguro.

—¿En dónde?

—En el bosque del Milano.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana.

—¿A qué hora?

—A las siete.

—Pues iré solo.

—Allí me encontrarás.

Y partió la mora llevándose toda mi alma.

Calló Pedro, volvió á meditar, alzó la frente, besó la mano de su amada, y continuó:

—Tú eres, Fátima, aquella sublime belleza. ¿He padecido alguna equivocación?

—No. Pero has debido añadir que al dejarme tu corazón, te llevaste el mío. Mas continúa, pues esos dulces recuerdos me agradan mucho.

—Partí—dijo Pedro—, dejé en libertad á los muchos prisioneros que llevaba, repartí el botín entre mis queridos montañeses y entré en mi casa, vencedor de los tuyos y vencido por tí. Desde ese instante, ni he dejado de amarte, ni de pensar en tí un solo momento. Después nos vimos en el bosque del Milano; te declaré mi amor; me confesaste el tuyo, y, ya unidos por tan tierno lazo, nos hemos visto en casa de ese judío que salvaste de una muerte segura, deteniendo el corvo alfanje del Zegrí, tu primo, que lo iba á sacrificar á su enojo.

Calló otra vez el Temerario, meditó y luego añadió:

—Hace un año que te ví por primera vez, Fátima; ocho veces desde entonces hemos logrado la dicha de hablarnos y en todas ellas te he manifestado mi ardiente amor; pero jamás te he hablado ni de mi posición ni de mis padres; siempre del presente, nunca del porvenir; hoy voy á hacerlo. Hasta dos meses ha ignoraba quién era, quiénes fueron mis padres, qué me guardaba mi destino. Pasé entre las breñas del Saucejo mis primeros años, y aun cuando rico, solo me habían enseñado á pelear, reservándome años. Llegó el instante deseado, y hé aquí que me hallo conde, poderoso, jefe de la familia más opulenta de Castilla, dueño de un tesoro inmenso y señor de cincuenta pueblos. Tú, Fátima, eres musulmana; cuanto yo tengo es tuyo, dispón de todo, de mí, manda como soberana, mas no me quieras jamás ni renegado ni traidor á la patria donde he nacido.

La bella huri se sonrió, estrechó fuertemente las manos que aprisionaban la suya, y le dijo:

—Cristiano, mucho amas á tu Dios y á tu patria: ¿los quieres más que á mí?

—A Dios, sí, mi idolatrada mora; á mi patria, tanto como á tí.

Volvió á sonreírse la joven y continuó:

—Oyeme, Pedro, y luego determinarás. Comprendo esa ardiente pasión que tenéis los cristianos á vuestros Dios; ese amor sublime, hijo sin duda de la grandeza del mismo que os lo inspira y que os hace superiores á todo lo conocido, sin que basten placeres, opulencia y tesoros, ni tormentos, amargura y dolor á enfriar ese dulce amor que encerráis en vuestros pechos. Con él sois invencibles en los combates, superiores en la hidalguía y altaneros en el tormento. Con ese amor os eleváis hasta vuestro mismo Dios, que os inspira y os protege. Pedro, ese invisible y poderoso Sér es más grande que todo lo conocido, que todo lo que se dice de él, y ahora verás en lo que me fundo yo, profana á vuestra religión.

Tenía Fátima en estos momentos el rostro encendido, la mirada abrasadora y la frente tan despejada, que al raciocinar sobre el Supremo Hacedor, más que musulmana, parecía un ángel inspirado por el cielo. Se expresaba con tal pasión, con tal

entonación, con tan dulce acento, que era capaz de acallar todos los deseos sensuales del hombre menos religioso. El conde estaba elevado á la región de lo ideal; no veía más que la parte divina de su adorada, sin que en este instante pudieran conmoverle los atractivos físicos de aquella mujer bellísima, con labios de rubí, de pequeños y blanquísimos dientes, de negros y rasgados ojos, de talle esbelto y de voz angelical, reuniendo un conjunto seductor capaz de arrebatar y estremecer al más helado corazón. Lara, no obstante, la veía, la escuchaba, la admiraba, sentía cada vez más amor hacia aquel sér sobrenatural; mas su pureza de costumbres, su religión y la palabra inspirada de la huri, hacían que ésta apareciese ante él como un ángel á quien debía adorar. Ni una sola vez agitó su deseo pasión alguna que no fuese noble y digna de sus hidalgos sentimientos.

Fátima continuó:

—Voy á revelarte un secreto que vas á esconder dentro de tu corazón. Oyeme, pues, atentamente, según te he dicho, y luego determinarás á tu antojo: Hace veinte años se hallaba mi padre de alcaide en la populosa ciudad de Almería. Como aquí, era allí señor de vidas y haciendas; mandaba solo y nada resistía á su potente voluntad. Tendría unos cuarenta años, y era, según cuentan, muy valiente, tenaz y emprendedor. Como tú ahora, puesto al frente de la caballería zegrí, entraba en tierra de cristianos, daba batallas, vencía, hacía prisioneros y talaba cuanto hallaba á su paso. Un día salió con ánimo de intentar alguna cosa nueva, y, después de andadas muchas leguas, se halló con un pequeño ejército de castellanos, á quienes atacó, venció y derrotó. Concluída la lucha, vió que uno de los caballeros moros que le acompañaban disputaba con otro sobre el mejor derecho que tenía á una joven de ilustre linaje, muy hermosa, y que, por desgracia suya, formaba parte del botín ganado por los moros á los castellanos. Al ver la prisionera á mi padre, y reconociéndole como jefe del ejército vencedor, se echó á sus pies anegada en lágrimas y le rogó repetidas veces la librase de la terrible deshonra á que iba á verse expuesta si la abandonaba. Le pidió con humil-

dad y lágrimas lo mismo que yo reclamé de tí con resolución hace un año. Mi padre la ofreció protección y medió entre los dos caballeros que se la disputaban, quitándosela á ambos y dándoles en recompensa el oro que quisieron pedirle por aquella mujer. Seis días después volvió Mahomad á Almería y se alojó en su palacio, disponiendo que estuviese cerca, muy cerca de él, su ilustre prisionera. Esta descendía del linaje de los Velascos, y aun cuando nació débil, como casi todas las mujeres, tenía en mucho su honor y trató de defenderlo hasta el último trance. Mahomad se enamoró de ella perdidamente y empleó contra la hija de Velasco ruegos, amenazas, ofertas y hasta tormentos; pero todo fué inútil. La infeliz decía como tú: mi Dios y mi patria, nada sin mi patria y sin mi Dios. Aquella fe y obstinación tan constantes y fuertes de la cristiana, unidas á su prodigiosa belleza, acabaron de enloquecer á Mahomad; y ya no era amor lo que tenía á su prisionera, fué una ciega pasión que le arrastró al precipicio. Creyendo mi padre que la proximidad á los suyos daba a la cristiana una entereza y valor que pocas mujeres tienen, obtuvo licencia de su soberano y partió con aquélla, primero á Fez, luego á Meca y últimamente á la Siria, estableciéndose en Damasco. Durante tan larga travesía, continuó mi padre empleando con doña Blanca de Velasco, su altiva prisionera, los mismos ruegos y amenazas que anteriormente, mas sin que la distancia mejorara el éxito que se proponía. Todavía permaneció un mes en la capital de Siria, ofreciéndole su amor y amedrentándola; pero convencido de que no podría nunca vencer la obstinación de doña Blanca, resolvió valerse de un ardid poco noble, pero muy usado entre los musulmanes. Se hallaba en la ciudad de los perfumes, venenos y narcóticos, y bien pronto se facilitó unos polvos, que con el suave olor que despedían privaban del conocimiento á todo el que aspiraba su aroma. Una noche estaba la infeliz prisionera sentada en un diván y entregada, como de costumbre, á sus tristes pensamientos, cuando vió entrar á un esclavo que puso cerca de ella un pebetero y se retiró. A poco comenzó á percibir doña Blanca un sua-

ve y delicioso perfume que le agradaba mucho, pero que insensiblemente la fué adormeciendo. Poco después entró mi padre, abrió las ventanas de aquella habitación, arrojó por una de ellas el contenido del pebetero, y cuando la atmósfera estuvo limpia de aquellos fatales esfluvios, se llegó al diván donde estaba la cautiva, la arrancó un puñalito que ésta llevaba siempre entre sus vestiduras, y se sentó á su lado...

Calló Fátima, alzó los ojos al cielo, suspiró, y, después de una breve pausa, continuó su interrumpida narración:

—Cuando doña Blanca salió de aquel letargo, comprendió su desventurada situación. Fuera de sí, despechada por acción tan inicua, se arrojó sobre mi padre, luchó con él, después intentó arrojarle por una ventana, y, por último, sin fuerzas ni alientos, cayó al suelo sin sentido, víctima de un accidente hijo de la más cruel desesperación. Cuando volvió al conocimiento, se hallaba en cama rodeada de varias africanas esclavas de mi padre, llena de contusiones de los muchos golpes que se había dado y sin fuerzas ni aun para moverse en la cama. La infeliz pasó un mes en aquel estado, llorando y sufriendo su agudo dolor, sin hallar un sér que en tan prolongada agonía le dirigiese una palabra de consuelo. Mahomad continuó amándola, y cuanto más obstinada encontraba á su prisionera, más aumentaba su pasión. Otras muchas veces más sufrió la influencia del narcótico la pobre castellana, siendo siempre vencida por su letárgico poder, lo cual trajo en pos de sí el que la infeliz doña Blanca se sintiera después de algunos meses en vísperas de ser madre, como, en efecto, llegó á serlo de una niña que, por espacio de seis años, la sirvió para calmar sus penas y hacer más tolerable su desgracia. Este suceso hizo que la prisionera tratase con menos dureza á Mahomad, pero nunca admitió las caricias de éste, ni pudo jamás ver en él otra cosa que al autor de su deshonor, padre ahora de su adorada hija. El Zegrí no desistió jamás de su pasión, hasta que expiró doña Blanca víctima de su dolor, que fué debilitándola y destruyéndola, muriendo, al fin, siete años después de

tanto padecer. Pues bien: Pedro, esa víctima inocente fué mi madre, y esa mujer de tanto valor, de tanta resignación, de tantos sufrimientos, era cristiana. El amor á su Dios la hizo fuerte, invencible, sublime. Partió á la otra vida como virgen sacrificada por el indomable sensualismo de un mahometano. En esa región que vosotros llamáis gloria, en el sitio de los justos, allí está mi madre diciéndome á cada instante: «hija mía, mi querida Fátima, ama al Dios único, poderoso, al Dios de tu amante; únete al noble Pedro de Lara y sé cristiana como él.» Yo he visto, Pedro, á mi angustiada madre bañar mi frente con un mar de lágrimas; la he mirado sufrir noche y día los dolores más agudos, y, después de tanto tormento, la he contemplado ante su tirano, fuerte, invencible, superior á una criatura humana; y luego que acababa la lucha y cuando concluía de ser humillada, la he visto, conde de Lara, alzar sus brazos al cielo, bendecir á Dios, resignarse y sonreírse con la inocente niña que estrechaba entre sus brazos tiernamente. Pues bien: ese valor, tanta abnegación, tan sublime proceder, eran hijos del amor que tenía á tu Dios; de ese amor nacido en el mismo Dios, que hizo de mi madre una heroína y se la llevó al cielo, digna del Supremo Sér que la había inspirado tanto valor en el mundo. Mi madre murió; yo soy hija de Mahomad Zegrí; mi sangre es la suya; soy mora, pero mi corazón es cristiano, Pedro; mi alma es de tu Dios, y mis pensamientos y mis oraciones nunca en la mezquita se han dirigido á Mahoma, á Alá. He obedecido siempre á mi padre, porque esa era mi obligación; pero no he faltado jamás ni faltaré al juramento que hice á mi madre momentos antes de que expirase: «Amaré á tu Dios, madre mía, la dije, y puesto que tú lo quieres, obedeceré á Mahomad», y he cumplido mi palabra. Después seguí á mi padre á donde quiso; le quiero, él dice que me ama, y ahora te toca á tí, conde de Lara, determinar.

Pedro el Temerario había escuchado á la candorosa joven con un interés creciente, sufriendo mucho al oír tan triste relato, y más de una vez los dos amantes se

habían limpiado al mismo tiempo las lágrimas que asomaban á sus ojos. Convulso Lara y arrebatado por la hermosura, talento y desgracias de Fátima, cayó á sus pies, exclamando:

—¡Con que eres cristiana y amas á mi Dios y llevas en tus venas sangre de los Velascos, mis parientes y amigos! ¡Oh, esto es más de lo que yo pedía, mucho más de lo que yo esperaba! Fátima, hermosa mía, serás cristiana, me casaré contigo y Dios, á quien los dos amamos con todo el ardor de nuestros corazones, bendecirá nuestra unión y nos ayudará á llevarla á cabo. Bendita sea tu madre, tan santa como buena, que te enseñó á amar á Dios, y que unida á la mía, harto desgraciada también, ruegan al Sér Supremo por estos dos amantes tan afortunados y dichosos.

Y Pedro besó repetidas veces la mano de su adorada; volvió á sentarse, y más tranquilo ya, continuó:

—Ignoro de qué medio me he de valer para arrancarte del lado de tu padre; pero si no te entrega bien á bien, mis montañeses me abrirán paso hasta tí y te llevaré aunque le pese al tirano de tu desventurada madre. Entre tanto, cuenta con mi amor, con mi vida, con todo cuanto yo poseo, con el apoyo de mi rey y con la bondad de Dios, á quien deberás adorar noche y día, según te impuso tu madre y como te lo ruego yo ahora.

Poco después se separaron y se retiraron á descansar los dos amantes. Eran las cinco de la mañana y sus almas puras, inocentes y amorosas quedaban unidas con un nuevo lazo que las encadenaba más y más. Este era el de la religión católica, manantial inagotable del único bien que existe en el mundo y el solo que encamina á la felicidad, á la dicha eterna. Pedro y Fátima eran dignos el uno del otro; ni conocían el vicio ni había en ellos pasión ni hecho alguno que les pudiera empañar el casto y puro amor que se profesaban. Tiernos, cariñosos, satisfechos de sí mismos, durmieron sosegadamente tres horas, y al abrir sus ojos se les presentó el nuevo día tan risueño y alegre como sus pensamientos y nobles aspiraciones.

CAPITULO XII

Cita misteriosa.—Pensamiento de Mahomad.—El islamismo.—Noble resolución de Pedro.

A la mañana siguiente se volvieron á reunir los cuatro embajadores, leyeron el tratado concluído y se dispusieron á firmar; pero contra su costumbre, tomó la palabra el infante D. Juan é hizo algunas observaciones respecto de la forma con que estaba redactado aquel escrito, lo que dió lugar á una acalorada cuestión entre los príncipes moro y cristiano, concluyendo por adoptarse algunas pequeñas variaciones, que ni alteraban el fondo, ni conducían á otra cosa que á entorpecer y retrasar el despacho de aquel contrato. El conde de Lara lo comprendió así, y de un modo hábil excusó al infante castellano, disculpó las variaciones introducidas y dejó satisfechos á los musulmanes. Lara se dijo para sí: Este hombre es malo y quiere ganar tiempo, atraído por la belleza de Fátima, anteponiendo su inícuca pasión á los intereses del Estado y exponiendo el trono y hasta la vida de su hermano; á bien que yo estoy aquí, contendré sus intentos, y en último extremo... ¡Bah!, si no hay otro remedio, lo mato y habrá un pícaro menos en el mundo. Su hermano, su patria y hasta su mismo padre, estoy seguro que concluirán por agradecérmelo.

Y se retiró á su morada, donde pasó más de una hora meditando sobre la conducta y aspiraciones de su compañero de embajada. Luego se levantó y se dispuso á marchar al comedor; pero se halló sorprendido con la presencia de Mahomad Zegrí, el cual llegó á su habitación y con semblante y acento afectuoso le dijo:

—Te has retrasado un poco, mi querido conde, y temí por tu salud; por eso vengo á verte y enterarme de tu estado.

—Gracias, señor—le contestó Pedro cada vez más sorprendido de la tierna solitud del moro, y añadió:—Estoy bueno; y si hubiera sabido que me esperábais, ha tiempo que estaría entre vosotros. Partamos, pues, cuando quieras.

—Antes—le replicó el Zegrí con la mis-

ma dulzura—quisiera hacerte una pregunta, si me lo permites.

—Habla, que te oiré con gusto y te contestaré sin ambajes ni rodeos.

—Deseo que á solas tengamos una entrevista esta noche, en la cual quiero tratar contigo asuntos de mucha cuenta.

—Dime la hora y el sitio, seré puntual é iré gustoso.

Mahomad quedó pensando y luego añadió muy bajo y con misterio:

—Esta noche cuando todos duerman y solo tu y yo veamos, vendrá aquí en busca tuya un esclavo mío.

Y sin más explicaciones partieron al comedor, donde almorzaron en compañía de los restantes embajadores y de Fátima. Pedro estuvo con la bella damasquina con una indiferencia que solo ella comprendía; el infante D. Juan, por el contrario, no dejaba un instante de mirarla y de colmarla de elogios. El Temerario observaba esta conducta, se mordía el labio inferior, mas disimulaba lo que pasaba por él y hasta parecía que no lo notaba.

Concluído el almuerzo, siguieron las fiestas, siendo Fátima la reina de ellas. Se comió después, habiendo por la noche un lucido baile en los salones de Mahomad. El conde estuvo todo el día lo mismo que por la mañana, completamente indiferente á la hermosa huri, mientras que D. Juan permaneció cada vez más obsequioso y atento con ella.

A la media noche todos se retiraron á descansar. El infante de Castilla entró en su habitación enloquecido de amor por Fátima. Esta encantadora niña le tenía fuera de sí, hasta el punto de hallarse dispuesto á atropellar por todo con tal de poseer á aquella mujer, que con dificultad tendría igual en España.

Pedro el Temerario también se retiró á su aposento, se encerró en él y triste y meditabundo, se reclinó en su diván. Aho-

ra no era el valeroso joven aquel hombre que en alas de su potente bizzarria solo pensaba en combatir y vencer á los enemigos de Dios y de su patria; su corazón parecía adormecido ante la clara luz de una inteligencia que se agitaba y extendía por los espacios á donde le conducía su ardiente imaginación.

Pedro comenzaba á elevar su ingenio,



... le salió al encuentro...

haciendo que ante éste callaran y durmieran sus sentidos. Había dejado de ser gigante para ascender al sitio donde solo llega el privilegiado talento del hombre.

Más de una hora llevaba Lara de hallarse entregado á sus tristes pensamientos, cuando vió abrirse la puerta secreta que ya conocemos y entrando un esclavo de Mahomad, le dijo:

—Señor, mi amo te espera.

El conde se levantó, le hizo un ademán al africano, cerró la disimulada puerta y comenzó á andar en pos del negro hasta

llegar á la misma habitación donde la noche antes le había recibido Fátima. Mahomad estaba en medio de este aposento de pie y con los brazos cruzados; mas al ver al conde le salió al encuentro, le estrechó cariñosamente, lo hizo sentar, despidió al esclavo, cerró todas las puertas, y convencido de que nadie los escuchaba, volvió cerca de Lara y, siempre solícito y

cariñoso, se sentó á su lado. Después le pidió perdón por la molestia que le estaba causando, disculpó el hecho cuanto le fué posible, y, por último, hablaron largamente de los acontecimientos políticos del día, de los que tenían lugar en aquel palacio, del rey de Granada, de Alonso X y de las fiestas y obsequios con que el Zegrí festejaba á sus ilustres huéspedes. La cámara en que se hallaban estaba alumbrada por una sola luz, la cual daba un aspecto siniestro á los muebles y objetos que existían allí, apareciendo triste é imponente la bellísima y deliciosa estancia.

Por último, callaron los dos, quedó meditando Mahomad y al cabo de un rato le dijo al amante de su hija:

—Conde de Lara, eres el castellano más valeroso que conozco de tu reino, el hombre de corazón más

fuerte, de más habilidad, de más fortuna en la guerra. Tus hechos de armas tienen asombrada á mi caballería zegrí que es la mejor del mundo. Nada resiste al agudo acero de tu potente lanza manejada por esa mano más fuerte que nuestras montañas del Arabia. Mis caballeros y soldados todos vencedores en Jerez, Almería y en cien combates, han sucumbido ante tí, y lo que es peor, han huído... ¡ellos, mis zegríes, que hasta ahora nadie había herido sus espaldas! Alá lo ha querido así; inclinémonos, y respetemos sus sabios designios.

Calló Mahomad, pasó la mano por su frente, reconcentró sus ideas y continuó:

—Hasta hoy hemos sido enemigos, conde; mas deseo reconciliarme contigo y ser tu amigo..., y si posible fuera, algo más que tu amigo.

Y el padre de Fátima marcó sus últimas frases fijando en Pedro una profunda mirada. Este continuó inmóvil, escuchando con interés, pero sin demostrar sensación alguna. El entendido joven comenzó á ver en las cariñosas palabras del moro el principio de una intriga, y procuraba comprender y deducir y hasta adivinar, sin dejarse sorprender por el astuto y sagaz tirano de doña Blanca de Velasco. Así es, que en esta ocasión parecía una estatua de mármol. El viejo musulmán prosiguió:

—Eres el jefe de la familia más poderosa de Castilla y el hombre más rico y fuerte del reino. Con tu brazo, suerte y soldados se puede luchar contra un rey... Contra un rey, no lo dudes. Yo también soy rico y cuento con muchos recursos... Pedro, si nos uniéramos, ¿quién resistiría á nuestro poder? Y si esto es así, ¿por qué no hemos de abarcar una idea grande, magnífica, y llevarla á cabo con todo el ardor de nuestros potentes corazones? Tu cabeza puede sostener más peso que el de una débil corona de conde; á tu brazo solo debe mandarle tu cabeza; en tu cabeza sólo caben las inspiraciones de Alá. Pero te falta mundo, experiencia y un verdadero amigo... Un padre... Si lo quieres, en mí lo hallarás.

Y volvió á callar el mahometano, fijando en el Temerario otra profunda mirada. Pedro bajó la vista, meditó y alzando después la frente sin demostrar nada que pudiera indicar lo que pasaba por él, le contestó:

—Conozco tu poder, Mahomad, tu sabiduría, tu experiencia y tu alma; yo soy huérfano, es verdad; me hallo solo en el mundo, pero nací noble, muy noble; y si lo que me propones es digno de un caballero como yo lo soy, me honraré teniéndome por hijo tuyo, te abriré mis brazos, y aun cuando seas moro, te amaré y respetaré como padre.

El musulmán quería con su mirada pe-

netrar en el corazón de Pedro; mas visto que nada conseguía y que las palabras de éste tenían mucha intención y más de un sentido, le dijo:

—Conde de Lara, hablemos con franqueza y como dos buenos amigos; no me gustan los rodeos, porque se tarda más en llegar, ni las frases de dos sentidos, porque en la presente ocasión es indispensable mucha claridad. ¿Quieres contestarme franca y categóricamente?

—Sí.

—Pues bien: sospecho que amas á Fátima; la muerte de Sarracino y otros hechos más me lo han demostrado; ¿me he equivocado?

—No.

—¿Te quiere ella?

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer con la huri siendo, como eres, noble y caballero?

—Casarme con ella.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto posible.

—¿Ahora mismo?

—Si fuera posible, sí.

—¿Qué te lo impide?

—El permiso de mi rey, que aún no he pedido, y la diferencia de religiones.

—¿Y cómo vas á arreglar lo último?

—Aún no lo sé.

—¿Qué aguardas?

—Su opinión y la tuya.

—Piensas muy bien y no esperaba otra cosa de ti. Cristiano, si me ayudas, si no adargas vulgares preocupaciones, si ves la razón clara, si amas á mi hija, si tienes el talento y la ambición de un hombre de tu temple, esta noche quedará resuelta esa grave cuestión de religiones; será tuya Fátima, y un día ceñirá tu frente la corona de Abmar-ben-Mohamed. Oye y medita bien mis palabras. Tú eres como yo, descendiente de los reyes de Córdoba; no te admires, que voy á convencerte. Naciste huérfano, aun cuando conoces tu origen, ignoras parte de tu descendencia; pero yo te enteraré de todo lo que te falta saber, pues conozco los secretos y origen de tu familia mejor que tus mismos parientes. Excusado es que te hable de mí, pues nadie ignora que los zегries tenemos la misma sangre que Abderrahman V y que el desgraciado y valiente Benhud, muerto á

traición por un Abencerraje. Me concreto, pues, á la descendencia, para lo cual es preciso que nos remontemos á la Figura 388, ó sea al año 997 de vuestra era. Reinaba en Córdoba Hazan II, hijo de Abul-Abbas, príncipe Omiada, hombre indolente y dado á los placeres de la vida, si bien tuvo el acierto de elegir al gran Almanzor y nombrarlo Hadjet, permitiéndole gobernase el reino, lo que éste hizo con tal acierto y valor, que asombró al mundo con su fama. Por este tiempo vivía en Castilla D. Gonzalo Gustio, en compañía de su esposa y siete hijos, cuyo valor y bizarría veían con placer sus padres y amigos y con espanto sus contrarios. D. Gonzalo era pariente cercano de los condes de Castilla, que á la sazón reinaban, y señor de Salas de Lara, como también de otros pueblos y villas del reino. Nada le faltaba al venturoso marido y padre. Era uno de los principales grandes del reino, le amaba su esposa, y sus valientes hijos le respetaban y querían como él se merecía. Mas hubo de volverle su alegre faz la mudable fortuna, y tanto poder, dichas y ventura se trocaron en desgracias y pesares. Tenía D. Gonzalo una hermana llamada doña Lambra, casada con Ruy Velázquez, hombre vengativo, sañudo y grande también del reino. Cuentan que doña Lambra fué agraviada por el menor de sus sobrinos, por no sé qué ofensa que la historia ha reservado: pero es lo cierto, que esta señora le habló á su marido del daño recibido y despachados ambos, trataron de vengarse de un modo que horroriza, pero que llevaron á cabo. Para este fin, fingió Ruy Velázquez una intriga que no había de verificarse nunca y rogó á D. Gonzalo Gustio que partiese á Córdoba con un mensaje secreto, de cuyo resultado dependía la suerte futura de las dos familias. El infeliz Gustio cayó en el lazo, y marchó á Andalucía sin pérdida de tiempo; pero tomándole la delantera salieron dos emisarios de Velázquez con un pliego de éste para el califa de Córdoba, en el cual le pedía diese muerte á D. Gonzalo, valiéndose de otra nueva impostura. Llegó el mensajero á la capital, entregó la falsa carta al rey moro; mas comprendiendo éste algo de la intriga de Ruy, se contentó con encerrar á su cuña-

do en un calabozo, respetando por entonces su vida. Entre tanto Ruy Velázquez, cerca de Almenara, metió en una celada á los siete hermanos, hijos de Gustio su cuñado, y aun cuando aquéllos se defendieron de un modo heroico, después de descubierta la traición, sucumbieron al excesivo número de sicarios, muriendo uno tras otro los infelices hermanos. Este fué el célebre cuanto desdichado fin de los siete infantes de Lara. El infante y bárbaro tío, no contento con esto, les mandó cortar las cabezas y puestas en una bandeja de oro las mandó á Córdoba, con orden de que las entrasen en la prisión y se las presentasen al desgraciado padre, que al verlas cayó desmayado. Indignado el rey Hazan de tan aleve conducta, puso en libertad á Gonzalo y le ofreció su apoyo para que vengase la cruel acción de su cuñado; mas Gustio no pudo conseguir su objeto por ser Velázquez demasiado astuto y poderoso. El infeliz padre se retiró á su castillo, y sin fuerzas, viejo y con solo su esposa, lloraba la pérdida de sus queridos hijos, pidiendo al cielo le concediese la gracia de seguirlos al sepulcro; pero Alá no tuvo por conveniente oír su ruego, y en vez de darle la muerte, le mandó un vengador que él no esperaba y que se portó como quien era. Volvamos atrás. Mientras estuvo Gonzalo preso en Córdoba, tuvo amores con Zulema, hermana del califa, dando ésta á luz un niño, hijo de ambos, á quien su madre puso por nombre Mudarra Gonzalo. Este fruto de aquellos clandestinos y olvidados amores cumplió quince años, y sabedor del nombre de su padre y de la desgracia que le acaecía, buscó á Ruy Velázquez, le desafió, le mató, le cortó la cabeza y llevóla al viejo Gonzalo, pidiendo le reconociera. La esposa de D. Gonzalo medió en la cuestión entre el padre y el hijo natural; éste fué prohijado é hicieron una adopción solemne delante de los condes de Castilla. No contento el joven Mudarra con haber muerto á Ruy Velázquez, hizo que á su mujer doña Lambra la apedrearán y quemaran viva. De tan valeroso y atrevido joven descendi el linaje de los Laras. Mudarra Gonzalo, hijo de Zulema, hermana del califa Hazan, de la familia de los Omiadas como yo, casó después, tuvo

descendientes, siendo tu cuarto abuelo y dejando tu nombre y sangre mezclada con el nombre y sangre de la familia del santo Mahoma. Hé ahí tu origen, Pedro de Lara y mi pariente y amigo. ¿Se te ofrece alguna duda sobre el relato que te acabo de hacer?

—No.

—¿Te reconoces individuo de los Omiadas?

—Por línea materna, sí; ¿cómo he de negar lo que es cierto?

—Pues bien: cuando el hombre defiende la razón y su derecho, debe cerrar los ojos ante preocupaciones vulgares, romper todos los obstáculos é ir sin vacilar á tomar posesión de lo que le pertenece.

—No te comprendo, Mahomad.

—Quiero decirte, ilustre vástago de los Omiadas, que el califato de Córdoba es nuestro, que nos han usurpado el trono nuestros mayores y que es preciso reconquistarlo con las armas. Alonso, Sancho, Mahomad y Jacob van á encender la guerra civil en los reinos de Castilla y León; la ocasión nos convida; arma inmediatamente á tus montañeses y soldados; abre tus tesoros; yo haré lo mismo con los míos; tocaré mi bocina de guerra, y cincuenta mil valerosos alpujarreños seguirán nuestras huellas, desafiarán el peligro y á Córdoba todos... Temerario del Saucejo, ya ves que la tumba me llama; por eso quiero que antes de escuchar su voz y partir, me quede la fuerza suficiente para arrancarte esa débil corona de conde y fijar sobre tus sienes la de Cacim Abderrahman y Mohamed. Habla, conde, y no destruyas por una ridícula preocupación las ilusiones, los sueños de toda mi vida.

—Mahomad—dijo Lara con acento grave—; ni puede un caballero cristiano renegar de su Dios, ni usurpar el trono de su rey, ni hacer armas contra aquel que ha jurado defender.

—Cristiano, ¿has meditado bien lo que has dicho? ¿Sabes lo que pierdes? O estás loco ó desconoces tu derecho y tu bien de una manera lastimosa.

—Moro, antes que rendir culto á la ley de Mahoma, perdería todos los tronos del mundo, los bienes de la tierra y la mísera existencia que me da aliento.

—¿Sabes tú lo que es esa ley que tanto aborreces al parecer?

—No, ni me hace falta; me basta saber quién es mi Dios y que éste es el único que existe y á quien se debe amar.

—Tu Dios y el mío pueden ser uno mismo; pero no se trata de eso; nos hemos referido á los preceptos, á la ley escrita por Mahoma é inspirada á éste por un ángel de Alá.

—He leído algo de vuestro Alcorán y he visto en Mahoma un impostor, en su ley una mentira ridícula, aunque sabiamente escrita para alucinar y atraer á hombres criados en el desierto de la Arabia.

—Si efectivamente conocieras esa ley, no hablarías así de los preceptos del Korán. Tú, que llamas ridícula á una religión que impone la caridad, el bien común, el valor y la generosidad, oye y empieza á conocer al Profeta: Un día en que nuestro país vivía castigado por Alá como el pueblo salvaje, adorando ídolos y destruyéndose mutuamente, salió del medio del desierto una voz santa que, inspirada por Alá, dijo á aquel pueblo desventurado hasta entonces: «Hijos de Ismael, vengo á traer el culto que profesaba vuestro padre Abraham, Noé y demás patriarcas de la tierra. No hay más que un Dios, soberano del mundo, que se llama el misericordioso. No adoréis sino á él; sed benéficos con los huérfanos, con los pobres, con los esclavos y con los cautivos; sed justos con todos los hombres; la justicia es hermana de la piedad. Orad y dad limosna. Vuestra recompensa la hallaréis en el cielo en deliciosos jardines, en donde corren ríos cristalinos y en donde hay esposas siempre jóvenes, siempre hermosas y que os amarán. Pelead valerosamente contra los incrédulos y los impíos; pelead hasta conseguir la victoria, hasta que abracen el islamismo ú os paguen tributo. El soldado que muere en la batalla, irá á gozar de los tesoros de Alá. Los cobardes no podrán alargar su vida; el momento en que el ángel exterminador ha de descargar su brazo, está señalado en el gran libro» (1).

Las palabras que acabamos de poner en boca de Mahomad, son un resumen de los principios de la religión musulmana, tomadas literalmente del Korán, y entresacadas de los capítulos de la Vaca, del Viaje, de las Mujeres, del Humo, de la Conversación y de la Mesa.

—Cristiano—continuó Mahomad dirigiéndose á Pedro—, si llamas ridículos á estos sublimes preceptos, enséñame tú otros mejores.

—Esas máximas son, efectivamente—replicó Lara—, del Korán, libro escrito por Mahoma, encerrando muchos absurdos, ideas incoherentes y algo de sublime y moral; es el Código de vuestras leyes sagradas y civiles, y Mahoma, su autor, fué hombre de talento, pero ambicioso, impostor y solo hombre; mientras que la religión católica, que yo tengo á dicha profesar, está escrita por Dios, por el verdadero, por el único Dios, y por sus discípulos, sacrificados casi todos, como su Divino Maestro, en suplicios afrentosos y en los que expiraron pobres y predicando esa caridad, abnegación y sublime moral que tú encomias; pobreza, caridad, abnegación y sublime moral, que no tuvo nunca vuestro rey Mahoma. Moro, no te cito ninguna máxima del Evangelio, porque nunca ha cabido comparación entre la verdad y la mentira, entre lo grande y lo chico, entre lo santo y lo profano y entre lo bueno y lo malo. Y no hablemos más de esto, porque ni tú puedes hacerme á mí malo, ni yo creo poder convencerte ni obligarte á ser bueno.

—¡Es decir, que nunca serás mahometano!

—Jamás.

—¿Ni quieres un trono?

—A ese precio, no.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí.

—¿Y no te pesará después?

—Imposible.

—Pues bien: nieto de Mudarra Gonzalo descendiente de los Omiadas, puesto que reniegas de tu ascendencia real y puesto que rechazas mis proposiciones, yo conquistaré á Córdoba y legaré el trono de los califas al marido de Fátima.

Y sin esperar contestación, salió el moro de allí encendido su rostro, llena de coraje su alma, meditando una terrible venganza contra el noble y caballero cristiano.

Pedro se levantó de su asiento, miró con calma la actitud imponente del Zegrí y cuando éste hubo salido, se dijo para sí:

—No te temo, miserable musulmán; con la ayuda de Dios y con mi lanza te desafío á tí y á todos los tuyos.

Y se retiró á su habitación; pero al cruzar por un pasillo estrecho y obscuro, oyó la tierna y dulce voz de una mujer, que cerca de él y muy quedo, le dijo:

—Bien, Pedro, muy bien; seré tuya ó moriré; tu Dios es el mío, mi corazón el tuyo y nuestras madres velarán por nosotros. Adiós y cuenta siempre con mi amor.

Aquel vibrante acento detuvo á Lara, hizo palpar su corazón de júbilo y exclamó:

—Adiós mi hermosa Fátima, yo velaré por tí.

Y con la mayor tranquilidad entró el joven en su aposento, fijó el diván en la puerta secreta, se desnudó y se acostó diciendo:—Dios mío, ayúdame en este borrascoso mar donde navego. Duerma esta noche, y mañana obraré.

Cinco minutos después paralizó su fuerte materia el tranquilo sueño que se tiene á los veinticinco años de edad.

CAPITULO XIII

Intrigas.—Emisarios.—Campo de Agramante.—Humillación del infante y del Zegrí.—

Llegada de los montañeses.

A la mañana siguiente volvieron á reunirse los cuatro embajadores, acompañados de Mahomad. Este se presentó demostrando en su actitud y miradas el coraje que encerraba su corazón. D. Juan se sentó con semblante altanero y desdénso. Pedro el Temerario los observó á todos, y

se dispuso á luchar en el campo del debate y de la intriga, demostrando la indiferencia que era menester para no ser sorprendido por nadie, y los embajadores granadinos se sentaron con la urbanidad, compostura y reserva que anteriormente

Los enviados del califa de Granada sa-

caron el convenio celebrado, puesto en limpio, con las variaciones acordadas el día anterior, y leídas que fueron, invitaron al infante castellano á que firmase el primero, pero éste se disculpó alegando que debía mandar antes de estampar su rúbrica una copia á su hermano D. Sancho, declinando de este modo una responsabilidad que no se atrevía á tomar sobre sí. Muza y Abenamar combatieron esta idea, fundándose en lo urgente del caso, en los amplios poderes que unos y otros tenían y en lo justo y racional del contrato. El infante continuó negándose, pero con palabras y ademanes impropios de su alta misión; los granadinos se ofendieron de las maneras y brusco lenguaje del castellano, concluyendo por enredarse en una acalorada cuestión; visto lo cual por el Zegri, tomó parte en el debate, defendió á D. Juan y embrolló y complicó cuanto pudo con sus palabras la disputa del cristiano y los granadinos musulmanes.

El conde de Lara presenciaba aquel terrible incidente mudo espectador y comprendía perfectamente que el infante don Juan solo se proponía prolongar su estancia en aquel palacio y la causa que á ello le impelia, para lo que contaba con el apoyo del astuto Zegri, el cual iba aún más allá, pues intentaba nada menos que impedir la unión de Sancho IV con el rey de Granada. La entrevista que tuvo con Pedro la noche anterior, le hizo pensar de otro modo; mas el atrevido Lara, que sabía por lo menos tanto como Mahomad, adivinaba los proyectos de éste y del infante, y se preparó á luchar con ambos de un modo admirable en un novel diplomático. Dejó, pues, que los cuatro gritasen y se acaloraran cuanto era posible, y en el momento de más voces, ardimiento y desorden, se acercó á Muza, y muy quedo, y con el mayor disimulo, le dijo:

—Levantad la sesión y retiráos; ved que esto es una horrible intriga. Yo os buscaré inmediatamente.

Estas palabras contuvieron el ardor del infante granadino, le hicieron pensar, y, comprendiendo á Pedro, hizo un saludo á sus contrarios, cogió á Abenamar del brazo y salió de allí á pasos acelerados, dejando sorprendidos á D. Juan y á Mahomad. Ensoberbecido el último y hallando

propicia la ocasión, fué á coger el contrato que había quedado sobre la mesa con ánimo de arrojarlo al fuego; mas conociendo Lara la intención, lo tomó antes que llegara á él la mano del otro, diciéndole:

—Tú no eres embajador ni esto te pertenece.

—Pero yo lo soy—contestó con ira don Juan—y lo quiero como hermano del rey D. Sancho y como embajador.

—Y yo, como Pedro de Lara—le respondió éste—me lo guardo, y el que lo quiera que venga por él. Y fijó su diestra en la empuñadura de la espada.

D. Juan tembló de ira; pero tuvo que bajar la vista ante la aterradora mirada del Temerario. Mahomad, dirigiéndose entonces al infante, le dijo aparentando la mayor calma:

—Señor, salgamos de aquí, pues deseo hablar á solas contigo.

Y cogiéndose D. Juan al brazo de su nuevo amigo, partieron sin saludar al joven conde y sin volver la vista atrás.

El del Saucejo los siguió á larga distancia sin ser visto ni oído por éstos, hasta que los dejó encerrados en una torre situada en uno de los extremos del palacio. Convencido entonces de que no saldrían de allí en algún tiempo, y comprendiendo el intento de ambos, se dirigió á pasos acelerados á la estancia de Muza, entró, sacó el contrato, lo firmó en presencia de los granadinos y les dijo:

—Autorizad estos documentos y mandadle uno inmediatamente al califa; antes de un cuarto de hora saldrán mis caballeros con el otro en busca de D. Sancho.

—Pero, ¿y la firma de D. Juan?—preguntaron los embajadores musulmanes.

—¿Estáis ciegos?—les contestó Pedro—¿no habéis comprendido que la acalorada disputa que tuvisteis con el infante y Mahomad la motivó el que uno quiere retrasar este convenio para fines particulares, y el otro pretende que no se lleve á cabo? Sed francos, señores: si habéis venido aquí como yo de buena fe; si vuestro rey os manda como á mí el mío, deseo que se efectúe esta unión para ser un aliado y amigo verdadero de D. Sancho, decidlo; si no fuera así y os tenéis por nobles y caballeros, declaradlo sin rodeos y aca-

bemos de una vez, pues no es propio de hidalgos corazones la mentira y el fingimiento.

—Venimos de buena fe—dijo Muza con gravedad—y mi hermano quiere lo mismo que tu rey. Tampoco á mí me gustan la mentira ni el engaño; y puesto que tú, al parecer, estás más enterado que nosotros de lo que aquí ocurre y eres tan valiente cómo caballero, habla, dínoslo todo y cuenta con nosotros, como tu rey contará con mi hermano.

—Muy bien, señores; fío en vuestra hidalguía y deseo que todo lo sepáis, á fin de que unidos destruyamos los planes de esos hombres. En pocas palabras os lo voy á explicar, porque el tiempo vuela y es necesario anticiparnos á los sucesos. Oídme:

—El infante D. Juan ama á Fátima y antepone su inicua pasión á los intereses del Estado y al buen desempeño de la elevada misión que le ha confiado su monarca. A ese hombre le falta talento, corazón y nobleza. En cuanto á Mahomad, pretende nada menos que, prevalido de la guerra civil que amenaza á Castilla, meterse en los Estados de tu rey y de mi soberano, hacerse dueño de inmensas tierras, y formando de nuevo el califato de Córdoba, sentarse sobre un trono y gobernar desde él. Funda su pretensión en que dice ser descendiente de los reyes de Córdoba, y anda buscando amigos y parciales que le ayuden en su atrevida empresa.

—¿Será posible!—exclamaron los dos mahometanos sin acertar á dar crédito á las palabras de Pedro.

—El mismo—añadió éste—me ha declarado su intento y ha querido que abrazara sus banderas, para lo cual me ofrecía la mano de su hija y la herencia de ese trono tan anhelado por él. Hay más: en este instante habla con D. Juan y acaso acaso lo halle dispuesto á favorecer sus deseos.

—¡Infames!—dijo Muza con indignación—se rebelan contra dos reyes poderosos, empezando por valerse de torpes amaños. Pues bien: castigüemos tan inicua traición y tan torpe osadía. Y tú, noble cristiano; tú, el valiente sobre los valientes, el hidalgo, el mejor caballero que tiene Castilla; tú, cuya frente encierra tanto poder como fuerza tu robusto brazo; tú, que todo

lo sabes, lo adivinas y lo comprendes, habla; ¿qué hacemos? Cuenta con nosotros y dispón con arreglo á tu saber, con toda la energía de que eres capaz.

—Gracias, señor; acepto tan honroso encargo, porque ahora estoy seguro de agradarte. Oid ambos: sin perder un momento, mandad á vuestro rey ese contrato firmado, enterándole de todo cuanto ocurre; á la vez rogadle que os envíe lo antes posible una orden para llevaros preso á Mahomad; mi declaración os puede servir de pretexto y de fundamento para tenerlo el resto de su vida en un calabozo. Haced esto inmediatamente, encargando al mensajero que vaya y vuelva volando y que se venga acompañado de dos mil caballos para lo que pueda ocurrir. Llevado esto á cabo con el mayor sigilo, buscad los dos á Mahomad, encerráos con él y permaneced allí hoy y mañana y todo el tiempo posible, pidiéndole explicaciones sobre su conducta de esta mañana; provocad cuestiones y entretenedlo, por último, para que, lejos de adelantarse á nosotros, lo inutilicemos lo necesario. En cuanto á mí, no me descuidaré un momento. Mandaré á D. Sancho ese contrato, le enteraré también de lo que ocurre, dispondré que vengan dos mil montañeses que dormirán aquí esta noche, y se fijarán en la raya de Castilla cuatro mil soldados que impedirán toda comunicación entre el infante D. Juan y los castellanos. ¿Qué os parece mi plan?

—Lo aprobamos en todas sus partes—dijeron Muza y Abenamar—y nos disponemos á llevarlo á cabo ahora mismo en la parte que nos concierne. Lo único que veo difícil—añadió el primero—, es lo crítico de tu posición al lado de un infante á quien te verás obligado á obedecer como á jefe y señor.

—Te equivocas; D. Juan tendrá que sufrir aquí mi ley.

—¿Cómo te vas á componer?

—Contrabalanceando su poder con el peso de mi espada.

—Entiendo, y que Alá te guarde, poderoso conde, pues has dicho que el tiempo corre, y te sobra razón.

—Que Dios os ayude y proteja nuestra causa, nobles señores. Cuando todo esté concluido, volveré á estrecharos la mano.

Y despidiéndose de ellos, entró en su habitación y cada cual se encerró y comenzaron á escribir.

Dos horas después tres caballeros castellanos y uno árabe, con sus correspondientes escoltas, corrían en diferentes direcciones, llevando consigo un pliego y la orden de llegar al punto de partida lo antes posible. Los tres primeros iban á Castilla, mandados por Pedro; el otro partía á Granada por disposición de Muza. Los embajadores musulmanes, participando de la indignación de Lara y de sus nobles sentimientos, obraban con la mejor buena fe, hallándose dispuestos á secundar á aquél en sus justos deseos y aspiraciones.

Cuando el Temerario concluyó de escribir y mandó los pliegos, dió la orden terminante para que los individuos de su escolta se retirasen á las habitaciones del palacio que les estaban destinadas, pusieran centinelas y estuviesen preparados lo mismo exactamente que si se hallasen frente al enemigo. Hecho esto con toda la prontitud que el caso requería, cubrió su cuerpo de acero como en los días de combate y fué á salir; pero le detuvo un golpe que oyó cerca de sí; miró en torno y halló á tres pasos de distancia un finísimo y perfumado pergamino, liado en una diminuta piedra. Lo deslió, vió la letra de su amada y leyó lo siguiente: «No comáis ni bebáis manjar alguno, ni aspiréis las esencias que os ofrezcan los criados de mi padre. Guárdate mucho tú, tus caballeros y soldados y los amigos que tengas en este palacio; el lobo busca la ocasión, y es astuto, sagaz y poderoso. No pases cuidado por mí, viva ó muerta seré tuya, únicamente tuya. Mientras estés en mi casa me toca á mí velar por tí, y lo haré, para lo cual tengo criados que me aman y que no me venderán; mas guárdate cuanto puedas, toda precaución es poca contra el dueño de esta casa. Pedro, mi adorado Pedro, áname mucho y cuenta con que anhelo el instante de estar á tu lado y profesar la religión de mi desgraciada

madre; oiga yo tu voz y correré hacia ti para siempre.—Fátima.»

Lara besó con amoroso afán aquel escrito, exclamando:—¡Qué buena es! Dios ha querido que en ella se purifique la negra sangre que recibió de su inicuo padre. En cuanto á tí, lobo astuto y miserable, yo levantaré una terrible valla donde se



... vió la letra de su amada y leyó lo siguiente...

estrellen tus intentos, y, en último caso... ¡bah!, en caso necesario ésta mediará entre los dos, y todo será cuestión de un instante.

Y oprimiendo la empuñadura de su espada, salió de allí, se dirigió á las habitaciones que ocupaban los suyos, los revisó, mandó que trasladasen su cama á uno



de aquellos aposentos, y dando las órdenes terminantes para que ninguno se separase de su puesto, partió en busca de D. Juan. Este no había regresado aún, y entonces el conde trató de enterarse personalmente del sitio donde se hallaba; pero bien pronto se convenció que permanecía encerrado con Mahomad en la torre donde ha tiempo se dirigieron.—¡Bien!—exclamó Pedro—; las dos culebras tardan en ponerse de acuerdo, mejor; cuando se entiendan ya será tarde probablemente para que puedan enroscarse en mi garganta. Y seguidamente entró en la habitación de Muza y de Abenamar. Los moros estrecharon con afecto la mano del cristiano, le hicieron sentar entre ambos y le participaron que ya habían cumplido fielmente el encargo de ambos. El conde les refirió también lo que había hecho, y luego añadió:

—Es conveniente que abandonéis estos salones y os trasladéis entre los individuos de vuestra escolta, como yo acabo de hacer. Tened entendido que Mahomad y D. Juan se han de valer de todos los medios imaginables para dar fin de vosotros y recurrirán hasta á lo más inicuo cuando comprendan que les hemos tomado la delantera, que estamos unidos y que no hay camino posible que les lleve á puerto seguro. No comer, ni beber, ni aspirar perfumes de este palacio, ni caminéis solos, ni durmáis mucho; el lobo os acecha y dará fin de vosotros si cometéis el menor descuido; si tal desgracia ocurriese, juro por el alma de mi madre vengar vuestra muerte; pero evitarla á todo trance, pues nuestros reyes y nuestras patrias nos necesitan, y es preciso que triunfen los buenos y que sólo perezcan los malos.

Atónitos escuchaban los granadinos las advertencias terroríficas del Temerario, y conociendo su indomable valor comprendieron que estaban rodeados de asesinos y vieron claro el grave peligro que les amenazaba. Agradecidos á tan noble y leal amigo, lo colmaron de elogios, prometieron seguir sus instrucciones, y, en caso de tener que recurrir á las armas, acompañarle á todas partes. Los dos moros, que eran valientes, simpatizaron con aquel enemigo tan digno de ellos, y concluyeron por hacerse amigos íntimos y

aliados verdaderos. Trataron luego de los medios de verse á menudo y del modo de proveerse de alimentos, agua y todo lo necesario sin tener que recurrir para nada á los criados y dependientes de Mahomad. Cuando estaban concluyendo de arreglar estos asuntos, entraron varios caballeros de Lara y le participaron que don Juan y Mahomad habían entrado en sus respectivas habitaciones.

Media hora después, aquel suntuoso palacio, centro poco antes de fiesta, galanteos, cortesanía y noble hospitalidad, se hallaba convertido en una torre de Babel. Por sus patios, galerías y salones corrían soldados y caballeros; se daban gritos, voces desaforadas, órdenes, contraórdenes, se desnudaban corvos alfanjes y brillaban aceros castellanos, y el nombre de Pedro el Temerario se oía doquier, infundiendo, como en los días de la lucha, valor á unos, miedo á otros y terror á los más. Fátima era conducida entre soldados moros á un torreón muy elevado, que, unido al palacio por una estrecha y cubierta galería ó pasillo, formaba un cuerpo separado del alcázar. Los embajadores granadinos, entre varios de sus caballeros, cuestionaban con Mahomad dando fuertes voces. Y, por último, D. Juan y Lara estaban encerrados en un gabinete, el cual se hallaba rodeado de castellanos adictos á Pedro, espada en mano, pero silenciosos y graves.

Desistimos de hacer una descripción exacta de lo que pasaba en todo el recinto de aquel extenso y bellissimo palacio, convertido ahora poco menos que en un campo de Agramante, porque sería imposible relatar con exactitud los acontecimientos que empezaban á sucederse. Sepamos, pues, lo que ocurre entre los dos rivales D. Juan y Lara, y poco á poco iremos conociendo lo demás.

Luego que el conde supo la llegada del infante á su aposento, se despidió de Muza y de Abenamar, y mientras éstos corrían en dirección de Mohamad, partió aquél, seguido de algunos caballeros, en busca de su compañero de embajada. Llegó al gabinete en que estaba, hizo que lo cercasen los suyos, abrió luego, entró solo cerrando la puerta con los dos pasadores que ésta tenía, y se dirigió á D. Juan. Este se hallaba escribiendo, pe-

ro al notar la llegada de aquél, guardó el pergamino, se puso en pie y, sorprendido del traje y actitud de su rival, le dijo:

—¿Qué queréis? ¿Por qué entráis de ese modo en mi habitación sin miramiento alguno y armado de punta en blanco?

—No os admire nada de eso, señor infante—le contestó Pedro con calma—; represento aquí al rey D. Sancho IV, y estoy rodeado de enemigos que pienso confundir, según mi costumbre, en bien de mi patria y soberano; pero que siendo poderosos, debo estar alerta y prevenido. El modo brusco con que he penetrado aquí no debe extrañaros tampoco, estoy provocado á una guerra, y en tales momentos, me vuelve Dios tan brusco, D. Juan, que atropello por todo, destruyo, aniquilo, deshago y pulverizo entre mis duras manos á mis enemigos, sus castillos, propiedades, hijos, parientes, amigos y deudos; como que por eso me llaman el Temerario. Yo creía que me conocíais, pues aun cuando hace poco que me tratáis, dicen que mi fama corre por el mundo, y hasta añaden que asusta mi nombre.

—Todo eso será muy cierto, señor de Lara—contestó D. Juan con algo de pavor—; pero no me explica vuestra falta de respeto y consideración á un infante de Castilla, al hermano de vuestro rey.

—Aquí no hay infantes—dijo Pedro con altanería—, aquí hay solo dos hombres con espada en el cinto. Ambos debiéramos representar en esta casa á D. Sancho IV, pero hay uno que ha faltado á su patria y á su rey, y otro que, lleno de indignación por acción tan inicua, arroja sobre la cara del primero todo el baldón de los hechos que ha practicado. Ahora podéis comprender la causa de mi brusca entrada, de la falta de un respeto que nunca os he tenido, que jamás os tendré.

—¡Es decir—contestó D. Juan—, que suponiéndome acciones mal interpretadas y completamente desfiguradas, me tenéis por criminal y venis á desafiarme! ¡Y para herirme á mí, que visto un traje de seda os cubris de acero y os ceñís vuestra mejor espada! Gracias por el honor que me estáis haciendo, valeroso campeón del Saucejo.

Miró Lara á su rival con el mayor desdén, y le replicó:

—No vengo á desafiaros, ni necesito contra vos y todos los vuestros de mi traje de guerra. Cuando entre dos hombres hay uno que no se quiere pelear, toda provocación es inútil, y yo estoy seguro que vos no queréis batiros conmigo.

—Ahora no, pues representáis á mi hermano y es sagrada la misión que os detiene aquí. Más adelante, ¡quién sabe!...

—No lo creáis; ni ahora ni luego queréis batiros conmigo, me lo dice vuestro semblante. D. Juan, el que no rehuye la lucha, no se escuda con su posición ni nada le detiene; yo de mí sé decir que estoy dispuesto siempre á empuñar la lanza ó á desnudar la espada delante de todo el que me provoque, sin exceptuar del rey abajo ninguno. No desciendo á explicaros la causa que me obliga á venir en traje de guerra, porque vos mismo la sabéis y los acontecimientos que estamos ya tocando os la aclararán todavía más. Me limito á decirlos que no pienso desafiaros á no ser que me provoquéis, en cuyo caso os mataré, vestido, desnudo ó como vos queráis, con vuestra voluntad ó sin ella.

—Entonces, ¿qué queréis?

—Vengo á pedir os explicaciones de vuestra conducta como embajador.

—Esas, como vos, solo se las daré al rey mi hermano.

—Perdonad, pero han llegado las cosas á un extremo que es indispensable me las déis á mí.

—Nunca. ¿Con qué derecho ni quién sois vos para exigir eso?

—D. Juan, preveo que vamos á estar cuestionando todo el día y vais á concluir porque lleguemos al extremo que teméis; por consiguiente, empezad por donde os he indicado y acabaremos más pronto.

Así sucedió efectivamente, porque así quería Pedro que sucediera. Atemorizado D. Juan mas no pudiendo explicar su torpe conducta, iba de rodeo en rodeo, rehusando contestar unas veces, hablando otras ambigüamente, sin apercibirse que la idea del Temerario era solo la de estorbarle que diera principio á desarrollar sus planes, ganar tiempo é inutilizarlo por aquel día. El infante trató por todos los medios posibles de concluir aquella fatal entrevista, pero nada consiguió; estaba encerrado, rodeado de parciales de Pedro y frente á

un león cuyo aliento le aterraba. Entre los muchos pretextos de que se valió para huir de allí fué uno la necesidad que efectivamente tenía de tomar alimento, pero ni aun esto fué suficiente para que su tenaz enemigo le dejara partir, que le apostrofaba de esta manera :

—¿Quién piensa en comer cuando se están tratando asuntos de Estado de la magnitud de los que nos ocupan ahora? ¡Ah, valiente D. Juan! Bien se comprende que vuestros gloriosos hechos de armas fueron tan rápidos y veloces como el genio que brilla en vuestra frente; yo no tuve esa suerte, la mitad de los días de mi vida los he pasado sin comer, corriendo detrás de los esforzados zегries vuestros amigos; detrás, infante, porque habéis de saber que ni mis montañeses ni yo hemos corrido jamás delante.

De este modo entretenía Lara á D. Juan, el cual le escuchaba con tanto disgusto como miedo.

Ya estaban así nueve ó diez horas; hasta las palabras le faltaban al ardiente Pedro y al fatigado infante; el día caminaba por momentos á su término para dejar su lugar á una noche tan clara y bella como la mejor en Andalucía. El Temerario se asomó entonces á un balcón que daba frente al camino de Castilla, y permaneció allí diez minutos, creyendo distinguir en lontananza un objeto deseado. Al cabo de este tiempo brilló en sus labios una alegre sonrisa, y volviéndose un poco hacia D. Juan le dijo:

—Señor infante; vos, que sois hijo de un rey sabio y hermano de un monarca valiente, acercáos, si gustáis, y veréis un magnífico cuadro. Para vos, que sois tan bizarro y que amáis tanto á vuestra patria y rey, será grato contemplar unos cuantos perros de presa de esos que de cada dentellada concluyen con un moro y han sido y son los primeros defensores del estandarte castellano. Vedlos bien, mirad qué rostros tan curtidos y cicatrizados, qué negros y qué feos; pero notad la musculatura de sus desnudos brazos, el grueso de sus muñecas, lo feroz de sus semblantes y la agilidad de sus piernas después de haber corrido siete leguas á ese mismo paso sin descanso ni alimento alguno.

Lleno de sorpresa D. Juan, se acercó á

Lara, miró y vió efectivamente una gran polvareda, y envueltos en ella, correr á varios montañeses, tal cual se los había retratado el conde. Venían en desorden, á todo correr, mal vestidos, pero provistos de armas, si bien unos llevaban picas, otros hachas, algunos mazas y cada cual el instrumento guerrero que más convenía á su gusto y habilidad. Para llegar al castillo, tenían necesariamente que pasar por debajo de los balcones donde estaba el conde.

Tres minutos después, los que venían delante llegaron á los muros que precedían al palacio, rompieron una puerta que fué lo primero que les impedía el paso; uno de ellos escaló las murallas, subió al puente, bajó el rastrillo y en confuso tropel penetraron todos hasta llegar á la fachada del alcázar. Pedro entonces, asomándose cuanto pudo al balcón y alzando su robusta voz, les dijo:

—¡Bien, muy bien, mis bravos montañeses!, por María y la Cruz que llegáis tan á tiempo como yo esperaba.

—¡Pedro!...—exclamaron todos mirando á su señor y levantando sus aceros.—¡Viva Pedro el Temerario!—volvieron á gritar con ronca voz y miradas aterradoras.

—Dad la vuelta—les dijo Lara—y por la segunda puerta que halléis, subid y uníos á mi escolta, y que vengan ahora los ejércitos de Roma contra mí.

Los montañeses obedecieron y entraron en el alcázar, sin que nadie se atreviera á estorbarles el paso. El conde se retiró del balcón y el infante hizo lo mismo, preguntándole á aquél:

—¿Queréis explicarme, señor de Lara, quién ha llamado á esos hombres y qué vienen á hacer aquí?

—Con mucho gusto, D. Juan; yo soy quien los ha hecho venir, porque con esos dos mil hombres y mi escolta me bastan para abrirme paso por medio del primer ejército del mundo. Y como estoy cercado de enemigos poderosos, de gente muy traidora y de perversos asesinos, he procurado dar el apoyo necesario al segundo representante de vuestro hermano, para que nadie le estorbe el llenar cumplidamente la difícil misión que su rey tuvo á bien conferirle.

En esta instante llamaron á la puerta.

Pedro abrió, y uno de los caballeros que rodeaban el gabinete se presentó en el umbral y le dijo:

—Señor, acaban de llegar dos mil hombres escogidos de entre vuestros más fieles montañeses, vienen mandados por un capitán de los que dejásteis en Osuna, el cual quiere hablaros y entregaros á la vez varios despachos que le han dado para vos.

—Que pase al instante—contestó Lara.

El caballero se retiró, dejando entrar al capitán anunciado.

—Dadme esos pergaminos—le dijo su señor—y esperad mis órdenes fuera de aquí.

—Debía deciros, señor conde...

—Basta—replicó Lara, interrumpiéndole—; salid y aguardad en mis habitaciones. Con vuestro permiso, señor infante.

Y desliando los despachos, los fué recorriendo uno por uno el Temerario, los guardó después y le dijo á D. Juan:

—Siento haberos molestado tanto, y os ruego me perdonéis en gracia á las altas cuestiones de Estado que me he visto obligado á tratar con vos, mi compañero de embajada. Os dejo libre de mi enojosa presencia, pudiendo hacer en adelante todo aquello que mejor cuadre á vuestros nobles intentos.

Y partió de allí, brillando en su semblante una satisfacción desusada en él.

El infante le vió salir, cerró la puerta y cayó sobre un diván exclamando:

—¡Ah, Pedro de Lara, cuánto me has hecho sufrir! Pero yo juro que has de morir muy pronto, sea de la manera que quiera; el medio no importa con tal de que arranque tu vida. Y escondió su rostro entre las manos, asomando á sus ojos dos lágrimas que engendraron la rabia, el rencor y la ira que mecían ha tiempo su negro corazón.

El conde, seguido de los caballeros que le esperaban á la puerta, pasó á sus habitaciones, se sentó, pidió un pedazo de pan del que traían sus montañeses y una copa de agua. Entregado después á profundas meditaciones, comía á la vez, hasta que dió fin del frugal alimento; bebió el contenido de la copa, y seguidamente hizo llegara hasta él el capitán que había conducido los hijos de la montaña.

—Hablad ahora—le dijo—cuanto queráis.

—Señor—contestó aquél—, vuestro escudero me encarga os participe que yo mismo he visto tomada la raya por fuerzas numerosas que obedecen las órdenes de Lázaro; que os asegure el exacto cumplimiento de cuanto le habéis prevenido, pudiendo estar tranquilo de que nadie pasará la frontera sin su venia y previo reconocimiento.

—¿Nada más ocurre de particular?

—No hay otra cosa, señor conde, sino que Osuna y sus alrededores están consternados por la presencia del Solitario, el cual se ha dejado ver tres ó cuatro veces en los días que faltáis de allí.

—¿Y qué tiene de particular eso para infundir miedo á los hijos de Osuna?

—Creen que es un espíritu sobrenatural, y suponen, no sin fundamento, les augura una próxima catástrofe.

—Está bien; disponed que salgan inmediatamente varios de mis soldados, que compren provisiones para mañana, vasisas y cuanto sea necesario para el servicio, lo mismo que si estuviéramos en un campamento; y os advierto á todos que nadie beba agua estancada, ni coma cosa que no la haya probado antes algún perro; de hacer lo contrario, os puede costar la vida. Quiero, además, que mis montañeses coman bien y tengan cuanto les haga falta; decidles de mi parte que no salgan de esas contiguas habitaciones, ni hagan demostración alguna sin orden mía. Vos cuidaréis del oro que os ha entregado Lázaro, abonando á todos doble sueldo los días que permanezcamos en este alcázar.

El capitán se retiró de la presencia de Pedro, á cuya habitación llegaron luego Muza y Abenamar que, seguidos de varios caballeros abencerrajes, entraron brillando en sus labios la sonrisa y en sus rostros una agradable satisfacción.

—Por Alá—dijo Muza sentándose al lado de Pedro y estrechándole la mano—, que no sé qué admirar más, si el brío y carrere de tus fieros montañeses, ó la cara compungida, pelos descompuestos y siniestra mirada con que D. Juan se acaba de presentar en la habitación de su amigo

Mahomad. ¿Qué has hecho con el infante para ponerlo en tan lastimoso estado?

—Poca cosa, señores—respondió Lara: me encerré con él y le he tenido hasta ahora preso y humillado. Quiso ser infante é imponerme su voluntad, como vosotros con razón habíais presentido. Pero como yo os aseguré, contrabalanceó perfectamente su poder el peso de mi espada. ¿Y Mahomad, cómo queda?

—En el mismo estado, poco más ó menos que D. Juan; ese ha sufrido también el peso de nuestro poder y ha temido á nuestros alfanjes. Mas después de diez horas de polémica y aburrimiento, queda como tú afirmaste: dispuesto á usar con nosotros de todas las maldades que le sugiera su innegable talento y poderío. De no habernos adelantado tanto, por Mahoma que el fiero Zegrí, ó acaba con nosotros, ó nos da mucho que hacer. Primeramente se valió de mil medios hábiles, ingeniosos y hasta oportunos para convencernos de una bondad que no tiene, para ganarnos y para perderte; pero lejos de conseguir su intento, lo sonrojamos, le hicimos ver la distancia que hay de tu nobleza á su torpe conducta. Pidió y rogó, nos recordó quiénes éramos y quién era él, y nos reimos de sus palabras; luego nos echó de su habitación con palabras galantes unas veces, duras otras y hasta con insultos; después nos amenazó, juró mil veces vengarse de tanto ultraje, y acabó de enrojecer su semblante la llegada de tus bravos montañeses, que miró convulso desde uno de sus balcones. Les hemos ganado en toda regla la primera batalla á que nos han provocado; el día de hoy se-

rará de eterno recuerdo para el atrevido conquistador de Córdoba; sigamos dos días más así, que al tercero mi noble hermano coronará nuestra obra.

—No temáis—añadió Pedro— á D. Juan, Mahomad y los suyos si intentasen atacarnos frente á frente, bien sea en el alcázar ó bien en campo abierto; pero guardaos mucho de sus arteras mañas, de sus mortales venenos y de tener el más leve descuido, porque en este terreno toda precaución es poca.

—Lo haremos así, y puesto que hasta ahora has tenido la dirección de todo, dinos qué debemos hacer esta noche.

—Tomada la delantera, ganada la primera batalla, inutilizados ellos por hoy y ejecutado por nosotros lo necesario para asegurar el porvenir, dormid poco esta noche, velad mucho, que mañana nos veremos. Ya habréis notado que mi gente ha tomado toda el ala izquierda del palacio con el objeto de que mis centinelas se comuniquen con los vuestros y tengamos expedito el camino para hablarnos continuamente. Encerráos entre vuestros caballeros, que los individuos de vuestra escolta permanezcan como si se hallasen al frente del enemigo, y que no pidan ni acepten nada del palacio; si algo les hace falta, mis soldados se lo darán.

Con esto se despidieron los tres aliados, estando prevenidos para todo accidente que pudiera sobrevenir. Eran valientes, osados y no temían la muerte, mas no querían ser sorprendidos y aniquilados neciamente por las dos serpientes que tenían cerca de sí.

CAPITULO XIV

D. Juan declara su pasión á Fátima.—Atentado horrible.—Moros y cristianos.—Regreso de los emisarios.

Eran próximamente las diez de la noche. D. Juan salía muy satisfecho del aposento de Mahomad, dirigiéndose á la torre donde tenían encerrada y muy custodiada á la hermosa Fátima; llegó á la puerta, y llamó, sin que nadie le contestara; volvió á golpear, y al poco tiempo

se abrió un ventanillo y apareció el rostro de un soldado musulmán, que preguntó con ronca voz:

—¿Quién eres y qué quieres?

—Soy el infante D. Juan y deseo ver á Fátima.

El moro se retiró y al poco tiempo re-

gresó acompañado de otros dos, los cuales, después de reconocer al castellano, abrieron diciéndole:

—Puedes entrar; para tí no hay puerta cerrada en el palacio, ni los servidores de Mahomad podemos desobedecer tus órdenes. Pasa, gran cristiano, y que Alá te premie la amistad que te une á nuestro amo y señor.

Uno de los moros cogió una linterna y atravesó, seguido de D. Juan, el estrecho pasillo que unía la torre con el alcázar; después comenzaron á subir una escalera de caracol angosta é incómoda, y á los cincuenta pies de ascenso se detuvieron; llamaron á una puerta, que abrieron después de haber reconocido á los recién llegados, los cuales penetraron en una especie de cuerpo de guardia, donde había diez musulmanes armados con alfanjes y mazas. Al ver á D. Juan, todos se pusieron en pie y le abrieron paso. Este, precedido de su guía, cruzó aquella habitación, entró luego en una hermosa galería y después en un espacioso salón donde le hizo sentar el de la linterna, preguntándole:

—¿Qué se le dice á mi señora Fátima?

—Que el infante D. Juan—contestó éste—desea merecer la honra de hablar con ella sobre asuntos que á ambos interesan, y que espera se digne recibirlo.

Le hizo una reverencia el musulmán y salió.

El castellano se presentaba en la torre con una satisfacción interior y una osadía en sus miradas poco comunes en él; parecía que su corazón, humillado y abatido por la tarde, había reconquistado su poderío, que no tuvo nunca, y le daba ahora la arrogancia de un altanero vencedor; su obscura inteligencia é imaginación exigua sólo veían en este momento un porvenir, tal vez sangriento, pero agradable y risueño para el necio infante, que aceptando los inicuos planes de Mahomad, creía realidades las más ó menos fundadas esperanzas del Zegrí. Y no contento con que muriese su compañero de embajada, el más noble y valeroso de los castellanos de aquella época, con todos sus deudos, caballeros y bizarra tropa, intentaba en su delirio faltar á sus deberes de esposo, deshonorar las canas de su viejo

aliado y perder á la mujer más pura, angelical y hermosa de las hijas de Oriente. Su loca fantasía, creyéndose victorioso de los enemigos que le rodeaban, se remontó á la cúspide del más estúpido orgullo. Veamos, pues, el principio de las supuestas glorias de D. Juan.

Un cuarto de hora después de haber salido el guía de aquél, se abrió la puerta y entró un africano joven, de ardiente mirada y fina penetración, que sin dirigir saludo alguno al infante, fijó en él sus atrevidos ojos, y después de reconocerlo detenidamente, le dijo:

—Mi dueña y señora la hermosísima Fátima se digna recibirte, sígueme.

Al principio sorprendió á D. Juan el descaro y osadía del negro; pero las últimas palabras que pronunció le hicieron palpar de alegría su pobre corazón, y siguió al esclavo sin desplegar sus labios. Un minuto después llegaron á un gabinete ovalado, forrado de seda, alumbrado con profusión y adornado con ricos muebles; se paró en el umbral Alí, pues no era otro el acompañante del infante, y dijo con voz sonora:

—El cristiano que te dignas recibir, mi bella señora.

Y entró el anunciado, retirándose el negro trovador, esclavo y confidente de Fátima, á quien debía la vida y á la que él quería y respetaba más aún que á su madre.

La preciosa damasquina estaba de pie, apoyada su mano derecha en un velador de mármol y cubierta de pies á cabeza con un larguísimo jaique ó capuchón que escondía sus formas y solo la dejaba descubiertas las manos y un poco del rostro. Frente ya de D. Juan, devolvió á éste su saludo con una majestad imponente, y esperó á que él la dirigiera la palabra.

El infante la miró, y en manos de su insensata pasión le dijo:

—Hermosísima perla de Oriente, no es posible veros una vez y dejar de amaros. Perdonad mi atrevimiento, mas no he podido dominarme, ni me es dado callaros por más tiempo mi amor, la ardiente pasión que hace días abrasa mi alma. Soy hijo de un rey, hermano de otro, amigo íntimo y aliado de vuestro padre y tan noble, rico y poderoso como el más opulento de la tierra; corresponded á mi amor, ha-

cedme feliz y os juro ser vuestro esclavo el resto de mi vida.

—Cristiano—le contestó Fátima en buen castellano y con la firmeza de una heroína —conozco las leyes, usos y costumbres de tu país, y sé que al hombre que se atreve á lo que tú intentas ahora se le llama adúltero y criminal, es despreciado por los nobles y castigado por los jueces.

—Es verdad—se apresuró á decir el in-

á mí llegan las del mío; y aunque pudiera eludir las, tengo á mi honor que está por encima de los códigos, de los tronos y de los príncipes. Te ruego no me vuelvas á hablar más de tu criminal pasión, porque sería inútil y porque me causa enfado ver tan pequeñas á personas que, como yo, llevan en sus venas sangre real.

D. Juan se mordió el labio inferior, se agolpó la sangre á sus ojos, se le encendió el rostro y una sacudida nerviosa agitó su débil materia. No era esta ocasión, en la cual el infante tenía su conciencia cerrada á la voz de la virtud, para que pudiese oír y tolerar lecciones, ni consentir que una mujer le sonrojase. Fátima debía sufrir las consecuencias de las humillaciones con que Lara castigó á D. Juan, entre otras razones, por aquello de que el débil que fija la vista ante el fuerte, se convierte en verdugo cuando se halla con otro sér que considera más débil todavía que él. Así es, que el primer pensamiento del castellano fué el de atropellar á la hermosa niña; pero se contuvo por el influjo que ejerció sobre su criminal intento el poderoso acento y magnética mirada de la casta y valerosa virgen. Convulso y fuera de sí, la replicó:

—Fátima, Fátima, tienes que ser mía y sentiré que me obligues á contrariar tu voluntad, porque has de saber que no te queda otro medio que ceder á mi ruego y amarme y ser dichosa conmigo, ó sufrir mi ley y

las consecuencias de mi enojo.

La hija de Mahomad comprendió en el estado terrible en que el infante se hallaba; pero vino á su memoria la imagen de su desgraciada madre, y desafiando el peligro, y en un arranque heroico, contestó:

—Miserable castellano, te desprecio á tí, tus amenazas y cuanto tenga relación con tu cobarde intento.

Ciego y despechado se fué á arrojar sobre ella su infame verdugo; pero antes que sus dedos tocasen la ropa de Fátima, vió



devolvió á éste su saludo con una majestad imponente...

fante algo descompuesto con la severa y glacial advertencia de la mora—, y añadió: pero esas leyes no llegan al trono ni se han hecho para los hombres de mi clase; mas aun cuando me tuviesen por criminal, aun cuando me obligasen á huir de mi patria y aun cuando me expusiera á los mayores castigos, todo lo arrostraría con gusto por tu amor, por tu amor, sin el cual no quiero la vida, Fátima.

—Castellano—tornó á replicar la huri—, si á tí no alcanzan las leyes de tu país,

sobre su pecho la punta de un agudo puñal que oprimía fuertemente la fina y pequeña mano de la damasquina. Cada vez más fuera de sí el infante, se echó dos pasos atrás, y, resguardado con el velador del brazo de la valiente niña, tiró de la espada y con satánica risa la dijo:

—Viva ó muerta, has de ser mía, y ahora lo verás, valerosa Zegri.

Y dirigió la punta de su acero á Fátima. Esta ni se movió ni presentó señal alguna de miedo ó de querer huir; antes por el contrario, descubrió su pecho exclamando:

—¡Hiere, cobarde asesino!

D. Juan llevó la punta de la espada al costado de la víctima y fué á hacer un esfuerzo para clavarla; pero en el mismo instante, dos robustos y vigorosos brazos sujetaron por la espalda los suyos, lo arrojaron al suelo, le cogieron la cabeza, sin darle tiempo para nada, y se la machacaron fuertemente contra el mármol del pavimento. Un segundo después, D. Juan había perdido el conocimiento y se hallaba tendido en el suelo cuan largo era. El salvador de Fátima le quitó la espada, que aún oprimía su mano, y dirigiéndose á la dama con el mayor respeto, la dijo:

—Vida por vida, ya estamos en paz, mi bella señora; desde hoy en adelante te serviré con el mismo amor é interés que á mi madre; pero esta acción no me la agradezcas, porque ha sido solo el pago de la deuda que tenía contigo; ya vendrán otras que podrás agradecerme, si Alá no se apiada de nosotros, y se acercan á tí nuevos infantes cuando tu noble amante, mi señor, no esté cerca de tí.

—Hé aquí mi mano, mi buen Ali.

Y Fátima alargó la diestra á su querido esclavo, que la llenó de besos, diciendo:

—¡Bendita sea! ¡Bendita sea!

—Haz que trasladen á ese hombre á su aposento y que lo curen—añadió la mora—, procurando que todos los habitantes de la torre se enteren de lo ocurrido. Dí, mi buen Ali, ¿contamos con algún amigo entre nuestros guardias y los pocos criados que nos han dejado?

—Sultana, donde haya hombres, allí encontrarás amigos; has hecho tanto bien en todas partes y á todo el que ha llegado á tí, que aun cuando tu padre ha elegido la

peor gente del palacio para que te guarde, tienes entre ellos quien dará su sangre por tí.

—¿Es decir, que verás á Pedro?

—Difícil es, pero le veré.

—¿Y te enterarás de todo lo que sucede?

—Sí.

—Gracias.

Y volvió á alargarle la blanca mano, que el negro tornó á besar con el mismo amor y respeto.

Poco después, ayudado por cuatro soldados, depositó Ali el cuerpo inanimado de D. Juan en el lecho de éste, encargando á sus criados le curasen las heridas que tenía en la cabeza. Hecho esto, quedó meditando largo rato el esclavo, y cuando creyó que ya había resuelto la cuestión que debatía entre sí, se armó de una gran resolución y entró seguidamente en el aposento de su amo. Mahomad se hallaba en este momento entre varios amigos y caballeros zegríes, dando órdenes, entregando pliegos y desarrollando un vastísimo plan. Sin miramiento alguno, penetró Ali hasta encontrarse frente á frente de su señor, y le dijo:

—Vengo á enterarte, poderoso amo mío, del grave acontecimiento que acaba de tener lugar en tu palacio.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó con viveza el Zegri.—Habla pronto, Ali, sin rodeos ni mentiras, porque de lo contrario te mando ahorcar.

—Un hombre, gran señor, ha penetrado en la torre donde mora tu hija, te ha querido deshonar y no pudiendo conseguirlo por la virtud y valor de la incomparable Fátima, mi señora, la dirigió una estocada al costado izquierdo.

—¿Ha muerto mi hija?—preguntó Mahomad descompuesto y fuera de sí—, y añadió con voz parecida al trueno: ¿Quién es ese hombre? ¿Vive? ¿Dónde está?

—Fátima no ha muerto, cuando el acero iba á traspasar su pecho llegué yo.

—¿Y qué hiciste?

—Cogí á su asesino, le derribé en tierra y machaqué su cabeza contra los mármoles del pavimento. Como soy esclavo y me está prohibido el uso de armas, no pude matarlo, pero lo dejé sin sentido é inutili-

zado para que pudiese ofender á mi bella señora.

Las últimas palabras del negro tranquilizaron al moro, el cual, repuesto de su asombro, exclamó:

—Bien, Alí, muy bien; en premio de tu valerosa acción, te dejo libre con tal que sigas al servicio de Fátima en clase de criado; más, ante todo, dime el nombre de ese miserable asesino, dónde está ó qué ha sido de él.

—Por orden de tu hija lo he llevado á su lecho, he encargado á sus criados que curen sus heridas, y ese hombre se llama el infante D. Juan.

—¡El infante D. Juan!—exclamó horrorizado cubriéndose el rostro con las manos, y añadió:—¡Todos me abandonan ó me venden! ¡Alá, ten piedad de mí!

Y quedó el moro por algunos instantes entregado á tristes reflexiones. Después descubrió la cara, y calmado al parecer, continuó:

—Señores, que no corra la noticia de lo que acaba de ocurrir; D. Juan nos es hoy muy necesario, y puesto que no ha llevado á cabo su intento, perdonémosle por ahora; cuando hayamos dado fin de los otros, entonces vengaremos la acción de esta noche. Mientras tanto, doblad la guardia de la torre, y que nadie, absolutamente nadie, entre allí sin una orden expresa mía.

Partió uno de los que le rodeaban á ejecutar este mandato, besó Alí el manto de su amo, le dió las gracias por la libertad que acababa de concederle, le ofreció defender á Fátima hasta morir, y salió dirigiéndose por estrechos pasillos y sitios excusados á la habitación del conde de Lara. Algo de hipocresía existía en el tal africano; pero no le faltaba talento ni valor, y hay que hacerle la justicia de que el doble papel que algunas veces se veía obligado á representar, era hijo de su triste posición y del interés que tenía por todo aquello que pudiera halagar ó complacer á su angelical salvadora, á quien amaba con acendrado cariño.

Cuando D. Juan volvió en sí y se encontró en su lecho, creyó que había vuelto á la vida por un milagro de Dios y tuvo intenciones, por primera vez en su vida, de orar; mas enterado por uno de sus sir-

vientes de que lo habían transportado allí cuatro soldados de la torre y que nadie más entró en su estancia, dió al traste con la primera buena idea que se le ocurrió en su vida, hizo que le curasen las heridas que tenía en la cabeza, limpió la sangre que teñía su rostro, se mudó de traje y partió en busca de Mahomad, lo mismo exactamente que si nada hubiera acontecido. Este, por su parte, lo recibió sin darse por entendido de que era sabedor de tal afrenta.

El resto de la noche se pasó en silencio, pero el Zegrí no descansó en toda ella, ni cesó de disponer y dar órdenes. Lara, por su parte, la pasó también en vela, observando quién entraba y salía en el alcázar, discurriendo é intentando adivinar los planes de sus enemigos. Sin debilitarse nada la robusta y varonil naturaleza de este gigante, se iba su inteligencia desarrollando de un modo prodigioso, era el de juicio más recto y más claro de entre todos los que habitaban á la sazón en aquel grandioso palacio, incluso el mismo Mahomad, á quien ya conocemos como hombre de gran experiencia y talento. El infeliz estaba demostrando su gran capacidad en el mismo momento en que se hallaba á los bordes del sepulcro, en el instante en que Mahomad Zegrí afilaba la cortante guadaña que debía segar su preciosa existencia. Hasta ahora, Dios le había salvado de los peligros de la guerra y de los mil alfanjes y lanzas moriscas, cuyas agudas puntas se dirigieron contra su pecho de roca; hoy amenaza al joven conde otra arma más silenciosa y menos punzante, menos visible, pero más mortífera, más cierta en sus golpes y mucho más segura. Veamos cómo libra en esta nueva lucha, y si la Providencia sigue ó no velando por su noble existencia.

Pasó aquella noche, y vino el nuevo día, sin que al parecer turbase nada la aparente calma que reinaba en el Alcázar. A eso de las nueve, dos caballeros zegríes invitaron á Pedro, Muza y Abenamar á que pasasen al comedor á almorzar en compañía del dueño de aquel palacio y del infante D. Juan; pero los tres rehusaron la oferta por causas análogas. La misma invitación se hizo á la hora de comer, siendo también esta desairada. Los dos emba-

jadores granadinos, como igualmente su amigo el castellano, comieron y almozarón de los manjares que sus soldados habían comprado en Mollina para unos y otros.

Durante el día, Mahomad y el infante D. Juan lo pasaron discurriendo y preparando sus ocultos planes, si bien se hallaban ambos agitados, convulsos y desasosegados. Por el contrario, el conde y sus amigos veían tranquilos pasar las horas, satisfechos de sí mismos, contentos con el presente y esperanzados del porvenir. El primero se entretuvo por el día en hablar con sus camaradas, caballeros y montañeses, y en observar las señales que Ali le ponía en la torre donde se hallaba Fátima, y en escudriñar cuanto pasaba en el dilatado espacio que dominaba el Alcázar. Vefía correr los moros de acá para allá; distinguía los bultos que se agitaban en los montes vecinos; meditaba sobre cuanto su atención apreciaba, y nada se escapaba á su vista de lince, alumbrada por la clara luz de su inteligencia. Por la noche se reunió á Muza y á Abenamar con los caballeros de éstos y los suyos, y les dijo con tono solemne:

—Esta noche que velen algunos, pero que duerman los más; descansad también vosotros cuanto sea posible, pues creo que hoy no nos amenaza peligro alguno; mañana, si llegamos con vida á la noche de mañana, me temo que nadie podrá dormir.

Y sin dar más explicaciones, se retiraron unos y otros, é hicieron y ocurrió lo que aquél había mandado y supuesto. Pedro se acostó también; pero cada dos horas le avisaban; se levantaba, observaba el campo, los patios del Alcázar, revistaba á sus centinelas y á los granadinos, y se volvía á acostar y á dormir otras dos horas. De este modo aguardaron la salida del sol, en cuyo instante todos se pusieron en pie, se armaron y ocuparon sus puestos. En este día, la mirada de Pedro era torva, su frente estaba plegada de arrugas, é inquieto y agitado corría de acá para allá, fija siempre su diestra en la empuñadura de la espada, demostrando la aproximación de un grave peligro que su corazón presentía; mas nada justificaba aquel temor; antes por el contrario, no daban se-

ñales de vida sus enemigos, á juzgar por el continuado silencio que reinaba en sus cercanos aposentos. Esto, sin embargo, no tranquilizaba al Temerario, cuya agitación aumentaba según avanzaba el día.

En tal estado, llegó la hora de almorzar; los jefes y caballeros se sentaron á la mesa, y los soldados montañeses se prepararon también para dar fin de los más condimentados manjares que algunos de sus compañeros acababan de preparar. En este instante, y de pronto, se armó entre los soldados y montañeses de Pedro, lo mismo que entre los soldados granadinos, un estrépito de voces, ternos y maldiciones que atronaron el palacio. Lara y sus caballeros, Muza, Abenamar y los suyos, corrieron espada y alfanje en mano á las respectivas habitaciones donde tenía lugar aquel alboroto. Llegaron, se enteraron de lo ocurrido, y resultó que la mayor parte de las viandas dispuestas para el desayuno estaban envenenadas, pues según encargo del conde, probaron la comida varios perros que tenían al efecto, é instantáneamente cayeron al suelo, y todavía algunos de ellos se hallaban revolcándose y luchando con la terrible muerte que el tóxico fatal les estaba dando. Acto continuo, mandó Pedro formar á toda la gente que allí había, y fueron reconociéndose uno por uno hasta hallar, según había sospechado el Temerario, un criado de Mahomad que, disfrazado con el traje de montañés, se había introducido allí sin ser descubierto hasta entonces. En cuanto fué reconocido, lo cogieron entre ocho mulsumanes de los de la escolta de Muza, lo desnudaron, y comenzaron á aplicar en sus carnes el hierro candente, las tijeras cruzadas y otra porción de tormentos, hasta que, mutilado y martirizado de un modo horrible, se ofreció á declarar cuanto sabía, con tal de que le dejaran la vida. Rodeado de sus ocho verdugos, y teniendo á la vista los objetos que habían despedazado sus carnes, fué contestando una á una, y con la mayor exactitud, á todas las preguntas que le hizo el Temerario. Declaró, pues, que aquella mañana, en una tienda de Mollina, entre él y varios compañeros suyos, por orden de Mahomad, habían muerto á un montañés de los que salieron á comprar viveres, con

el traje del cual él se había vestido, lo grandando confundirse con los otros montañeses y haber pasado por uno de sus compañeros; y que provisto de un líquido, había vertido con el mayor disimulo unas cuantas gotas sobre las viandas que preparaban para el almuerzo.

Inmediatamente tomó Muza acta de la declaración de aquel hombre; firmaron Lara, Abenamar y los caballeros de una y otra parte; mandó que le cortasen la lengua y las manos al asesino, y se lo envió á Mahomad, diciéndole:

—Te he ofrecido la vida, y la respeto, porque un caballero jamás falta á su palabra; pero debo dejarte, y te dejo inútil para que no puedas cometer otro crimen.

Después mandaron al Zegrí los manjares envenenados con una copia de la declaración tomada á su criado, y visto que el pan se podía comer y el agua beber, repartieron entre todos aquel único alimento que podían tomar con seguridad en el tiempo que les quedaba de permanecer en el palacio.

El Zegrí no contestó nada al mensaje que le envió el hermano de su rey, continuando otra vez todo en silencio y como si nada hubiera sucedido. Pedro seguía observando, siempre inquieto y agitado; sus soldados empuñaban con ira y enojo aquellas ociosas armas que vieran con más gusto entre alfanjes enemigos, dando y quitando certeros golpes; pero leales y obedientes al intrépido jefe que los mandaba, aguardaban resignados la orden de éste para salir de aquella incertidumbre y desasosiego en que todos estaban.

El conde de Lara hacía tiempo que observaba desde un balcón cuanto pasaba en el cercano pueblo de Mollina. Llevaba, contra su costumbre, más de una hora de estar inmóvil y fijo en aquel sitio, sin cuidarse de la torre donde tenía encerrada á su amada Fátima, ni de lo que hacían los montañeses, soldados y caballeros. De pronto, se echó atrás, volvió á mirar al campo, y entrando de nuevo cerró el balcón, tiró de su espada, y con voz de trueno gritó:

—¡A las armas, que llega el enemigo!

Esta terrible voz fué repitiéndose por todas las habitaciones del palacio, y moros y cristianos se prepararon á recibir digna-

mente á los contrarios, á quienes aún no veían, pero que estaban seguros de mirar pronto.

Poco después se oyó una espantosa gritaría, y acto continuo entraron en confuso tropel más de diez mil moros, que ocuparon todos los patios del Alcázar, y continuaron dando desaforados gritos, amenazando á los castellanos, y victoreando á Mahomad Zegrí.

Unidos Pedro, Muza y Abenamar, con calma, silencio y acierto, juntaron sus respectivas gentes, las repartieron entre las habitaciones que creyeron necesarias, se parapetaron admirablemente, y dispuestos todos á morir, si necesario fuera, quedaron esperando con la mayor sangre fría el ser atacados por aquella inmensa muchedumbre de los patios.

Un cuarto de hora después bajaron varios caballeros de Mahomad, dieron algunas órdenes en secreto á los jefes de la morisma recién llegada, y á poco cesó la algarabía y amenazas de esta gente, trocándose aquel ruido en un profundo silencio. Diez minutos después nadie hubiera dicho que había en aquel grandioso edificio más de catorce mil hombres dispuestos á batirse unos contra otros.

Lara volvió á abrir el balcón que había cerrado; observó cuanto necesitaba, y tornando adentro, se incorporó con Muza y Abenamar, y comenzó á enterarles del nuevo plan que en vista de sus observaciones debían adoptar.

Era ya completamente de noche, y los tres embajadores permanecían hablando sobre lo que habían de hacer en tan crítica situación, cuando vino á interrumpirles un caballero abencerraje, que entró presuroso y les dijo:

—A la puerta grande de la última habitación se ha presentado un esclavo de Mahomad, ha llamado, y contestado por mí, dice que trae tres pliegos de su amo para los tres embajadores, y ha pedido con insistencia llegar hasta vosotros. He mirado por la cerradura, y he visto que, efectivamente, viene solo, llevando en las manos una bandeja de oro, y sobre ésta tres pergaminos.

Discutieron Muza, Abenamar y Pedro sobre lo que debía hacer, y adoptado ya el plan, mandaron que pasase el esclavo,

que cerrasen la puerta y volviesen á colocar los parapetos según estaban.

Tres minutos después se presentó en aquella estancia, rodeado de varios abencerajes, el esclavo que acababan de anunciar. Llegó, saludó, y les dijo:

—Mi amo y señor os ruega toméis cada cual el pergamino que os viene dirigido, y os enteréis de su contenido, advirtiéndos que no quiere guerra con vosotros y que os envía la paz.

Los tres alargaron la mano para coger cada uno su pliego; mas debió cruzar alguna idea siniestra por la mente del desconfiado Pedro, pues interponiendo su brazo entre las manos de sus amigos, exclamó:

—Alto, señores, no arranquéis el sello de esos pliegos, ni aun siquiera los toquéis. Y dejádoselos al negro en la misma bandeja que los traía, gritó:

—Vengan dos de mis montañeses, y cuando éstos llegaron añadió: muchachos, dejad esas armas, haced que se retiren los soldados que hay en la pieza contigua, y cuando no quede nadie, abrid la ventana, encerráos con este africano, dejadlo en medio de la estancia, salíos vosotros al balcón, y luego mandad que deje la bandeja en el suelo y arranque con sus propias manos los sellos de esos despachos. Si al abrirlos oyéiseis algo extraordinario, volved la cara al campo y no os mováis hasta que yo os avise.

Se hizo así, y Lara, Muza, Abenamar y demás caballeros que les acompañaban, quedaron esperando el resultado de la orden que se acababa de dar, incomprensible á la verdad para casi todos ellos. El conde estaba de pie mirando á la puerta que concluían de cerrar, sin moverse y como aguardando un gran acontecimiento. Tres minutos después se oyó una detonación, un lastimero ¡ay!, y el ruido producido por el choque de un cuerpo que había caído sobre el pavimento.

—No os mováis ninuno—exclamó Lara—, abriendo los cuatro balcones que tenía la habitación donde se hallaban, y añadió:—Salid al aire y estáos quietos, que por esta vez nos ha librado Dios milagrosamente de una muerte segura.

Y todos se salieron al balcón á excepción de Lara, que quedó en medio de aque-

lla estancia. Cinco minutos después abrió la puerta que les separaba de la pieza donde acababan de oír aquella extraña detonación, y vió, sin sorpresa alguna, deshechas las manos y cara del africano, muerto éste y tendido cuan largo era. Se fijó luego en sus dos montañeses y los halló en el balcón vueltos de espaldas, según él les había mandado. Acto continuo llamó á sus amigos y les enseñó el estado en que puso al esclavo el sello que acababa de romper. Los embajadores granadinos y sus caballeros comprendieron entonces que sin la previsión del Temerario serían ya cadáveres el conde, Muza y Abenamar. Llenos de indignación estos últimos, comenzaron á maldecir á Mahomad; mas Pedro les interrumpió diciendo:

—Callad, señores, y que no se oiga voz ni ruido alguno; nuestros asesinos esperan saber que hemos sido muertos, por el estruendo y gritería producidos por la indignación que debía causar en los nuestros el fin del horrible atentado que acababan de cometer, para lanzarse aquí y concuir con todos ellos. Callaos, pues, y no movéos, porque aun cuando Dios nos ha librado de perecer en esta ocasión, no nos conviene provocar una lucha de éxito dudoso, la cual sólo produciría desgracias sin cuento.

Todos callaron efectivamente, ocultaron su justo enojo, y quedaron contemplando la hermosa frente del inspirado conde, al cual miraban como la égida contra todo peligro humano. El Temerario hizo entrar á los dos montañeses, mandó luego que sacasen el cadáver del esclavo al balcón, que escondiesen entre la ropa de éste los dos restantes pergaminos que permanecían sellados, que cerrasen las ventanas de ambas habitaciones según lo estaban antes, y que se marchasen á ocupar los puestos que tenían anteriormente, llevándose consigo, y para ellos, la bandeja de oro portadora de los tres despachos.

Otra vez volvió el Temerario del Saucejo á verse libre de una muerte segura, según acabamos de decir. Mahomad, que era muy entendido en el arte de asesinar, y que tenía á su lado un sabio mulsumán, gran químico y conocedor de toda clase de venenos, les había preparado aquellos tres pergaminos enrollados, los cuales debían



producir al que los abriese una muerte instantánea al inflamarse y desprender un gas mefítico, á la manera como hoy sabemos que obran los fulminatos de mercurio, el gas sulfhídrico y otros, pues en la antigüedad, y muy especialmente entre los árabes de aquella época, estaban muy adelantadas las ciencias, poseyendo lo que se llamaba la alquimia grandes descubrimientos que se han perdido ó han llegado hasta nosotros de una manera vaga é inexacta.

Como Pedro había supuesto, el Zegrí aguardaba en estos momentos que la sorpresa é indignación producida por tan terrible acontecimiento le avisase que su intento salió como él deseaba, para echarse entonces con sus diez mil tigres sobre el resto de los castellanos y granadinos, que, angustiados y sin sus principales jefes, hubieran sucumbido el mayor número sin remedio ante el ardid y el aturdimiento Mahomad y D. Juan, en su inicua fiereza, habían jurado no dar cuartel á nadie; y en este instante esperaban ansiosos aquel momento que en balde aguardaron horas y horas, sedientos de sangre y exterminio. Pero dejemos por un instante á estos dos burlados é infames reptiles, y sepamos qué pensaba Pedro, pues aun cuando se libró de tan hábil traición, lejos de disminuir el peligro, acrecía cada vez más.

Lara, Muza y Abenamar reunieron en torno á todos los caballeros y jefes que les obedecían, y ya juntos y reinando un profundo silencio, después de meditar largo tiempo, el conde les dijo:

—Señores, nuestros enemigos, á pesar de su excesivo número, no se atreven á atacarnos: en esto piensan muy bien, pues del modo que estamos parapetados, y teniendo en cuenta la clase de gente que se halla aquí reunida, morirían veinte por cada uno de nosotros y concluiríamos dando fin de todos ellos. Sólo siendo cadáveres nosotros tres, y en medio del asombro que esto hubiera causado á nuestros parciales, se atreverían á acometer. Me contraigo, señores, á la presente noche, porque mañana, faltos de alimento y dobladas sus ya dilatadas filas, tendremos que capitular ó lanzarnos en medio de ellos, y de ambos modos darán fin de nosotros.

—Pues bien—dijo Muza interrumpiendo á Pedro—, no esperemos más tiempo, echémonos sobre ellos en este mismo instante, y salgamos de una vez de tan terrible ansiedad. Ya en el campo, los que quedemos con vida iremos á Granada ó á Osuna, donde tú quieras, valiente cristiano; allí reuniremos los soldados suficientes para volver contra ellos y acabar con todos.

—Con vosotros—repondió Pedro—, con mis montañeses y con mi lanza, nos podemos abrir paso y llegar á Granada ú Osuna, es verdad; pero mientras vamos, reunimos gente y volvemos, Mahomad tendrá ya sublevada toda esta comarca, se habrá rebelado contra tu hermano, y nos hallaremos con una nueva guerra civil, que es preciso evitar á todo trance.

—¿Qué hacemos entonces?—preguntó con tristeza Muza.

—Oídme todos — añadió Pedro: — nos otros tomamos la delantera á Mahomad hace dos días; más él ha ganado el terreno perdido, nos tiene sitiados, cogidos los caminos de Castilla y Granada, é imposibilitados de poder recibir partes ni socorro alguno. Lo que más nos perjudica es la muralla que ha puesto entre nuestros reyes y nosotros: con el refuerzo y órdenes que os manda el califa, con las facultades que me traerán á mí de Sancho IV, y con la gente que tengo dispuesta en la raya, nos sobra para castigar á Mahomad, matar á sus cómplices, y mandar á sus casas á esos diez mil valientes que ahora le obedecen, porque sólo ven en él al alcaide de esta comarca, al representante de su rey. Es, pues, indispensable que sin perder una hora lleguen á nosotros las órdenes y refuerzos que acabo de decir.

—Eso es imposible — exclamaron Muza, Abenamar y varios caballeros.

—Muy difícil, sí—añadió Pedro con energía—; imposible, no. Si yo hallo medio de que entren aquí esas órdenes y soldados, ¿obedeceréis ciegos y sumisos mis mandatos?

—Sí—contestaron todos.

—Pues bien, señores, juguemos el todo por el todo; evitemos el morir de un modo indigno en la nueva guerra civil de que estamos amenazados. Muza—añadió el Te-

merario con solemnidad—, tú y yo, como jefes supremos, debemos arrostrar el mayor peligro, y lo arrostraremos; antes de media hora, disfrazado yo con uno de vuestros trajes, nos descolgaremos por uno de esos balcones que dan al campo; y si podemos, sin ser vistos ni oídos por nadie, valiéndonos de la astucia y del acero, saltaremos los muros del palacio y llegaremos á Mollina; en este pueblo, por el camino, ó donde podamos, nos haremos con dos caballos, y, entonces, desafiando el peligro y abriéndonos paso cada cual por esa muralla de hombres que Mahomad nos ha puesto lejos de aquí para impedir el regreso de nuestros emisarios, alcanzaremos á éstos antes de que caigan en poder del enemigo. Luego, al frente tú del refuerzo que te manda tu hermano, y yo de la gente que tengo dispuesta en la raya, nos uniremos en un punto conveniente y vendremos aquí y penetraremos sin dificultad alguna hasta el aposento de Mahomad. Y te advierto, Muza, que de hacerlo así, no se puede perder un instante, porque, según mis cálculos, nuestros enviados deben estar cerca de aquí. Mientras nosotros corremos y regresamos, el valiente Abenamar quedará en nuestro puesto, sin provocar combate alguno, mas defendiendo el terreno dedo á dedo, en el caso de que intenten atacarle. ¿Qué os parece mi pensamiento?

—Lo creo de difícil realización—contestó el príncipe granadino—, mas debe intentarse; y yo me hallo dispuesto á descolgarme por ese balcón. Sé por experiencia que eres temerario en tus empresas, conde de Lara, y la presente es digna de tí; mas el hijo de Abusaid Alhamar, primer califa de Granada, te ha de imitar en esta ocasión, ya que no haya un hombre capaz de sobreponerse á tí.

—Y tú, valeroso Abenamar, y vosotros, señores, ¿qué decís?

—Que llenaremos cumplidamente nuestra misión, tal como tú deseas—contestaron moros y cristianos.

Sin detenerse nada, dió Pedro algunas órdenes más, se ciñeron él y Muza una espesísima cota de malla, cubrieron ésta con finas marlotas, se colgaron dos alfanjes, encima se pusieron un albornoz; calada la capucha y bien sujeta al cuello, obser-

varon las salidas del palacio por la parte que ellos tenían tomada, ataron una cuerda á la barandilla del balcón, y se dispusieron á partir.

Eran las ocho de la noche, llovía á torrentes y el aire chocaba bruscamente contra todos los objetos que entorpecían su fuerte movimiento. En los muros del Alcázar de Mahomad estaban doblados los centinelas, y en cada puente ó rastrillo había una guardia de cien hombres custodiando las entradas y salidas del palacio. Pedro y Muza, envueltos en la densa obscuridad de la noche, descendieron uno á uno y sin hacer ruido, por el balcón que juzgaron más á propósito; á la parte adentro de éste, treinta caballeros con el acero en la mano, y conteniendo hasta la respiración, escuchaban inmóviles, ya que no les era posible distinguir las figuras de los dos fugitivos. Cuando creyeron que éstos habían llegado al suelo, recogieron la cuerda que les facilitó la bajada, y quedaron en la misma actitud y silencio.

Lara y Muza descendieron al jardín, se cogieron de las manos, y sin hacer ruido ni acelerarse, se fueron acercando hasta el nacimiento de una de las murallas. Ya allí, se hablaron al oído; Muza fijó su cuerpo al muro, y Pedro se subió sobre él, y seguidamente, valido de la escalera humana que tenía y de su colosal estatura, se agarró al caballete de la muralla; y cuando estuvo bien sujeto, movió los pies, y acto continuo sirvió de cordel á Muza, que, cogido á las piernas del gigante, fué trepando hasta alcanzar el caballete. Sentados luego sobre aquél, trató Pedro de observar; pero la completa obscuridad de la noche y el ruido del agua, le impidió ver ni escuchar nada de lo que quería. En consecuencia, cogió otra vez de la mano á su compañero, atravesaron el muro, volvieron á observar, y no oyendo ni viendo nada, se descolgaron ignorando á la distancia que estaban del suelo; así es que fueron á parar á una zanja, lastimándose muy poco por la blandura del terreno. Volvieron á subir como antes, treparon por otro muro, y subiendo y bajando, y exponiéndose cada momento á estrellarse, salieron por fin al campo, y bien pronto, las luces que tenían cerca, les hicieron comprender que se hallaban á las puertas de Mellina. La

casualidad hizo que en tan difícil excursión no se rompiesen un brazo ó una pierna, efecto de la completa obscuridad y de lo resbaladizo del piso; mas esto mismo y el aire y ruido del agua, les impidió á la vez ser descubiertos, y caer, como era lo probable, en manos de Mahomad. Sea como quiera, la providencia, que veía sus buenas intenciones, veló en aquellos momen-

contaba á alguno que había estado en su casa, y, armados y montados en dos buenos corceles, partieron de allí. A la distancia de quinientas varas próximamente, dieron media vuelta al palacio, y en un sitio que formaban cruz cuatro caminos, se detuvieron los jinetes. Con el más cariñoso afecto, se estrecharon los dos fuertemente las manos; se juraron eterna amistad y no hacer nunca armas el uno contra el otro, y ambos partieron como dos exhalaciones, el uno en dirección de Loja, y el otro hacia Carmona.

Es imprescindible que si-gamos ahora á Pedro, abandonando por algún tiempo al intrépido moro de Granada. Lara, sobre un magnífico caballo árabe, empuñando una fuerte lanza, al aire libre y lejos de la serpiente y de su mortífero veneno, ensanchó su corazón, se aumentaron sus bríos y se adormeció su inteligencia, como para dar más fuerza y energía á su robusta materia. Mejor se encontraba sólo entregado á sus propias fuerzas y expuesto á ser acometido por quinientos jinetes, que ha poco cuando se hallaba rodeado de sus dos mil montañeses, caballeros y soldados, pero asediado por torpes intrigas é inicuos conatos de asesinato y envenenamiento. Noble y fuerte como ninguno, le estremecía el solo nombre de traidor, no pudiendo comprender las falacias del hombre artero y ruin. Ahora no

había peligro para él; en un buen caballo y con una fuerte lanza, se creía invencible; así es que caminaba alegre, osado y hasta seguro de volver, según ofreció á sus compañeros y amigos.

Corrió, pues, mucho tiempo sin hallar impedimento alguno, y siempre aguijoneando á su corcel, continuó largo tiempo por caminos y senderos que, el instinto de su potro, seguían en medio de aque-



... se agarró al caballete de la muralla ...

tos por ellos y los libró del primero y grave peligro que se les presentó.

Ya en el campo los dos amigos, cogidos siempre de la mano, llenos de lodo, de agua, estropeados y atrevidos como nunca, tropezando á cada paso que daban, llegaron á Molina; entraron en casa de un amigo del príncipe granadino, le pidieron caballos y lanzas, que éste les dió gusto-so, le impuso pena de la vida Muza si

lla noche tan obscura y tempestuosa al principio.

El aire fué calmando su impetuoso movimiento, las nubes se corrieron al Occidente, y poco á poco descubrió su pálida faz una llena y clarísima luna, enseñándole á Pedro que había perdido la ruta que intentaba seguir. El Temerario reconoció bien pronto su error; hizo trepar á su caballo por encima de unas lomas que tenía á la izquierda, y media hora después halló la carretera de Carmona, por la cual siguió siempre corriendo cuanto le era posible á su ya cansado trotón. Un cuarto de hora más tarde vió en lontananza y á la clara luz de la luna, un fuerte destacamento de jinetes musulmanes, parados á derecha é izquierda del camino que él llevaba; pero lejos de detenerse, aguijoneó más á su potro, y á los tres minutos se encontró frente á frente de doscientos musulmanes, uno de los cuales le gritó:

—¡Alto!

Pedro se detuvo. La misma voz le preguntó.

—¿De dónde vienes, á dónde vas, á quién sirves?

—Vengo del palacio de Mahomad, voy á la venta del Judío y en este momento sirvo al califa de Granada.

—Acércate—le dijo la misma voz.

Pedro se aproximó; pero en vez de pararse delante del que le mandaba, cuando estaba á veinte pasos de éste y los suyos, torció á la izquierda, picó á su caballo y arrancó, exclamando á la vez:

—Paso, que sirvo al califa.

Cuando los individuos de aquel destacamento quisieron detenerlo, ya Lara les había tomado una gran delantera. El jefe de ellos se conteió con decir:

—Dejadlo; es moro, viene del palacio de nuestro señor y sirve al califa.

E hizo bien, porque el supuesto musulmán tomó un paso que era difícil seguir.

Una hora después cayó reventado el caballo de Pedro. Este se levantó, cogió su lanza, y comenzó á andar todo lo de prisa que pudo. Por fin, llegó á la raya y entró en Castilla, exclamando:—Ya estoy en mi patria, cerca de los míos, y no dudo que en breve hallaré á mis emisarios. Y echó á correr con la agilidad propia de su edad, hasta detenerse á la puerta de la

venta del Judío, donde llamó repetidas veces. El posadero se levantó por fin, abrió y le preguntó á Lara qué quería.

—Dame—le dijo éste—una cena propia para un caballero que no ha comido nada en veinticuatro horas, y un buen caballo ensillado. Quiero que me sirvas la comida aquí fuera, que abrevies cuanto sea posible, y te pagaré á lo príncipe; tráeme una silla y despacha.

—Pero, señor—le preguntó el ventero—, ¿por qué no pasáis á la cocina y estaréis más cómodo y abrigado que en medio del campo?

—Haz lo que te digo, posadero, y no repiques nunca á Pedro el Temerario.

—Señor—exclamó el otro—, ¡con que sois el valiente Pedro!..., ¡el hijo del conde de Lara!... Como venís vestido de moro, ¡quién os había de conocer!... Mi casa y todo cuanto yo tengo es para vos.

—Gracias, amigo mío; no te extrañe verme cubierto con este traje, y aún creo ha de llegar día en que me tenga que convertir en diablo, para acabar con todos ellos con más facilidad.

El ventero alargó una silla según pedía, que Pedro fijó á la puerta de la casa, y se sentó dando frente al camino de Castilla.

Diez minutos más tarde, salió otra vez el dueño de la venta, y le dijo:

—Señor, la cena estará pronto y el caballo lo tenéis ya ensillado; siento que nada de esto sea digno de vos, pero podéis creer que os he cedido lo mejor que hay en mi posada.

—Gracias, honrado castellano—le contestó Pedro—; toma ese bolsillo que está lleno de oro y cobra lo que quieras.

Mas el ventero lo rechazó, añadiendo:

—Señor, al defensor de nuestras vidas y haciendas, no puedo yo cobrarle nada.

—Pues entonces, tómalo todo.

—Quedaría más contento si os lo guardáseis.

—Gracias; acepto y me alegra tu generoso desprendimiento. Si hallo ocasión, ya remuneraré la acción que acabas de practicar conmigo.

Poco después, y á la clara luz de la luna, destrozaba el hambriento conde de Lara dos perdices y algunas frutas secas que le presentó el posadero. A la mitad de la cena, notó que dos briosos jinetes se

dirigían hacia allí, corriendo sus caballos de un modo prodigioso. Pedro se levantó, y cuando estuvieron cerca, gritó á uno de ellos:

—Alto, si sois D. Rodrigo.

—¿Quién eres tú?—le preguntó uno de los jinetes deteniéndose.

—El conde de Lara—contestó éste reconociendo la voz del que le preguntaba.

—Acercáos, voto al demonio—replicó aquél—; no puede ser que se encuentre aquí el conde de Lara, y menos vestido de moro.

—Pues se halla, amigo mío, ya lo veis. Y se echó la capucha á la espalda aproximándose á ellos.

Al reconocer á Pedro, echaron pie á tierra los jinetes, se alzaron las celadas, y le preguntaron á Lara:

—Señor conde, ¿qué nueva desgracia ocurre para veros obligado á venir aquí á estas horas y con ese traje que vos tanto odiáis?

—Eso es largo de contar, señores; básteos saber, que de no estar yo aquí antes de dos horas hubiérais sido muertos por una partida de zegríes que os está esperando en la loma del Carril. Y juntándose cuanto pudo con ellos, añadió:

—¿Habéis visto al rey?

—No, señor.

—¿Qué decis!—exclamó Pedro sorprendido.

—D. Sancho se halla en Valladolid—replicó D. Rodrigo—reuniendo Cortes, y no regresará hasta últimos de esta semana. Mas en cuanto supo la reina que íbamos de vuestra parte, nos hizo llegar á su presencia, abrió los despachos que dirigisteis á su esposo, los leyó con avidez, demostrando enojo é indignación, y cuando hubo concluido, nos dijo:—Descansad cuatro horas, elegid los mejores caballos de los que encontréis en mis caballerizas, comed y venid á verme. Así se hizo, y á las cinco horas de haber llegado, volvimos á verla; nos entregó estos pergaminos lacrados, y nos dijo:

—Partid haciendo volad á vuestros caballos, y cuando veáis al conde de Lara y le hayáis entregado esos despachos, decidle de mi parte que él es el primer sostén de nuestro trono, y que el rey y yo lo

queramos, y confiamos en su lealtad y esfuerzos como en nosotros mismos.

—Gracias, señores—les dijo el Temerario cogiendo los despachos de la reina—; me habéis tranquilizado, pues la contestación de doña María me satisface y es igual á si la hubiera dado su marido.

Y entró en la posada, abrió los pergaminos, los leyó, se los guardó, y demostrando su rostro una gran satisfacción, le preguntó al ventero:

—¿Cómo te llamas?

—Juan, señor.

—Y bien, maese Juan, ¿no quieres nada de mí?

—Que matéis muchos moros, valeroso señor.

—Cumpliré tu encargo mañana mismo. ¿Me das ese caballo?

—Ya os espera á la puerta, mi hijo lo tiene de la brida. Es árabe, gran señor, no está gordo, pero corre mucho y es fuerte; por cierto que el zegrí que lo trajo...

—¿Qué le sucedió, maese Juan?

—Casi nada, señor; que está aún durmiendo...

—¿En dónde?

—En un hoyo que tengo tapado en la cuadra. Está bien acompañado, señor.

—¿Hay muchos con él?

—Bastantes; somos aquí tres hermanos, ocho hijos y cinco hijas, y como son tan buenos cristianos...

—¡Ya! Y tus hijas, ¿qué hacen en tales casos?

—Ayudan, señor, ayudan. Vaya si ayudan...; son también católicas, apostólicas y romanas.

—Comprendo. ¿Con que es decir que moro que entra aquí?...

—Como venga solo ó no pasen de diez sus acompañantes, aquí queda.

Pedro y sus caballeros no pudieron por menos de sonreírse al ver la gravedad con que el posadero contaba el modo que tenía de hospedar al desgraciado musulmán que entraba en su casa. Montaron después á caballo, se despidieron de Juan, y puesto el conde entre sus dos caballeros, gritó:

—¡A Osuna, y á escape. Y partieron como un relámpago.

Era poco más de la media noche cuando los tres jinetes salieron de la posada del Judío. Aunqu el camino que llevaban se

les presentaba fatal, caminaban por tierra castellana y con una luna clarísima, y conociendo Pedro perfectamente todos los senderos y veredas de aquella comarca, continuaban á todo escape y sin hacer otra cosa que aguijonear á sus valientes potros. Estaban seguros de no hallar enemigos que les detuvieran el paso, ni emboscada de mahometanos que distrajera la atención del conde de Lara y, delante éste y los otros detrás, siguiendo con trabajo á aquél, proseguían saltando zanjas, subiendo pendientes, bajando cuevas, destrozando sembrados y volando, en fin, sin otra idea que la de llegar lo antes posible al término de su viaje. De este modo anduvieron en dos horas las seis leguas que distaban de Osuna; Lara entró en su palacio, seguido siempre de sus dos caballeros; dejaron los tres caballos muertos de fatiga en los patios, y prontamente se pusieron en movimiento todos los habitantes del Alcázar.

El incansable Temerario, sin perder un instante, hizo llegar á su casa cuantos caballeros, soldados y gente de armas había en Osuna pertenecientes al rey, á sus amigos y conocidos que quisieron seguirle contra el audaz jefe zegrí que tenía fronterizo. A la vez partieron varios de sus caballeros, con objeto de reunir en la Barba toda la gente de armas, que á las órdenes de su escudero Lázaro tenía diseminada en la raya. Se vistió luego con uno de sus mejores trajes de guerra, encima se puso un precioso manto blanco forrado de encarnado, y al frente de la tropa que había podido reunir, marchó en dirección del campo enemigo.

Estaba ameneciendo cuando el intrépido joven se unió con su escudero, y rodeado de más de seis mil montañeses que éste tenía y sobre tres mil entre caballeros y soldados que él llevaba. Hizo formar á su pequeño ejército, los arengó, y puesto al frente de todos, dió la orden de marcha y partieron; su corazón ahora iba latiendo de alegría, llevaba la frente despejada, y se leía en sus ojos una satisfacción que no trataba de ocultar. Con sus montañeses, gente de armas y al aire libre, desafiaba el valeroso doncel al mayor ejército del mundo, seguro de vencer todos los obstáculos que pudiera encontrar su atrevida

planta. Voy, se decía, á salvar á Fátima, á mis montañeses, á limpiar mi honor, á vengarme de ese miserable zegrí y nada habrá en Molina ni en todo el reino de Granada capaz de estorbar mis intentos; si hallo á mi valeroso amigo Muza, lo haremos juntos; pero si tarda, por María y la Cruz que no lo espero, y solo con los míos asaltaré esa guarida de tigres.

Y más osado que nunca, hacia correr á sus pobres peones tanto, casi, como los caballos que llevaba.

Un cuarto de hora después, dieron vista á un fuerte destacamento árabe; Pedro hizo adelantar á su caballería, la dividió en tres columnas, y partieron formando una media luna, cuyos extremos avanzaron con toda la velocidad posible, con ánimo de cortar la retirada del destacamento enemigo. Los moros tenían orden de estorbar el paso á cuantos quisieran ir á Molina, y, obedientes al mandato de su jefe, vieron la maniobra de sus contrarios, formaron en batalla y esperaron ser acometidos. No aguardaron mucho tiempo; cinco minutos después, cayó Pedro sobre ellos, y lanza en ristre, comenzó, en unión de los suyos, á matar moros, dando tiempo á la vez á que llegasen sus montañeses. Eran los musulmanes cuatrocientos caballos, cuyos jinetes se defendían y atacaban con el valor de la desesperación; esta lucha, sin embargo, debía durar muy poco, pues llegaron los seis mil montaraces de Lara; la media luna de éste se cerró, quedando los sectarios de Mahoma cogidos en un círculo de hierro, que iba estrechando á cada momento, y en el cual sólo había una muerte segura para los mahometanos. En cuanto el atrevido Pedro vió que sus órdenes estaban cumplidas y que ninguno de sus contrarios podía escapar con vida, se quitó su manto, se metió en medio de ellos, y por espacio de un cuarto de hora estuvo vengando las ofensas que había recibido de Mahoma. Zegrí, jefe de aquella columna enemiga; hubo momentos en que, solo y rodeado de quince ó veinte moros, se defendió de todos, dando muerte á cuantos se acercaban á él. En estos instantes supremos, aquel hombre tan hábil, valiente, ágil y forzudo, se asemejaba á un rayo que por todas partes despedía la muerte sin compasión ni descanso; giraba

á derecha, á izquierda, atrás, adelante, y haciendo con su lanza, escudo y caballo un remolino indescriptible, parecía convertirse en una máquina infernal que, dando vueltas sin cuento, hería á la vez á los que tenía de frente, á la espalda y á los costados.

Pronto terminó esta lucha; á la media hora de combate, doscientos musulmanes besaron la tierra, y el resto imploraba la compasión del poderoso y fuerte enemigo que le rodeaba. Cansado Pedro de tanto matar, ofreció la vida á los que quedaban sanos, los desarmó, y, atados unos con otros, los mandó á Osuna, en unión de los heridos de una parte y otra, custodiados por doscientos jinetes. Esta sangrienta lucha, con todas sus consecuencias, le había hecho perder una hora; mas vuelto á poner al frente de los suyos y cubierto otra vez con su riquísimo manto, partió nuevamente con la velocidad posible. Llegó á la Roda, y dejando el camino de Mollina á la derecha, continuó corriendo una legua, en cuyo instante dió vista á un pequeño ejército musulmán que estaba parado no lejos de allí; Lara supuso que el valiente Muza esperaba entre aquellos mahometanos, y continuó su carrera hasta llegar á cien pasos de ellos. Eran, efectivamente, más de dos mil jinetes árabes, á cuyo frente estaba el hermano del califa granadino; un segundo después, avanzaron solos Muza y Lara, se juntaron, echaron pie á tierra, se abrazaron cariñosamente delante de las dos divisiones, y comunicándose mutuamente las órdenes, gente y pensamientos que traían, reformaron en parte su antiguo plan, y á la cabeza cada uno de su respectiva tropa, se dirigieron á Mollina.

Volvamos; el hermano del rey de Granada fué, si cabe, más afortunado que el conde de Lara en la peligrosa excursión, cuyo fin conocemos á medias. Cuando se despidió de Pedro al principio de aquella terrible noche, corrió sin descanso dos horas que distaba de Antequera; entró en esta populosa ciudad musulmana, hizo abrir el magnífico palacio de un anciano alabés, súbdito y antiguo amigo del califa, y enterándole de una parte de su situación, le pidió gente de armas, cena y ropa con que vestirse, pues iba cubierto de

lodo. El fiel mahometano, mirando en Muza á su amigo y señor, hizo que le sirviesen en el acto una espléndida comida, le entregó después uno de sus más ricos trajes, de aquellos con que él se presentaba en la corte cuando aún no era viejo, y luego mandó que le siguiese toda su gente de armas y hasta la mayor parte de sus criados. Con esto salió de allí Muza al frente de doscientos hombres dispuestos á obedecerle como á su propio señor, dirigiéndose todos camino de Granada hacia Loja; mas cuando llevaban andada poca más de media legua, fueron detenidos por un destacamento de quinientos hombres, que obedecían á Mahomad Zegrí, los cuales tenían la orden de apresar á cuantos intentasen pasar de uno ú otro lado, sin respetar calidad ni condiciones. Muza amenazó, rogó, y hasta tomó el nombre de su hermano, pero todo fué inútil; el jefe zegrí que mandaba aquel destacamento, se negó á todo, y, alfange en mano, se opusieron él y los suyos á que pasase un solo hombre, aun cuando éste fuese el mismo califa. El príncipe granadino que no podía quedarse allí, se volvió á los que le seguían, y, con voz atronadora, les gritó:

—¡A las armas, valientes alabeses! Tenéis delante quinientos enemigos del califa, nuestro señor; ¡paso por en medio de ellos, y á Granada!

Oído lo cual por los zegríes, se juntaron, formaron en batalla y se dispusieron á rechazar la fuerza con la fuerza. En este instante se oyó un ruido lejano que se aproximaba cada vez más; quedaron parados unos y otros, miraron y á la clara luz de la luna distinguieron á más de dos mil jinetes que venían de Granada y en dirección contraria á la que llevaba Muza. Bien pronto comprendió éste que aquella gente era el socorro que le mandaba su hermano, y dando varias voces de mando, hizo que sus alabeses cortasen la retirada de los zegríes; y cuando hubo conseguido esto y vió llegar á los granadinos, les gritó:

—¡A mí, valientes Abencerrajes, Almoradíes, Gomeles, Ganzules, Aliatares y Reduanes. ¡A mí, valerosos caballeros de Granada! ¡Cercad á esos zegríes y que entreguen los alfanjes ó mueran todos!

El derecho de la fuerza valía más para

los zegríes, por lo visto, que la fuerza del derecho, puesto que ahora, obedientes y sumisos, bajaron sus aceros sin hacer resistencia alguna; después, se dejaron desarmar como humildes corderos, y presos, y entre la caballería granadina, volvieron á Antequera, donde todos fueron encerrados y cargados de cadenas. Muza entró nuevamente en el palacio del anciano Alabes, abrió y leyó los pliegos que le mandaba su hermano, y muy satisfecho del contenido, se los guardó y le dijo al dueño de la casa:

—Mi noble amigo, te nombro alcaide de toda esta comarca, en nombre de mi hermano y señor Mahomad II; te devuelvo tu gente de armas y criados, y te encargo no imites en nada á tu antecesor Mahomad Zegrí. Mañana recibirás tu nombramiento, el cual será pregonado en todas las ciudades, villas y aldeas de estos Estados, en los que vas á mandar como jefe absoluto; sé justo con el pueblo y obedece siempre las órdenes del califa tu señor.

El anciano Hizcan Alabes dió las gracias al hermano de su rey, juró obediencia ciega á su soberano, y estrechándose las manos los dos amigos, partió Muza al frente de los valientes granadinos que habían llegado poco antes, y dejando á la izquierda el camino de Mollina, anduvo largo rato, hasta que se detuvo con los suyos en el sitio que había convenido con Pedro. Tres horas esperó á su cristiano amigo, al finalizar las cuales, se unió con aquél, según hemos dicho, dirigiéndose ambos á Mollina.

Eran las siete de la mañana, y un sol de temprana primavera extendía sus dorados rayos sobre las cristalinas aguas del dilatado estanque que principiaba en Mollina é iba á concluir á más de una legua de esta villa; multitud de pájaros de diferentes clases y colores saludaban al nuevo día, rozando sus alas con las espumosas ondas del estanque; una rica y variada vegetación hermozeaba aquellos dilatados campos, perfumando la agradable brisa que se saturaba del aroma de las flores. La orilla izquierda del famoso lago de Mollina se asemejaba en estos momentos al Paraíso terrenal de que nos hablan los antiguos poetas, y por ella caminaban en estos instantes, á paso acelerado, cuatro mil jine-

tes y ocho mil peones próximamente, yendo revueltos moros y cristianos sin partir la más leve amenaza de entre aquellos eternos enemigos. Iban sus dos respectivos jefes á la cabeza, estrechándose las manos y hablándose con un cariño fraternal, y tal era la confianza que unos y otros tenían en el que los mandaba que, imitando á sus generales, se estrechaban también, hablaban y se confundían, sin abrigar la menor sospecha ni recelo. De este modo llegó el ejército moro-cristiano á una hondonada, salvada la cual, se distinguía á trecientas varas de distancia el opulento palacio de Mahomad Zegrí. Allí detuvieron á la tropa, encargando que guardasen el mayor silencio y tranquilidad, y se adelantaron Muza, el conde de Lara y cien caballeros, los cuales iban quedando parados de dos en dos y en cortos trechos, formando una especie de telégrafo, por medio del que los jefes podían comunicar sus órdenes instantáneamente al ejército.

Ochenta pasos antes de llegar al Alcázar del Zegrí, se pararon Muza, el Temerrario y treinta caballeros de los cien que habían arribado hasta allí, y partió Muza solo, pero seguido á veinte pasos de diez abencerrajes. El príncipe iba ostentando un riquísimo traje recamado de oro, con los colores alabeses, en actitud grave y con mucha calma, que escondía perfectamente el inminente peligro que arrosaba, intentando entrar de aquel modo en el palacio de sus enemigos.

Muza llegó á la zanja, la saltó, se bajó de su brioso alazán, y con voz firme y robusta, gritó á dos soldados que guardaban el primer puente:

—En nombre del califa, vuestro señor, dad paso al príncipe Muza.

Los zegríes dudaron; mas la actitud imponente del hermano de Mahomad les subyugó, hasta el punto de obedecerle sin hallar nada que replicar. Cayó el puente, y acto continuo subió á él Muza, volvió la cabeza atrás, y exclamó:

—¡Ah de mis caballeros!

Y los diez abencerrajes saltaron la primer zanja, dejaron sus caballos y siguieron al príncipe; éste, desde lo alto del puente, miró en torno y vió cuajados de moros los patios y todos los alrededores del palacio de Mohamad; ya no eran diez

mil, pasaban de catorce mil hombres los que el astuto Zegrí había encerrado en su Alcázar. Allí se veían gentes de todas clases, edades y condiciones; había adoradores, abidbares, vanegas y zegríes, caballeros, soldados y criados, y los hombres de armas, en fin, que en aquella comarca obedecían á Mahomad; mas á pesar de aquella multitud, reinaba un gran silencio, aguardando todos el momento de oír la voz del alcaide para obedecerle. El príncipe granadino llevaba en la mano derecha un rollo de pergaminos, y la izquierda apoyada en la empuñadura del alfanje; vió desde el puente aquella inmensa muchedumbre de moros, y con planta segura y la misma imponente gravedad que antes tenía, descendió del muro, dejó seis de sus caballeros en el puente y se dirigió al patio principal del palacio; iba en medio de dos abencerrajes, y los otros dos restantes se adelantaron, abriéndole paso por entre los soldados musulmanes á la voz de:—¡El príncipe Muza, el hermano del califa nuestro señor!

Y los mahometanos formaban calle y dejaban pasar al embajador granadino, saludándole como merecía por su elevada clase. La resolución de Muza, su altanero continente, su rico traje y su arrogante mirada, habían subyugado á aquel enjambre de moros que instintivamente le obedecían, contraviniendo á las órdenes de su señor, el alcaide Zegrí. De este modo llegó el príncipe, sin impedimento ni ruido alguno, al patio principal del Alcázar, en el cual estaban los jefes principales de toda aquella morisma que defendía á Mahomad, rodeados de seis mil hombres; tampoco en esta parte del edificio había el ruido y algarazara consiguientes á aquella aglomeración de gente.

Muza penetró hasta el medio del patio, y mirando con altanería á cuantos tenía alrededor, les dijo:

—Oíd lo que manda el califa vuestro señor.

Acabadas de pronunciar estas palabras, se extendió un murmullo general, exclamando casi todos:—¡El príncipe Muza! ¡Que Alá nos proteja!

El embajador granadino, sin perder un momento su actitud imponente y altiva mirada, deslío uno de los pergaminos que

llevaba en la mano, besó la firma, y leyó:

«No hay más Dios que Alá. Sólo Alá es grande; sólo él sabe vencer y gobernar.»
«Hijos del santo Profeta, vosotros los que habitáis en tierras de Mollina, oid: desde hoy en adelante no obedeceréis en nada ni para nada al alcaide Mahomad Zegrí; ha sido traidor á su patria y á su rey, y sólo le resta en el mundo sufrir la pena que sus crímenes reclaman. Acatad solo al príncipe, mi hermano, y tened por más todas las órdenes que él os de. ¡Ay de aquellos que así no lo hiciesen! Sus cuerpos servirán de pasto á los buitres, sus tierras serán taladas y sus mujeres vendidas! ¡Alá proteja á mis leales vasallos! ¡Alegría celestial para ellos, desahogo del corazón, delicias del alma á los que obedecen y creen!—Vuestro señor, el califa Mahomad II.»

Concluída esta lectura, presentó Muza el escrito á los jefes y caudillos musulmanes, y humildes y respetuosos fueron éstos uno á uno inclinándose y besando la firma de su rey. Cuando acabaron, volvió el granadino á dirigirse á ellos, diciéndoles:

—Salid de aquí todos inmediatamente, reunid en la orilla del lago vuestras huestes y esperad allí á que yo mismo vaya á mandaros lo que habéis de hacer; ¡y ay del musulmán que murmure ó tarde en obedecerme!

Y como si las frases del escrito ó las palabras del príncipe hubieran tenido un mágico y extraordinario poder sobre aquellas aguerridas masas, todos bajaron la cabeza, saludaron con el mayor respeto á su nuevo señor y fueron desfilando por delante de él, siempre humildes y cabizbajos. Acto continuo, partió uno de los cuatro caballeros que acompañaban á Muza, volviendo en seguida con treinta más de sus compañeros, después de haber dado algunas instrucciones al conde de Lara, que, como saben nuestros lectores, aguardaba muy cerca de allí.

El silencio que había reinado tanto á la llegada del príncipe, como durante la escena que acabamos de referir, fué causa para que el astuto Zegrí no pudiera enterarse del grave acontecimiento que tenía lugar en su mismo palacio. La casualidad, que en esta ocasión favorecía á los

buenos, hizo que poco antes de llegar Muza entrase Mahomad en el comedor en unión del infante D. Juan y de todos sus caballeros, los cuales, con la mayor tranquilidad se pusieron á almorzar y á recrear sus oídos con las agradables melodías que entonaba la música que tenían cerca de sí. Entregados á los placeres que proporcionan los ricos manjares y al halago que les prestaba la grata idea de dar fin en la noche próxima del terrible Temerario, sus amigos y parciales, no se cuidaban de otra cosa que de hacer lo más lisonjera posible aquella hora, durante la que satisfacían en una espléndida mesa las exigencias del estómago. Creían tener á todos sus enemigos encerrados, perfectamente sitiados, desfallecidos por el hambre y la sed, y sin miedo alguno de combatir el grave peligro que les amenazaba, la muerte segura que les cercaba; y como ellos nada temían, aumentaban sus goces, crecía en ellos la alegría al recordar á sus contrarios, y mirando al sol se decían: les queda de vida el tiempo solo que hoy alumbra ese astro luminoso. No contentos con haber reunido quince contra uno de sus enemigos, tenían la generosidad de esperar á que se hallasen sin fuerzas y casi muertos de hambre, para caer entonces sobre ellos con la misma seguridad que el verdugo sobre su víctima. El talento de Mahomad se había ofuscado mucho con la aglomeración de tantas ideas criminales como se agolpaban á su mente.

Los del palacio estaban concluyendo de almorzar, cuando oyeron en los corredores inmediatos el ruido de muchas pisadas que se acercaban, y todos dejaron de comer, callaron y se fijaron en el sitio hacia donde se escuchaban pasos. Un momento después, entraron en el comedor el príncipe Muza y sus treinta y cuatro caballeros, alfanje en mano y con miradas aterradoras; el Zegrí, D. Juan y restantes que le acompañaban, quedaron sorprendidos, sin comprender la causa que proporcionaba á sus enemigos llegar hasta ellos de aquel modo; mas pasado el primer instante de asombro, furioso Mahomad, se levantó y fué á echar mano á su acero, pero dos Abencerrajes cayeron sobre él, se lo arrancaron y lo arrojaron lejos de sí. Muza, que era el único que había conser-

vado el arma encerrada en la vaina, se acercó al padre de Fátima con los brazos cruzados, clavando en él una mirada amenazadora; al infante cristiano le temblaban las piernas y los restantes caballeros del Zegrí continuaban sentados llenos de sorpresa, mirándose unos á otros, sin atreverse á mover ni á despegar sus labios. En cuanto Mahomad se halló desarmado, notando que le dejaban en libertad, abrió un balcón que tenía cerca de sí y comenzó á llamar á los suyos á grandes voces; pero lejos de presentarse aquellos á quienes él requería, vió penetrar en los jardines que tenía de frente más de quinientos jinetes granadinos, fraternizando unos con otros y con mucha algazara, dando vivas al califa de Granada, á Sancho el Bravo y á Pedro el Temerario; y seguidamente entró en la misma habitación un guerrero cubierto con un precioso manto blanco, seguido de treinta caballeros cristianos, que instintivamente se unieron á los de Muza. El del manto alzó con arrogancia su celada y presentó su atrevida faz; el infante palideció, tembló todavía mucho más, y todos exclamaron, incluso Mahomad, llenos de terror:

—¡El Temerario!

—¡El Temerario!—gritó Pedro dando sobre la mesa un puñetazo que hizo saltar cuantos objetos contenía, y añadió:—¡El Temerario, sí; el que hace temblar á sus enemigos y asusta á todos los infames de la tierra; á los que, como vosotros, solo abrigan perversidad y maldades; á los cobardes que, como vosotros también, les falta de corazón y nobleza tanto como les sobra de ponzoña y arteros intentos!

Y alzando más la voz, dirigiéndose á Muza y á los suyos, continuó:

—Príncipe, amigo y señor: ven conmigo al salón principal de este palacio, y desde allí dictaremos las órdenes que nuestros soberanos nos han mandado cumplir. Y vosotros, caballeros cristianos y valientes abencerrajes, desarmad á esos hombres y llevadlos á nuestra presencia.

—A mí no—dijo D. Juan levantándose—; ¡ay del que ponga la mano encima al hermano de Sancho IV el Bravo!

—A ese el primero—contestó Pedro con desprecio—; y tened en cuenta todos, que

soy el único representante del rey en este palacio.

Y acto continuo salió de allí, en unión del príncipe granadino; llegaron al salón principal, donde había tres sillones sobre un entarimado cubierto de terciopelo, y se sentaron con la misma actitud que dos jueces en el momento de ir á sentenciar un reo.

Había cambiado completamente la situación de los moradores del Alcázar; Mu-

siaban castigar un crimen, defendían la razón y la justicia, y, por lo mismo, presentaban sus rostros atrevidos, á la vez que plácenteros, demostrando así la confianza que tenían en el derecho de su causa. A los catorce mil hombres que se habían retirado, según la orden de Muza, á la orilla del lago, reemplazaron en el palacio más de dos mil caballos granadinos, seis mil montañeses con tres ó cuatro mil cristianos más, hablandose todos cordialmente, estrechándose las manos y confundiéndose, como si no hubiera allí más que un solo ejército de una misma nación.

Abenamar y sus parciales moros y cristianos, que habían seguido encerrados en un extremo del Alcázar, fueron informados de cuanto ocurría por un emisario que sus jefes les enviaron; y en vista de la nueva situación, quitaron en muy poco tiempo los parapetos de que estaban rodeados y salieron de su encierro, confundiéndose en seguida con sus amigos y compañeros que acababan de llegar y de salvarlos. Llevaban estos infelices cerca de cuarenta y ocho horas sin probar el agua ni alimento, y, no obstante esto, corrían por los salones, bajaban las escaleras y hablaban con sus compañeros como si no se halla-



—A mí, no—dijo D. Juan
levantándose.

za y el Temerario dieron á sus enemigos el golpe decisivo; jugaron la noche anterior el todo por el todo, y ganaron la partida, si bien arrostraron peligros de los cuales no siempre se sale bien.

Aquel silencio aterrador, que no auguraba otra cosa que muerte y exterminio, había sido reemplazado por una algazara y gritería, que demostraban bien claramente el triunfo del vencedor. Los enemigos de Muza y Pedro querían asesinar; por eso callaban y hasta comprimían la respiración; los parciales de aquéllos, an-

sen atormentados por el hambre ni la sed, demostrando en su acción y movimientos una agilidad bastante impropia de la gran debilidad que los acosaba. Así es, que empezaron por estrechar á sus camaradas, vitorear á Pedro y á Muza y por entregarse al placer que causa la libertad en los desgraciados prisioneros. Luego, con cuidado exquisito, hicieron beber agua de las fuentes del Alcázar á varios perros que traían sus compañeros, y convencidos de que no estaba envenenada, bebieron, concluyendo por distribuir-

se algunos panes y viandas que llevaban los recién venidos. En cuanto á Abenamar, menos escrupuloso que los caballeros y soldados que estuvieron encerrados con él, entró en las cocinas de Mahomad Zegrí, se hizo servir un vaso de agua, un pedazo de pan y un trozo de carne, y corrió inmediatamente al lado de sus amigos Muza y el Temerario.

El príncipe granadino, el conde de Lara y después el jefe Abencerraje, se sentaron, como ya hemos dicho, en tres sillones que se elevaban media vara del suelo, y así permanecieron hasta que fueron introducidos Mahomad, el infante don Juan y los veinte caballeros que les acompañaban. Estos veintisiete hombres penetraron en aquella estancia como reos, yendo desarmados y entre una numerosa escolta de caballeros y soldados moros y cristianos. El Zegrí demostraba en su rostro una altanería impropia de su edad y de la crítica situación en que se hallaba; D. Juan aparentaba una altivez ajena de su pavor, y los restantes prisioneros se encontraban extremadamente abatidos. Los dos primeros se fueron acercando hasta llegar á seis pasos de sus enemigos, y allí quedaron mirando á los jueces que tenían delante. Muza estaba en medio, Lara á la derecha y Abenamar á la izquierda; el príncipe fué el primero que, haciendo uso de la palabra, y dirigiéndose al dueño de aquel palacio, le dijo:

—Mahomad Zegrí, mi hermano y señor te elevó á la dignidad de alcaide y jefe de esta rica comarca, porque te creyó leal, recto y amante de la justicia; has gobernado con toda libertad una parte del reino del califa, sin que nadie interviniera en tus acciones y modo de obrar; mi hermano juzgó que tu edad, linaje y la bondad con que te ha tratado, te obligarían á ser más justo, fiel y caballero de lo que eres.

—Me estás insultando—replicó el viejo Zegrí con ira—sin recordar que jamás he tolerado esas palabras ni aun á príncipes, y que me hallo sin alfanje y en medio de cien hombres que te obedecen.

—Aquí—replicó el granadino—no se te insulta; tienes delante á tus jueces dando principio á una sumaria que ha de conducirte, ¡sabe Alá á dónde!

—¿Y quién tiene facultades para juzgarme á mí?

—El califa tu señor, y yo en su nombre.

—No me has enseñado las pruebas.

—¿Y para qué? No trato de complacerte, sino de castigarte; y no me vuelvas á interrumpir, porque tu príncipe y señor puede ordenar que te arranquen la lengua.

Calló Muza, lanzó una mirada aterradora al reo, y continuó:

—Mahomad, has abusado indignamente del poder que te dió el califa, has oprimido al pueblo injustamente, has cobrado impuestos prohibidos por las leyes, has obrado torpemente con los jefes de las tribus sujetas á tu gobierno, y como si todo esto no fuese bastante, has conspirado contra tu rey y contra su aliado D. Sancho IV, queriéndoles usurpar parte de sus respectivos reinos, los que un día compusieron el califato de Córdoba, intentando hacer armas contra los dos, y has querido, por último, varias veces y de diferentes modos, asesinar á tu príncipe, á tres representantes de dos reyes, á cien caballeros y á miles de soldados cristianos y musulmanes que ningún daño te habían hecho. Mahomad Zegrí, el califa que dió tan omnímodo poder al caballero, hoy se lo arranca al criminal, y lo pone en otras manos más dignas de abarcarlo. Ya no tienes honores, títulos ni consideración alguna; desde este momento, hasta el instante de tu muerte, serás únicamente el último vasallo del reino de Granada, el gran reo de Estado que hemos de juzgar.

Calló la imponente voz del príncipe y quedó aquel recinto entregado á un completo silencio. Según iba cayendo sobre Mahomad el peso de la terrible acusación que sus delitos merecían, había ido bajando su cabeza, desapareció su altanería y quedó como un verdadero réo delante de su inflexible juez. El infante D. Juan sentía á cada palabra de Muza nuevo sacudimiento nervioso, y los restantes prisioneros estaban pálidos, descompuestos é inclinadas sus frentes al suelo, temerosos de sufrir la misma suerte que suponían aguardaba á su señor.

Después de un corto intervalo, en el cual perdió el rostro del príncipe su gran

severidad, tomando un aspecto grave y algo desdeñoso, prosiguió:

—Mahomad Zegrí, tus probados crímenes merecían que en este mismo instante te mandase colgar de una almena de tu palacio, para lo cual me sobran poder y facultades; pero has sido enemigo mío, y no quiero que digan jamás tus amigos, si es que los tienes, que después de vencerte fui cruel contigo; irás á Granada, y un Consejo de ulemas te sentenciará á la pena que merezcan tus inauditos crímenes. Entretanto—gritó Muza á sus caballeros—, aprisionadlo bien, encerradlo en una mazmorra y permaneced á su lado continuamente dos de vosotros; vuestras cabezas me responden de la suya.

Y salió de allí Mahomad entre doce musulmanes, llevando los brazos cruzados y la frente inclinada sobre el pecho. A este acto, siguió otro período de silencio y de terrible ansiedad para los restantes delincuentes. El conde de Lara reemplazó al granadino en el uso de la palabra, y con tono despreciativo, le dijo al infante castellano:

—D. Juan, sois criminal; habéis faltado á vuestro rey y á vuestra patria; os asociásteis al más perverso de los hombres y fuisteis su cómplice... Vuestra reina y señora, á nombre de su esposo, me ha mandado poderes suficientes para juzgaros y sentenciaros; vuestro delito os hace acreedor á la muerte, y ya sabéis que me sobra valor y entereza para mandaros ahorcar si quisiera. Pero sois infante, mi enemigo, estáis aquí solo y aislado, y yo no sé matar por medio de sumarios. Salid de aquí inmediatamente, que os acompañen veinte caballeros de mi escolta y quinientos soldados hasta vuestra casa, y tened entendido, alto y poderoso señor, que antes de cuarenta y ocho horas marcharé á Castilla, y desde ese día en adelante me hallaréis siempre dispuesto á llamaros criminal y mal castellano delante del rey, de la Corte, de vuestros soldados; en los palacios, en el campo, solo, acompañado, como vos queráis, D. Juan; ya debéis saber que yo busco á mis enemigos solo contra ciento.

—¡Es una temeridad!—exclamaron Muza,

Abenamar y cuantos moros y cristianos había presentes.

—Lo será—replicó Pedro sonriéndose—, mas por eso me llama el mundo el Temerario; y Dios os libre, señor infante, que el huérfano del Saucejo os halle en su camino queriéndole estorbar el paso, porque no olvidaré entonces, como ahora, que sois hijo de Alonso X y el cómplice de Mahomad Zegrí. Partid, infante, cuando gustéis.

Tampoco halló nada que replicar éste, y con la cabeza baja y los labios cárdenos, salió de allí, pidió un caballo, y sin esperarse á que le acompañase nadie, partió ciego de ira por la terrible humillación que acababa de sufrir. La generosidad de Pedro fué, efectivamente, temeraria, pues con el poder que abarcaba el infante, sus perversas intenciones exacerbadas con el daño que tenía recibido, habían de esgrimirse contra el conde de Lara, á fin de ocasionar su ruína. No fué una excentricidad del valeroso joven este acto noble y generoso; antes al contrario, era un rasgo lógico de su carácter. Estaba acostumbrado desde la edad de doce años á despreciar la vida, pulverizando bajo sus plantas á todo el que frente á frente se atrevía á llamarse su enemigo; la arrogancia y valor eran proverbiales en su raza, y la educación guerrera que había recibido, unidos á su suerte, habilidad é incomparables fuerzas, lo hacían temerario en la mayor parte de sus hechos; pero volvamos á la estancia donde se halló en estos momentos.

Poco después se formó un sumario en averiguación de los terribles acontecimientos que habían tenido lugar en aquel Alcázar, declarando todos los cómplices del Zegrí, parciales y criados. Cuando hubieron concluido, enteró Pedro á Muza de los amores que tenía con Fátima, de sus pensamientos futuros respecto á la casta virgen, y aprobados y hasta protegidos por el príncipe, partió aquél á la torre donde su bella se encontraba encerrada. La huri oyó anegada en llanto la conducta que su padre observó con él y sus amigos, la negra suerte que le esperaba en Granada y la idea de su amante para desposarse con ella en el momento que dejase tranquilo el reino de Castilla y sentado en

el trono á su amigo y señor D. Sancho IV. Lara propuso á su amada, seguidamente llevarla al Saucejo y encerradla en su castillo guardado por mil montañeses, hasta que llegase el venturoso día en que se hiciera cristiana y se desposasen, á lo cual contestó la doncella:

—No, Pedro, no quiero salir de la casa de mi padre hasta tanto que, acompañado de tus parientes y amigos, vengas por mí el mismo día que me haya de casar contigo. Por lo mismo que voy á ser tu esposa y que te amo ciegamente, no quiero que haya una persona que pueda atentar á mi honor con suposiciones indignas de tu futura mujer. Entre los soldados y sirvientes de mi padre hay muchos hombres que me obedecen sumisos y me defenderán de todos los peligros; nombremos jefe de ellos á mi fiel Ali; despidamos á los demás, y marcha tranquilo á la guerra, esposo mío, que al volver me hallarás, no sé si viva ó muerta, pero sí honrada y tan pura como me dejás.

El tierno amante, aun cuando no opinaba lo mismo que su adorada, no quiso contradecirla, y se hizo todo como ella había dispuesto. Acto continuo, despidieron á los sirvientes y soldados, en quienes no tenía confianza Fátima, y quedando una guarnición compuesta de musulmanes que amaban á la huri por los muchos beneficios que habían recibido de ella, salió ésta de la torre, y rodeada de sus damas y esclavas, pasó á ocupar el piso principal del palacio. El conde de Lara, Muza, Abenamar, soldados y montañeses, se instalaron por el resto de aquel día y la noche en la parte baja del alcázar, mientras que los mahometanos, mandados retirar por Muza á la orilla del lago, recibieron orden de su príncipe de acampar y esperar allí hasta que éste determinara otra cosa. Por disposición de los embajadores granadinos, se proveyó á unos y otros del alimento necesario, y pasó todo el día sin acontecimiento alguno que merezca relatarse. Por la noche se volvieron á reunir Muza, Abenamar y el conde de Lara, diciéndole el primero al último:

—Mi buen amigo, tengo terminado el proceso, en el que se prueba plenamente el crimen de Mahomad y del infante don Juan, y en breve te se dará una copia,

para que se la entregues á tu rey. Del expedito instruido, resultan cargos tan graves, que ambos merecen la muerte; y está seguro que el Zegrí, tu futuro suegro, expirará en Granada antes de muy poco.

Y quedó el príncipe observando el efecto que habían hecho en Pedro sus últimas palabras; mas el conde se encogió de hombros, hizo un gesto desdenoso, y el regio musulmán continuó:

—Puesto que los acontecimientos de Castilla y de León te llaman á Córdoba, mañana podemos partir, pues yo también deseo llegar cuanto antes á Granada, y desde allí apoyar con mi influencia y poder las pretensiones de Sancho el Bravo. Quiero más; deseo ir á Castilla con diez mil jinetes, y á tu lado vencer á los reyes Alonso y Jacob. El pacto celebrado entre el califa y tu soberano está ya aprobado por ambos, y siendo así que ellos son amigos y aliados, nada podrá impedir el que yo corra á defender tu causa, mi valeroso y querido amigo. Esto será así; pero antes es preciso que entre mi hermano y yo inutilicemos al infante D. Juan para que no atente contra tí, para que no te asesine, para que no te venda y te deshonre. Ese hombre es tan poderoso como perverso, y empleará contra el noble y leal conde de Lara la traición, la calumnia y todas las armas vedadas á un buen caballero. Tú has sido con él generoso ó hidalgo en demasía, pues aun cuando sea infante ha debido ser tratado como criminal; y yo no debo, no puedo consentir que á mi bizarro amigo, el hombre más caballero que conozco, sea villanamente asesinado por el más miserable que he tratado. Tú puedes ser todo lo generoso que quieras, pero esto no me impedirá el que, antes de poco, deje á D. Juan imposibilitado de hacerte daño alguno; el medio que voy á emplear es duro, más á todo es acreedor ese tigre desnaturalizado.

Pedro lanzó una mirada afectuosa á su digno amigo, y luego le replicó:

—Acepto tu cariño, y elogio tu honroso proceder; pero te prohibo, en nombre de nuestra sagrada amistad, que no intentes nada contra el hermano de mi rey, contra un débil enemigo. Moro, deseo que ese villano atente contra mí del modo y forma

que le acomode; ni me intimida como infante, ni como traidor, ni como poderoso. Si mañana su hermano le defendiera, le amparase ó le protegiera contra mí, lucharía contra todos ellos, y por María y la Cruz que los había de vencer. Antes que los príncipes es la verdad que emana del cielo, la razón y la justicia; con la verdad, la justicia y la razón he de ir siempre acompañado á la pelea; y con la justicia, la razón y la verdad, y por María y la Cruz, desafío al universo entero, sin temor ni pavor, y casi seguro de humillarlo. ¿Qué me importan á mí todos los asesinos del mundo, las calumnias ni las celadas de mis enemigos? Muza, Dios ha hecho mi cuerpo de hierro, ha dado á mi inteligencia la luz que necesitaba, y á mi humilde ser más suerte de la que merecía: el Supremo Hacedor, que tanto me otorgó, me señaló á la vez un destino que se ha de cumplir, y á cuyo final está mi muerte cierta, invariable; ni puede ser antes ni después; mientras no llegue ese día, esa hora, ese instante, he de vivir, aun cuando pese á los reyes, á los príncipes y al mundo entero, y he de andar ese camino de mi existencia defendiendo siempre la razón, la verdad y la justicia, matando al que intente estorbarne el paso, sea de la condición que quiera, y despreciando al traidor, la mentira, la infamia y la calumnia. Príncipe amigo, yo te ruego que dejes en paz al infante D. Juan, pues si esa vívora quiere morderme le aplicaré mi puño de hierro donde no pueda hacer mella su mortífero veneno.

Admirados los granadinos de la entereza y seguridades de Pedro, desistieron de su intento y concluyeron por ponerse de acuerdo sobre varios planes que tenían preparados para lo futuro. Después se retiraron á descansar, dejándole antes al conde la copia que le habían ofrecido del sumario instruido. Sin perder Lara un momento, entró en su habitación y escribió un largo oficio á la reina, enterándola de todo lo que acontecía, anunciándole su próxima salida hacia Córdoba é incluyéndole la copia del expediente. Luego llamó á dos de sus caballeros y les entregó el despacho, encargándoles partiesen al momento é hicieron correr á sus caballos cuanto les fuese posible.

El resto de la noche lo pasó el Temerario al lado de Fátima, de Ali y de su escudero Lázaro, al que por fin reveló el secreto de sus amores, concluyendo por adoptar los cuatro un medio ingenioso para enterarse Pedro del peligro que en lo sucesivo pudiera amenazar á la hermosa huri, despidiéndose luego los dos jóvenes, anegada en lágrimas ella y tan tierno y cariñoso él como el amante más rendido.

A las siete de la mañana siguiente formó Pedro sus huestes fuera del palacio y á doscientas varas de los antiguos soldados de Mahomad, acampados ahora á la orilla del lago. Un cuarto de hora después salió del alcázar Abenamar, y en pos todos sus caballeros abencerrajes; á éstos seguía Mahomad á caballo, pero con una pesada cadena amarrada á la silla de su potro; le rodeaban cuarenta presos más, y todos iban en medio de cien jinetes del califa; luego partió Muza á la cabeza del resto de su moruna tropa, mas al llegar el prisionero Zegri á la línea que formaban los que antes le obedecían, se detuvieron todos, abanzó el príncipe granadino, y muy cerca de Mahomad, dijo con imperio á los acampados á la orilla del lago:

—Adoradines, Abidbares, Vanegas y Zegries, desde hoy en adelante sólo obedeceréis las órdenes del califa, ó las que en su nombre os dé el nuevo alcaide de esta comarca, Hizcán Alabes. Partid á vuestros hogares ahora mismo, dejad las armas y no volved á empuñarlas hasta que os lo mande vuestro rey: ¡ay del que así no lo haga!

Y vuelto á colocar el príncipe en el sitio que ocupaba anteriormente, continuó en unión de su gente y prisioneros por el camino de Granada, sin impedimento alguno.

Mahomad oyó y miró esta escena, y contemplando la actitud humilde y respetuosa de sus antiguas huestes, alzó los ojos al cielo y volvió á inclinar su frente con una resignación que expresaba el convencimiento que tenía del triste porvenir que le aguardaba. Este hombre extraordinario, ni quiso recibir á su hija en la prisión donde estuvo, ni la permitió que se despidiera de él por no humillarla delante de los caballeros que le acompañaban.

El Temerario siguió al frente de los suyos, formados en batalla, hasta que desapareció Muza y perdió de vista las dispersas tribus acampadas en la orilla del lago. Convencido después de que los soldados que antes obedecían á su enemigo se habían retirado sin ánimo de oponerse á las órdenes de Muza, hizo que los suyos, man-

dados por su escudero, partiesen á Osuna, y quedándose él con doscientos hombres entre caballeros y gente de armas, entró en el palacio, estrechó nuevamente á su amada, y acto continuo corrió hacia el palacio real de Córdoba, seguido de su escolta.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

	Páginas.
Capítulo I.—Pedro el Temerario.—Despedida.—La bella huri.—Sangriento combate.—El anacoreta.—Sevilla.—El palacio misterioso.—El panteón.....	5
II.—Transformación del palacio.—Preocupaciones y hablillas del vulgo.—Gran discípulo, pero mejor maestro.—Un encuentro terrible.—Concluye el plazo señalado.....	15
III.—El Alcázar real de Sevilla.—El rey y Pedro el Temerario.—Declaración importante.—La lucha.—Traición.—Arresto.—El calabozo.....	18
IV.—El palacio de Lara.—Alfonso X, rey de Castilla, de León y emperador de Alemania.—La prisión de Pedro.—Intriga misteriosa.—La fuga.....	24
V.—Determinación del conde de Lara.—Grandes y chicos del reino. Mensaje tenebroso.—Conspiración.....	28
VI.—La esposa de Sancho el Bravo.—Revolución.—Vuelve á aparecer el Solitario.....	32
VII.—Conducta de Pedro.—Los Castros y el Temerario.—Horrible proceder.—Lucha y catástrofe.....	36
VIII.—Ali.—La hermosa Fátima y el caballero Zegrí.—El juego de la sortija.....	42
IX.—Desafío á muerte.....	49
X.—Regia visita.—Política del siglo XIII.—Conferencia en casa de Mahomad Zegrí.....	53
XI.—Siguen los festejos y conferencias.—Fátima y Pedro.—Historias desconocidas.—Los dos amantes.....	57
XII.—Cita misteriosa.—Pensamiento de Mahomad.—El islamismo.—Noble resolución de Pedro.....	66
XIII.—Intrigas.—Emisarios.—Campo de Agramante.—Humillación del infante y del Zegrí.—Llegada de los montañeses.....	71
XIV.—D. Juan declara su pasión á Fátima.—Atentado horrible.—Moros y cristianos.—Regreso de los emisarios.....	79

Regalo á los lectores de LA NOVELA DE AHORA

En nuestro constante deseo de favorecer la cultura y los intereses de nuestros lectores, y atendiendo también á deseos manifestados por muchos de ellos, ofrecemos hoy un privilegio para adquirir á precio reducido **un solo ejemplar** de nuestras magníficas ediciones números 6 y 7 de

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR

Miguel de Cervantes Saavedra.

La edición núm. 6 (de la **Biblioteca Perla**) forma un tomo en 4.º, de 896 páginas, con hermosos tipos y más de 300 grabados nuevos y originales, encuadernado en pasta al cromo.

Su precio es **cuatro pesetas**, y los lectores de LA NOVELA DE AHORA, enviando el cupón con su importe, podrán adquirirlo por

Tres pesetas.

La edición núm. 7 (**de gran lujo**) forma un tomo en 4.º, de 896 páginas y 316 grabados, lujosamente encuadernado en tela, con planchas de oro y negro y cortes dorados.

Precio: Seis pesetas.

Enviando el cupón,

Cinco pesetas.

Todas nuestras ediciones del **Quijote** (excepto la núm. 10 para niños) son completas, tal como Cervantes escribió su inmortal obra, ilustradas profusamente por Manuel Angel con arte tan elevado, que, á juicio de personas competentes, no ha habido nunca ilustraciones del **Quijote** tan magistrales ni que tan acertadamente interpreten el pensamiento del Príncipe de los Ingenios como las creadas por este inspirado artista.

Cupón para adquirir un ejemplar de la edición Calleja, núm. 6, de **Don Quijote de la Mancha** por tres pesetas.

Caduca en fin de Septiembre de 1910 para España y en fin de Octubre para América.

Cupón para adquirir un ejemplar de la edición Calleja, núm. 7, de **Don Quijote de la Mancha** por cinco pesetas.

Caduca en fin de Septiembre de 1910 para España y en fin de Octubre para América.

Inclúyase el importe con los pedidos y si suman menos de **cinco pesetas**, aumentese **cincuenta céntimos** para gastos de envío y certificado.

Casa Editorial Saturnino Calleja Fernández.-Calle de Valencia 28, Madrid.

LA NOVELA DE AHORA

Año IV.—Publicación semanal.—Tercera época.

Todas las obras responden al lema: LITERATURA, ARTE, MORALIDAD, AMENIDAD, CULTURA. Tomos en 4.º mayor encuadrados en rústica con elegante cubierta; esmeradamente impresos sobre excelente papel y profusamente ilustrados por nuestros más apreciados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un mes.....	1,70 pesetas.
Trimestre.....	5,00 —
Semestre.....	10,00 —
Año.....	19,00 —

Número corriente, 40 cénts.—Los números atrasados tienen diez céntimos de aumento.

Con los números de la tercera época de **La Novela de Ahora** se forman elegantísimos tomos, soberbiamente encuadrados en tela inglesa, con planchas de oro fino inalterable por el tiempo y la humedad y cortes rojos. Estos tomos constituyen la más lujosa y escogida colección de novelas, un espléndido y delicadísimo regalo, y una serie de libros que pueden ser ornato de la más rica biblioteca. Cada tomo contiene cinco, seis ó más números de **La Novela de Ahora**, y su precio es seis pesetas. Tomando más de diez tomos á cinco pesetas cada uno en España, franco de porte. También se han hecho magníficas tapas para que los suscriptores puedan encuadrar su colección. Con las tapas, que son bellísimas, sobrias y elegantes, con planchas de oro fino, se regalan las portadas é índices de cada tomo, y su precio es una peseta cada tapa. Los suscriptores actuales ó los que en adelante se suscriban y á quienes sirva directamente la Administración tendrán en sus pedidos de tapas las siguientes bonificaciones: si la suscripción es por un trimestre, 20 por 100; si la suscripción es por un semestre, 30 por 100; si la suscripción es por un año, 40 por 100.

OBRAS PUBLICADAS EN LA TERCERA EPOCA

- 1 **A. Palacio Valdés.** La aldea perdida.
- 2 **H. Rider Haggard.** Aventuras de Allan Quatermain en el Africa central.
- 3 al 5 (bis) **R. Ortega y Frías.** Honor de esposa y corazón de madre. 4 tomos.
- 6 y 7 **E. Salgari.** La ciudad del Rey leproso. 2 tomos.
- 8 **A. Cánovas del C.º** La campana de Huesca.
- 9 **P. Mael.** Sin dote.
- 10 **Carlos Frontaura.** Brígida.
- 11 al 13 (bis) **F. Navarro Villoslada.** Amaya, ó los vascos en el siglo VIII. 4 tomos.
- 14 **P. Mael.** La Cenicienta.
- 15 **José Selgas.** Una madre.
- 16 y 17 **E. Salgari.** Los bandidos del Sahara. 2 tomos.
- 18 á 21 **F. Luis Parreño.** El héroe y el César. 4 tomos.
- 22 **Conde de las Navas.** Chavala.
- 23 á 26 **C. Dickens.** Aventuras de Mr. Pickwick. 4 tomos.
- 27 y 28 **E. Salgari.** La montaña de luz. 2 tomos.
- 29 **M. Fernández y González.** La piel de la justicia.
- 30 **Carlos Frontaura.** La maldita vanidad.
- 31 y 32 **Walter Scott.** Ivanhoe. 2 tomos.
- 33 **E. Blasco.** Una señora comprometida, y **O. Feuillet.** El diario de una mujer.
- 34 á 36 **F. Navarro Villoslada.** Doña Blanca de Navarra. 3 tomos.
- 37 **M. Nicholson.** La casa de las mil bu
- 38 y 39 **Ch. Foley.** Kowa la misteriosa.
- 40 á 46 **F. L. Parreño.** La Inquisición, el y el Nuevo Mundo. 7 tomos.
- 47 á 52 — Los invencibles, el monarca y hoguera. 6 tomos.
- 53 y 54 **M. J. de Larra.** El Doncel de I Enrique el Doliente. 2 tomos.
- 55 **P. Escamilla.** El sacristán de las monja
- 56 á 60 **T. Tarrago.** El puñal de oro. 5 tomos.
- 61 **P. D'Ivoi.** El corsario invisible.
- 62 — Triplex.
- 63 — La isla de oro.
- 64 á 66 **D. Lesueur.** Secreto mortal. 3 tomos.
- 67 á 72 **R. Ortega y Frías.** El Testamento un Conspirador. 6 tomos.
- 73 y 74 **E. Salgari.** En las Fronteras del Fa West. 2 tomos.
- 75 y 76 — La Cazadora de cabelleras. 2 tomos.
- 77 y 78 **F. du Boisgobey.** La Conspiración del alfiler rojo. 2 tomos.
- 79 y 80 **Ch. Foley.** Flor de sombra. 2 tomos.
- 81 al 82 (bis) **Lewis Wallace.** Ben-Hur. 3 tomos.
- 83 **A. Reschal.** La mujer pájaro.
- 84 **F. L. Parreño.** Pedro el Temerario. Tomo I.

NUMEROS EXTRAORDINARIOS

Paul Féval. Las hijas de la Luna.
— Diana y Elena.

IE
ates
tra

o.

ran
ora
itua
mo
ada
o es
ña
oto
ria
ad
qu
ci
4.

onja
mo

ome
ato

l Fa

emo
racio

omo
; 3

o. 1